
LOCOS
POR LA
SANGRE
CONFESIONES DE UNA ANÉMICA
LORENA GARRIGÓS

LOCOS POR LA SANGRE

Confesiones de una anémica

LORENA GARRIGÓS

LOCOS POR LA SANGRE: Confesiones de una anémica.

© 2026, Lorena Garrigós Varo.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Diseño de cubierta, edición y maquetación: Lorena Garrigós Varo.

ISBN: 979-81-8979-135-2

Hago esto porque me obliga la teniente:

Estás a punto de leer una historia apocalíptica de infectados, no una comedia romántica. Hay violencia explícita, lenguaje soez y brotes de hambre bastante bestias. Si tienes el estómago de cristal o te asustas con facilidad, cena antes de seguir.

¡Quedas advertido!

TABLA DE CONTENIDO

Capítulo 1: Cuestión de perspectiva. 6

Capítulo 2: Para un día de fiesta que tengo. 9

Capítulo 3: Bendito el día que compré las gordas y no las finas. 15

Capítulo 4: *Mare*, ¿qué hay para comer? 22

Capítulo 5: Van dos y se cae el del medio. 29

Capítulo 6: No era un plan tan malo después de todo. 38

Capítulo 7: Aprovechando el *bug.* 52

Capítulo 8: En buenas manos. 61

Capítulo 9: ¿Y ahora cómo coño voy a Valencia? 72

Capítulo 10: ¿Me ves cara de niñera? 79

Capítulo 11: … 89

Capítulo 12: Tierra prometida. 101

Capítulo 13: Nueva ruta, nuevos desafíos. 111

Capítulo 14: ¿Qué tal las vacaciones? 122

Capítulo 15: Emborrachándose en la vendimia. 134

Capítulo 16: Amigos para siempre. 146

Capítulo 17: Ya no habrá una próxima acampada. 162

Capítulo 18: Cada día once personas se despiden. 174

Capítulo 19: Piensa el ladrón que todos son de su condición. 181

Capítulo 20: Lobo con piel de cordero. 199

Capítulo 21: Cómo pudiste. 207
Capítulo 22: La luz al final del túnel. 219
Capítulo 23: Propuesta indecente. 228
Capítulo 24: Libre como el mar. 240
Capítulo 25: Hora del team building. 249
Capítulo 26: ¡Ofreced vuestros corazones! 263
Capítulo 27: Que la muerte no se pare. 274
Capítulo 28: ¿Y mi estatua? 288
Epílogo: He vuelto. 300

Capítulo 1: Cuestión de perspectiva.

—Señora Varo, ¿qué hacía usted el tres de junio, desnuda, acompañada de dos menores desnudos, en el metro de Madrid?

Esa es la primera frase que me suelta la teniente en cuanto me sientan frente a ella. Y, encima, me esposan a la mesa. Ni un «buenos días», ni un «qué tal el viaje». *Res de res*. Solo me clava la mirada esperando una respuesta.

Es el tipo de policía que te esperas en el fin del mundo. Más bajita que yo, sí, pero con el pelo oscuro recogido en un moño y unos ojos marrones que transmiten la misma calidez emocional que una inspectora de Hacienda.

—Bueno… En primer lugar, esos niños no son míos, pero…

—Ah, perfecto —me interrumpe, antes siquiera de que termine la frase, y coge una carpeta llena de papeles arrugados—. Añadiré secuestro de menores a su expediente.

—¿Tengo un expediente?

—Infiltración ilegal en zona militar restringida —comienza a leer el informe sin dignarse a contestarme—. Robo de suministros.

—Eso depende de quién sea el dueño de dichos suministros.

—Acceso no autorizado a los túneles del metro.

—Sí, eso sí…

—Resistencia a la autoridad.

—¡Estaba corriendo, coño! ¿Sabéis el susto que nos disteis?

—Alteración del orden público en zona de contención.

—Espera, espera, eso yo no lo he hecho, ¿eh? —protesto, tirando un poco de las esposas, aunque la mesa no se mueve ni un

milímetro—. O sea, tengo una explicación buenísima para todo lo demás, se lo juro, pero eso no sé ni de dónde os lo habéis sacado.

—Vale —cede, cerrando la carpeta de golpe—. Explíquese.

—Bueno, pues hace dos meses...

—No. —Levanta una mano—. No se ponga a contarme historietas, no estamos para perder el tiempo.

—Qué menos que le ponga en contexto, ¿no?

La teniente deja escapar un suspiro largo y cansado mientras se masajea el puente de la nariz.

—Señora Varo, llevamos semanas gestionando ataques, evacuaciones y problemas bastante más urgentes que escuchar cómo ha cruzado media España. Así que le agradecería que fuese directa al grano.

—Ya, bueno, tampoco es que usted tenga prisa, ¿no? —Me encojo de hombros lo mejor que puedo con las manos esposadas—. O sea, que yo sepa estamos atrapados en Madrid, así que no tiene nada mejor que hacer.

La teniente guarda silencio. No hace falta que responda; ambas sabemos que tengo razón. Nadie en su sano juicio saldría con el panorama que hay fuera.

—Bueno —retomo, ya un poco más cómoda—, por dónde iba... Ah, sí. Pues hace dos meses...

Capítulo 2: Para un día de fiesta que tengo.

—Recordará que el día que empezó todo era festivo.

—Lo recuerdo.

—Pues para un día libre que tenía en varios meses, mis amigos decidieron irse de puente. Y me dirá: eso es lo normal. Yo no podía ir y ellos tampoco tenían por qué quedarse encerrados en casa por mi culpa.

Un leve asentimiento de cabeza demuestra el poco interés de la teniente.

—Pero lo que me cabrea es que cuando otra persona del grupo no podía quedar, todo el mundo hacía un esfuerzo para adaptarse. Sin embargo, cuando la que no podía era *yo*, de repente ese era el único día disponible.

—¿Y esto qué tiene que ver con lo del metro? —me corta la teniente, golpeando el bolígrafo contra la mesa.

—Más de lo que parece. Tenga un poco de paciencia.

Total, que aquel Viernes Santo mi jefe decidió convocar una reunión "de emergencia" por un asunto de ventas. Pero ya le digo yo que ese hombre la cagó de alguna manera y quería solucionarlo antes de que se enterasen los de arriba.

Me levanté temprano, me arreglé tan rápido que ni me recogí el pelo e intenté irme antes de que mi madre me interrumpiese. Para mi desgracia, me pilló con el pie ya en el umbral.

—Erika, cariño, ¿a dónde vas tan temprano? —me preguntó; apoyó la taza sobre la mesita de la entrada sin quitarme la vista de encima.

—Nada, *mare*, tengo una reunión de trabajo —le contesté, intentando colgarme bien el bolso mientras buscaba las llaves del coche en el bolsillo de la chaqueta.

—*¿Qué dius?* —insistió ella, frunciendo el ceño—. ¿Hoy no era cuando te ibas con tus amigos?

—No, *mare,* al final no he podido salir con ellos por… cosas —respondí, ya con una mano en el pomo de la puerta—. Me tengo que ir ya, que la reunión empieza en media hora y voy justa.

—Pues ya que vas —me dijo, siguiéndome hasta la entrada con los brazos cruzados—, cuando vuelvas trae leche, que no nos queda. Ah, y recuerda que hoy coméis solos tu padre y tú, que yo me voy a casa de unas amigas y luego paso por la de Maite, que la pobre está malísima.

—A ver si es lo mismo que tiene papá —le comenté, parándome un segundo en el pasillo—. Parece que le haya dado una anemia fuerte por lo pálido que está. Lleva toda la semana postrado en cama sin levantar cabeza.

—Uy, no lo digas así, *filla*, que asustas —me interrumpió, agitando una mano como quien aparta una mosca—. Tu padre solo tiene un resfriado, lo que pasa es que ese hombre no aguanta nada. Lo de Maite sí que parece algo más serio, la verdad, pero bueno, le llevaremos unos pastelitos y así la animamos. Tú no vuelvas muy tarde, ¿eh?

—Ojalá que no se alargue mucho —contesté ya en la puerta del ascensor.

Llegué justísima a la empresa, porque la gente no sabe aparcar entre dos puñeteras líneas. Nada más entrar, mi jefe ya me esperaba con los brazos cruzados y el reloj prácticamente pegado a la cara.

—Llegas tarde, Erika —me soltó, sin moverse del sitio, bloqueando el paso hacia el ascensor.

Miré la pantalla de mi móvil. Aún faltaban diez minutos para la maldita reunión y ese ya me estaba tocando las narices.

—Lo siento, no volverá a pasar —asentí, desviando la mirada.

Entré corriendo a mi puesto. Desde que lo pillé, sin querer, haciendo cosas sospechosas con su secretaria en el almacén, el tío no perdía ocasión de putearme cuando podía. Y eso que no vi nada.

Dentro de la sala apenas había tres o cuatro personas sentadas alrededor de la mesa, todas con cara de no haber dormido nada en toda la semana.

—Oye, ¿dónde están los de contabilidad? —le susurré a mi compañero, señalando las sillas vacías con la cabeza—. ¿No tenían que estar aquí ayudándonos con todo este lío?

—Están enfermos —murmuró, encogiéndose de hombros sin levantar apenas la voz.

—¿Hay un virus o algo? Porque no creo que todos estén resfriados.

—Yo qué sé, pero me estoy empezando a marear... —Se pasó una mano por la frente perlada de sudor—. No sé si es porque se me ha pegado algo o por el estrés de tener tanto trabajo.

La dichosa reunión terminó, por fin, después de tres horas. Casi al mediodía. Cuando ya recogía mis cosas para salir de allí, mi jefe se giró hacia mí con esa sonrisa ladeada que daba escalofríos.

—Erika, redacta el acta. La quiero para el lunes a primera hora —me ordenó, ya recogiendo sus papeles sin esperar respuesta.

Por dentro pensé que el que debería redactarla era él, porque para algo había sido el que la había cagado en primer lugar. Ahora me arrepiento de no haberle dicho un par de cosas aquel día.

—Sí, sin problema, no se preocupe.

Me quedé un par de horas más redactando aquella maldita acta. Todavía me duele haberlo hecho. Quería terminar cuanto antes, así que ni siquiera comí. Cuando por fin regresé a casa ya era por la tarde, entonces caí. Se me había olvidado comprar la leche.

—*Pare*… ya he vuelto… Se ha alargado la reunión… Siento no haber llegado para la comida —le dije desde el pasillo. Fui em-

pujando la puerta de su cuarto poco a poco con el pie—. Pero te voy a preparar una cena espectacular. ¿Te apetece?

Nadie me contestó. En su lugar lo que me llegó fue un gruñido bajo y húmedo, como el de un animal grande que respira mal, algo que no tenía ningún sentido viniendo de la habitación de mi padre.

Terminé de abrir la puerta despacio. El pecho me ardía. El corazón golpeaba tan fuerte contra las costillas que apenas podía respirar.

El olor me golpeó antes incluso de verlo con claridad: una mezcla pegajosa de sudor agrio, algo metálico y un fondo dulzón de carne estropeada. Mi padre estaba sentado en el borde de la cama, encorvado. Lucía una piel tan pálida que se le marcaban las venas negras del cuello. Mantenía los ojos abiertos pero apagados, sin un solo brillo, fijos en un punto muerto de la pared. De la comisura de la boca le colgaba un hilo de baba mezclada con algo rojizo que no quise pararme a identificar.

—Papá… ¿Estás… bien…?

De repente giró la cabeza hacia mí. Soltó un sonido gutural que me heló la sangre. Se levantó de golpe, tambaleándose hacia delante con los brazos estirados y los dedos curvados. Yo retrocedí de un salto, chocando con el marco de la puerta y golpeándome el codo con tanta fuerza que se me nubló la vista un segundo.

Cerré de un portazo justo cuando él llegaba al otro lado. Noté el impacto de su cuerpo contra la madera, un choque sordo que hizo temblar las bisagras. No me dió un infarto de milagro. Él tiraba con una fuerza brutal desde dentro, intentando abrirla.

Sosteniendo la manilla con la izquierda y echando todo mi cuerpo hacia atrás, estiré el otro brazo a ciegas hacia el baño, que me quedaba justo a la espalda. Tanteé el aire a ciegas hasta enganchar el palo de la escoba que mi madre siempre dejaba por ahí tirado. Lo encajé en vertical, atravesado tras la manilla y haciendo tope contra el marco. Solté el pomo despacio, cruzando los dedos. En cuanto él

volvió a tirar desde dentro, el invento aguantó y no se abrió. Di un paso atrás. Mientras, los golpes desde dentro seguían sonando uno tras otro, cada vez más fuertes, cada vez más desesperados. Me desplomé en el suelo del pasillo, con la espalda pegada a la pared y las rodillas contra el pecho, temblando de arriba abajo sin poder controlarlo.

Saqué el móvil y llamé a mi madre una y otra vez. No contestó. Las horas pasaron lentas mientras los golpes iban perdiendo fuerza hasta convertirse en simples arañazos. Eran cerca de las diez de la noche cuando, de golpe, escuché el sonido de unas llaves girando en la cerradura de la entrada.

Capítulo 3: Bendito el día que compré las gordas y no las finas.

Me levanté de un salto, con las piernas todavía temblando. Corrí hacia la puerta principal antes de que terminara de abrirse del todo. En cuanto la vi entrar, me lancé a abrazarla con tanta fuerza que casi la hice tropezar.

—Mamá, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado? Llevo toda la noche intentando localizarte —le dije, sin soltarla todavía, con la voz un poco rota por la angustia acumulada—. Te he llamado un montón de veces, encima papá está fatal y no sé qué hacer.

—Tranquila, Erika. Llego un poco tarde porque después de comer hemos ido a casa de la vecina —me cortó ella, quitándose el abrigo mientras hablaba, sin captar todavía la gravedad de lo que le estaba intentando contar—. Maite estaba horrible y nos ha echado. Luego nos hemos quedado un rato hablando, y se nos ha pasado el tiempo. ¿Y qué dices tú de que papá está fatal? ¿Ha empeorado?

No le voy a mentir, teniente: mi madre era una de esas personas que, si no hay un incendio, no se estresa. Yo, por el contrario, he salido con los nervios de mi padre.

—Mamá, papá me ha atacado —le expliqué, agarrándola del brazo para que me prestara verdadera atención—. Parece que le ha dado brote psicótico. En cuanto he entrado me ha perseguido. Y del susto lo he encerrado en vuestro cuarto.

—¿Pero qué haces encerrando a tu padre? —me regañó, ya caminando deprisa hacia el pasillo sin esperar mi respuesta.

Fuimos juntas hasta la puerta. Todavía se escuchaba ese sonido terrible de arañazos contra la madera desde dentro.

—*¿Estàs boja, Erika? ¿Com* se te ocurre encerrar a tu padre? —me gritó, con la mano ya puesta sobre el pomo e intentando quitar el palo.

—¡Ay, yo qué sé! Me asusté, ¿vale? —me defendí, poniéndome delante de ella para impedirle el paso—. Mira, llámalo si no te fías de mí. Papá, ¿estás bien?... *Pare, ¿m'escoltes?...* ¿Ves? No contesta.

Mi madre se quedó callada un segundo, su expresión fue cambiando a medida que asimilaba lo que le decía.

—Vale… —suspiró, retrocediendo un paso, alejándose de la puerta sin darse cuenta—. A lo mejor… A lo mejor ya está durmiendo.

—¿En serio? ¿Mi padre, dormido a las diez? Eso sería más preocupante que lo del ataque.

—Bueno, déjale tranquilo esta noche —decidió ella, girándose hacia el salón—. Hoy dormiré en el sofá. Voy a preparar algo de cenar y así nos relajamos las dos un poco.

Justo cuando se dio la vuelta vi un pequeño corte en la parte trasera del brazo, todavía enrojecido.

—Oye, ¿cómo te has hecho eso? —le pregunté, señalando la marca con el dedo sin acercarme demasiado.

—Pues esto es justo lo que te estaba contando, de cuando hemos ido a ver a Maite —me explicó, mirándose el brazo casi con curiosidad—. La chica nos ha apartado de muy mala manera y me ha arañado sin querer. No sé qué le pasa, pero algo no anda bien en ella.

Reconozco que en ese momento pensé en la posibilidad de que ese cortecito podría ser peor de lo que parecía. Pero no le hice caso a mi instinto. Un grave error por mi parte.

Esa noche ambas cenamos viendo una película, ignorando el problema. Algo muy característico en mi familia. Sin embargo, pasé toda la noche escuchando los arañazos de mi padre. *Ras, ras, ras.* Así que a la mañana siguiente, ya estaba paranoica con el tema.

—*Bon dia, mare.* Deberíamos llevar a papá a urgencias. No ha parado en toda la noche. —Al verla en el sofá me di cuenta de que

tenía la cara bastante pálida—. ¿Qué te pasa, te encuentras mal? —Le toqué la frente con el dorso de la mano.

—*Bon dia. Un poc.* Siento náuseas y un dolor de cabeza horrible —murmuró ella, encogiéndose bajo la manta del sofá—. Hoy no creo que desayune.

Tampoco podía; no compré la leche. Fui corriendo al baño a buscarle alguna medicina, pero cuando volví y se la ofrecí, no fue capaz ni de tragársela.

—Déjalo, déjalo —negó, apartando el vaso con la mano—, creo que voy a vomitar.

Se levantó como pudo y se encerró en el baño. Me quedé en el pasillo, apoyada contra la pared, hablando con ella mientras la escuchaba vomitar por el hueco de la puerta.

—Creo que te has contagiado de lo mismo que tiene papá, y también la vecina —le dije, alzando un poco la voz para que me oyera por encima de las arcadas—. Deberíamos ir al hospital, a ver qué te dicen y de paso que arreglen a papá. Esto no es normal, encima el internet no funciona bien.

—Lo del internet pasa siempre… y no estoy para salir —contestó ella, con la voz entrecortada por el esfuerzo.

—No, mamá, no es normal que no funcione, lo arreglaron la semana pasada. Y lo de papá tampoco. Mira cómo estás. Fijo que es otro virus de esos.

Aproveché ese momento para meterme en mi cuarto un instante y ponerme una mascarilla, solo por si las moscas, antes de volver al pasillo a seguir hablando con ella.

Cuando terminó de vomitar levantó la cabeza. Algo en su expresión había cambiado.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? —le pregunté, notando un cosquilleo raro subiéndome por la espalda—. Aunque no te guste ir al médico, será lo mejor.

Mi madre se quedó callada, mirándome con esos ojos marrones que ya no parecían del todo los suyos.

—¿He-he dicho algo raro o qué? —insistí, dando un paso hacia atrás casi sin darme cuenta.

Empezó a acercarse muy despacio. Entonces vi cómo le empezaba a salir por la comisura de la boca esa misma baba rojiza que había visto antes en mi padre. Intenté cerrar la puerta, pero justo cuando estiré la mano mi madre me agarró la muñeca. Sus dedos se clavaron en mí con una fuerza que jamás le había visto.

Intenté soltarme tirando con todo el cuerpo. No me dejaba ni un centímetro de margen. Cada vez estaba más asustada, así que terminé dándole una patada. Ella perdió el equilibrio y cayó hacia atrás dentro del baño. En ese mismo movimiento, sus uñas me arañaron la muñeca, dejándome una marca que ardía como si me hubieran pasado un cigarro encendido por encima, pero conseguí cerrarle en las narices.

—Déjame salir... —jadeó golpeando la puerta—. Déjame salir…

—No, *mare*, tienes que tranquilizarte. —Sentí las lágrimas acumulándose en mis ojos.

—Esta no es forma de tratar a tu madre —gritó, golpeando aún más fuerte.

—Te está pasando lo mismo que a papá. Llamaré a una ambulancia, los médicos te curarán.

—No digas… tonterías… Abre… puerta...

Las palabras empezaban a mezclarse. A deformarse. Hubo un punto en que ya no entendía ni la mitad de lo que decía. Pero entonces, desde la habitación de mi padre se escucharon de nuevo los golpes. Durante varias horas ambos golpearon las puertas al mismo tiempo.

Recuerdo que me empezó a faltar el aire y no podía pensar con claridad. Hasta que recordé las cuerdas que utilizaba para mis

macetas. Bendito el día que compré las gordas y no las finas. Solté la manilla del baño un segundo y corrí a por las cuerdas en mi habitación. Até la manilla de la puerta del cuarto de mis padres a la de la puerta del baño. Las apreté hasta que me dolieron los dedos. Solo paré cuando me aseguré de que ninguno de los dos podía abrirlas.

Aquello me dejó algo más tranquila, los primeros dos segundos antes de que las lágrimas comenzaran a caer. Apenas unas horas antes estábamos los tres desayunando juntos y ahora… ahora…

—Siento lo de tus padres. —¿Me está intentando animar? Y me da un pañuelo, qué raro por su parte—. Podemos parar cinco minutos si quieres.

—No se preocupe, teniente, ya lo tengo asumido. Es solo que… —Me limpio las lágrimas con el pañuelo—. Sigo, sigo.

Intenté llamar a la ambulancia, al ciento doce, pero nada, las líneas estaban saturadas y no lo cogían. Después probé con cualquier número que se me ocurría, amigos, vecinos, lo que fuera, incluso llamé a mi peluquera. Nada. Al final me acerqué al balcón. Necesitaba ver a alguien, hablar con alguien. Me asomé por la barandilla y lo que vi me congeló la sangre.

Una señora estaba tirada en mitad de la calle. Un tío estaba arrodillado sobre ella. Al principio creí que intentaba ayudarla. Imaginé que estaba haciéndole una reanimación o algo parecido. Entonces la mujer gritó. Y vi sangre. Mucha sangre.

El hombre estaba mordiéndola. Aún puedo oír el ruido del mordisco junto con sus gritos. Al segundo, otro señor, supuse que el marido, intentó apartarlo de la señora. Durante una fracción de segundo pensé que iba a conseguirlo. El hombre se defendió bien, pero acabó igual de mal que su mujer.

Me llevé las dos manos a la boca. No podía apartar la vista. No entendía nada. Aquello no podía estar pasando. Las personas no hacían esas cosas. No en la vida real y delante de mi casa. Retrocedí

hasta chocar contra la pared del salón. El móvil cayó al suelo. Intenté recogerlo. Las manos me temblaban tanto que ni siquiera acertaba.

Cada respiración era más corta que la anterior. Notaba el pecho tan apretado que parecía que alguien me estuviera aplastando desde dentro. Las lágrimas caían solas. Me dejé resbalar por la pared hasta sentarme en el suelo.

No sabía qué hacer. Ni cómo ayudar a mis padres. No podía pedir ayuda. Ni salir a la calle. Lo único que sabía es que me había quedado sola.

Capítulo 4: *Mare*, ¿qué hay para comer?

No recuerdo cuánto tiempo me quedé sentada en aquella esquina del salón. Lo único que sé es que en algún momento dejé de llorar. No porque me sintiera mejor. Me quedé vacía. Como si mi cerebro hubiese decidido desconectarse para no procesar nada más.

Desde donde estaba podía ver la pecera al final del pasillo. Creo que me pasé horas mirando cómo nadaban los pececillos. Mi cabeza era incapaz de asimilar todo lo que había ocurrido. Y al final terminé quedándome dormida allí sentada.

Cuando desperté, por la tarde, tardé varios minutos en entender dónde estaba. Por un segundo creí que todo había sido una pesadilla. Una de esas horribles que parecen reales. Entonces bajé la vista. Vi el arañazo en mi muñeca, todavía un poco enrojecido. Además, seguía llevando puesta la mascarilla. Pero lo que de verdad me devolvió a la realidad fue el hambre.

Nunca había sentido tanta en mi vida, se lo juro. Ni siquiera cuando como por ansiedad.

Me arranqué la mascarilla de un tirón y salí corriendo hacia la cocina. Preparé un banquete con lo primero que pillé. Sin embargo, a los cinco minutos mis tripas volvieron a rugir. Así que me hice otra cosa distinta, y luego otra, y otra. La nevera y el congelador quedaron vacíos, pero yo seguía hambrienta.

Fui directa hacia el armario de la entrada, donde guardábamos las conservas, el arroz y cosas así. En ese momento pensé: si se trata de otra pandemia, lo más probable era que volvieran a encerrarnos durante meses, así que lo más sensato sería guardar provisiones, por si acaso.

Pasé completamente. Mi estómago seguía gruñendo sin compasión, así que terminé comiéndome hasta la última miga de aquel armario. Ni una triste bolsa de arroz quedó. Y…

—Bueno… prosigue —me ordena la teniente, levantando apenas la vista de sus papeles, al ver que había parado de hablar.

—Si le soy sincera, no recuerdo gran cosa después de aquello —admito, intentando ordenar mis pensamientos—. Tengo algunas lagunas. Lo siguiente que recuerdo es que, cuando me desperté, ya era lunes por la mañana.

Estaba tirada en mitad del pasillo que separaba el salón de la cocina, rodeada de agua. La pecera estaba rota. Los cristales estaban esparcidos por el suelo. Las plantas flotaban entre charcos. Y no había ni un solo pez.

Sentí un nudo horrible en el estómago. Me miré las manos despacio. Las encontré llenas de sangre, una que no sabía decirle si era mía o no. Notaba además algo extraño metido entre los dientes. Lo escupí. Sobre mi palma cayó una espina de pescado junto con pequeñas plumas.

—¿Plumas? —se sorprende la teniente, sin levantar la voz.

—Sí. Plumitas.

Cuando lo vi me levanté tan deprisa que casi me caigo. Al entrar en la galería encontré la jaula de mis periquitos abierta. No quedaba ninguno de los tres dentro.

La teniente no dice nada, pero el rostro se le ha torcido en un gesto de asco que intenta disimular, fingiendo demasiado tarde una indiferencia que ya no le queda nada creíble.

Fui derecha al fregadero a lavarme las manos a conciencia, frotándome la boca con agua y jabón una y otra vez, intentando escupir cualquier resto que pudiera quedarme todavía entre los dientes. Incluso intenté vomitar, aunque por más que me metiera los dedos, no soltaba nada. Al levantar la vista, me fijé en el reloj de la cocina.

—Le juro que durante un segundo llegué a pensar: mierda, el trabajo —suelto una risa floja—. Fíjese usted el pensamiento tan absurdo que me dio en aquella situación, que lo primero que se me

pasó por la cabeza fue que llegaba tarde a la oficina. Normal que luego me llamen adicta al trabajo. Y eso que era Lunes de Mona.

Una leve media sonrisa se dibujó en el rostro de la teniente. Curioso.

Con esa idea, caminé hacia mi cuarto, que estaba al final del mismo pasillo donde tenía a mis padres encerrados. En cuanto volví y vi las dos puertas atadas entre sí con la cuerda, la realidad me golpeó otra vez. No pude seguir avanzando sin que me vinieran a la cabeza todas las imágenes de aquel fin de semana. Mi estómago, en cambio, no dejaba de rugir.

Reuní todas las fuerzas que me quedaban y crucé corriendo. Recogí ropa, el portátil, cargadores, mantas… todo lo que parecía útil y lo llevé al salón de una sola vez para no tener que volver a atravesar aquel pasillo. Al pasar por delante de la puerta de mi padre noté que los arañazos sonaban cada vez más cerca, como si se hubieran vuelto más fuertes e insistentes que en los días anteriores. Un escalofrío me recorrió la espalda, así que improvisé una barricada con los trastos viejos del cuartillo que había justo enfrente, amontonándolo todo contra la puerta lo mejor que pude, por seguridad.

Viendo el panorama, y que mi señor estómago pedía guerra, la única opción que se me ocurrió fue ir al súper de enfrente. *A priori* parecía sencillo: bajo, cruzo, compro y para casa. Pero cada vez que me acercaba a la puerta veía a aquella mujer de la calle. Gritando. Con aquel hombre encima… Uf, es recordarlo y no puedo. Total, que estuve dándole vueltas hasta que el hambre ganó a mi cobardía.

Me armé de valor, cogí la espada de mi comunión, la que se utilizaba para cortar tartas, y bajé las escaleras con el corazón en la garganta en dirección al súper. Yo sabía que eso y nada era lo mismo, pero así me sentía un poco más segura. Sobre todo cuando salí a la calle y no vi a nadie.

Ni una persona, ni un perro, ni un coche pasando, nada. Eso me resultó perturbador, pero tampoco me detuve demasiado a pensar

en ello. Crucé la calle y las puertas del súper se abrieron.

El local estaba petado. Todas las personas tenían los ojos hundidos hacia dentro y una palidez tan extrema que daban la sensación de que llevaban semanas sin ver la luz del sol.

Me quedé un rato en la entrada, sin saber muy bien qué hacer. Admito que, como ninguno de ellos se movió, entré con un mínimo de confianza, aunque no dejaron de mirarme. Era como entrar en una habitación donde todo el mundo sabe algo que tú no.

No me lo pensé dos veces y cogí cuanto cabía en las bolsas que había bajado. Durante ese momento tan divertido tenía la sensación de que cientos de ojos me estaban observando, siguiéndome por cada sección sin decirme ni una sola palabra. Mi cabeza no paraba de repetirme: huye, huye, huye.

Al rato, unos pocos se me acercaron. Empezaron a olisquear cerca de mí y si me apartaba algunos me seguían. Yo evitaba el contacto visual lo máximo posible. Era inquietante.

Llegué a la caja. La dependienta me miró. Yo la miré. Y después de una encarnizada batalla de miradas, llegó un punto en el que no pude soportarlo más. Cogí las bolsas y me piré a casa corriendo.

—No me lo creo —me corta la teniente, apoyando los codos sobre la mesa y clavándome sus ojos marrones.

—¿Qué parte? —quiero saber, acomodándome las esposas.

—Todo. No puede ser que al tercer o cuarto día de la infección bajaras tan campante a un supermercado lleno de anémicos y volvieras a subir tan tranquila. Alguno te tendría que haber atacado, con pasar cerca ya se lanzan.

—Bueno, es lo que pasó, teniente. No sé qué decirle —le respondo, encogiéndome de hombros con toda honestidad—. A mí también me pareció extraño, se lo juro, pero yo bajé, no me atacó nadie, y al día siguiente volví a bajar.

—¿Volviste al día siguiente?

—Sí, sí, sí estuve haciéndolo una semana entera.

—¡Una semana! Eso es imposible.

—Yo tampoco lo entiendo, teniente, de verdad que no. Le estoy explicando lo que pasó tal cual. Si le sirve de consuelo… Poco a poco el súper se fue vaciando, como la puerta no cerraba… Y durante esa semana la herida de la muñeca no se me curó.

Me subo un poco la manga para enseñársela. La teniente me mira el brazo y entrecierra los ojos.

—Ahí no hay ninguna herida, ni un arañazo. No hay nada.

—A ver, es que fue superficial —le explico, bajándome la manga —, pero tardó por lo menos un mes en curarse del todo. Eso para mí fue una eternidad. Que tengo veinticinco, todavía regenero bien, ¿eh? Que una ya tiene sus problemas, pero tampoco estoy para que me entierren.

La teniente me mira con una expresión que mezcla a partes iguales el escepticismo y las ganas de acabar este interrogatorio por las malas. Puesto que no dice nada más, prosigo.

Durante aquella semana la luz empezó a fallar, primero con apagones de pocas horas, luego ya más largos, hasta que un día no volvió. El agua duró un poco más, pero tampoco mucho. Por eso fui dejando de coger cosas que necesitaran frío o calor para comerse, y empecé a llenarme los brazos de latas, agua, conservas, cualquier cosa que pudiera tragarme sin cocinar. Las croquetas descongeladas sin freír están buenas, como curiosidad.

Un día me dio el venazo, de esos que me dan de vez en cuando, y pensé que lo más sensato era aprovechar que el coche lo tenía aparcado fuera desde el viernes. Cargué varias tandas de latas, snacks y cosas que pudieran aguantar durante mucho tiempo sin frío en el maletero.

—Menos mal que hice eso, ¿eh? —le digo a la teniente, con una media sonrisa.

El hambre, por cierto, seguía sin cesar. No es que tuviera apetito a ratos, es que no podía parar de comer. Subía del súper con una bolsa enorme llena y al día siguiente tenía que volver a bajar a buscar otra. Creo que durante aquella semana comí más que en un año de mi vida, con la diferencia de que no engordé nada jeje. Bueno, supongo que algo había engordado, pero la báscula estaba en el baño junto con mi querida *mare*, por lo que me quedé con la duda.

La teniente se masajea el puente de la nariz, además de hacer un gesto vago con la mano para que siga.

Al séptimo u octavo día de aquella rutina tan peculiar, subí a casa con las bolsas cargadas, como de costumbre, y entonces me di cuenta de algo; ya no se escuchaban los arañazos.

—Pensé: «Bueno, por fin mi padre se ha cansado después de una semana dale que te pego a la madera» —suelto una risa amarga—. Ya me habría gustado que hubiera sido eso.

Capítulo 5: Van dos y se cae el del medio.

Aquel día me había retrasado más de lo normal. Siempre hacía la compra a primera hora de la mañana, cuando había más luz y menos gente en la calle, pero ese día se me fue el santo al cielo. Para cuando regresé cargada, ya estaba anocheciendo.

Dejé las llaves en el gancho de la entrada, arrastré las bolsas hasta la cocina y empecé a vaciarlas sobre la encimera. Fue entonces cuando escuché el primer golpe. Uno seco y hueco, como el de una caja de plástico cayendo al suelo desde cierta altura.

En ese momento pensé lo peor, pero intenté convencerme de que estaba todo bien, que la cuerda aguantaba y que mi súper barricada podía con lo que le echaran encima sin ningún problema.

El segundo golpe fue mucho más fuerte. La lata que tenía en la mano se me escapó de los dedos. Sentí cómo algo frío me recorría la espalda. Aquello ya no sonaba como una caja. Se me cortó el hambre de golpe, que para la semanita que llevaba fue casi un milagro. En contra de todos mis instintos, me acerqué al pasillo. Asomé la cabeza y lo que vi me dejó sin aliento.

Había una mano atravesando la puerta. El brazo de mi padre sobresalía, blanco cual papel, con los dedos llenos de astillas y sangre seca. Todos aquellos malditos arañazos habían desgarrado la madera. La mano se movía de forma torpe, barriendo el aire sin un patrón claro, pero cada vez más cerca del nudo de la manilla.

Me quedé observando, sin apenas respirar, viendo cómo los dedos rozaban la cuerda, la perdían, volvían a rozarla. Hasta que la agarraron.

Empezó a tirar con sacudidas cortas que hacían vibrar ambas puertas a la vez. El nudo que había hecho con tanta prisa empezó a aflojarse con cada tirón. Tendría que haber prestado atención cuando mi padre me enseñaba a hacer los nudos de pescador. Porque en el momento en que vi cómo aquel nudo se deshacía…

El corazón rebotaba en mis costillas, mi cabeza me gritaba que huyera, que me escondiera. No lo hice. No pude. Me quedé quieta viendo a mi padre empujar la puerta. Nuestros ojos se cruzaron, inmóviles, mientras el sol terminaba de caer. El chirrido de la puerta del baño abriéndose fue lo que me sacó del shock.

—Mierda… —susurré, alternando la vista entre ambos.

Fui hacia la barricada, intenté amontonar más trastos para, no sé, evitar que se acercaran. Por desgracia, el movimiento brusco bastó para que mi padre reaccionara y se abalanzara hacia delante volcando la mitad de las cajas de golpe. Detrás, mi madre ya estaba en el pasillo.

Eché a correr hacia la entrada. Abrí la puerta de un tirón. Salí al pasillo del ascensor. Y la cerré de golpe, sin acordarme de que las llaves de casa seguían dentro.

Al otro lado, escuché unos golpes tan fuertes que retumbaban en el pasillo junto con un ruido que parecía agua cayendo. No sé lo que era, pero me cagué tanto que corrí hacia las escaleras.

Mis queridos padres no tardaron en abrirla y en perseguirme. El pasillo estaba oscuro, ya casi era de noche y no se veía nada. Solo el brillo de los ojos inyectados en sangre de aquellas criaturas. Conseguí llegar hasta la puerta de las escaleras. Le puse el pestillo. Y esperé.

Quería verlos una última vez antes de despedirme. Me alejé de la puerta y bajé las escaleras corriendo sin pensar dónde iba.

—A ver —le comento a la teniente, pasándome el pañuelo por los ojos—, mi lógica en ese momento era: si durante toda la semana no me ha pasado nada bajando al súper… ¿Cuánta probabilidad había de que justo esa noche cambiase algo? Poca, ¿verdad?

La teniente no responde, pero su cara lo dice todo.

Con esa regla de tres tan sólida, bajé corriendo. Al empujar la puerta, noté que me observaban de una manera… distinta a la de los días anteriores. Antes me olían un momento, ponían caras raras,

y seguían su camino como si yo no existiera. Ahora no. Ahora, sin hacer ruido, empezaron a acercarse.

Mi corazón ya no aguantaba más. Intenté fingir que todo estaba igual que siempre, pero notaba cómo el espacio entre ellos y yo se iba cerrando. Empecé a respirar demasiado rápido y demasiado poco al mismo tiempo. Cuando me giré ya no había salida, solo figuras pálidas moviéndose hacia mí en silencio.

Entonces vi la puerta de los empleados al fondo del pasillo derecho. Ni lo pensé. Corrí hacia ella, me colé por el hueco antes de que terminaran de cerrarme el paso, y la empujé desde dentro hasta que escuché el clic del cierre.

Me quedé apoyada contra la puerta, en la oscuridad del almacén, intentando recuperar la respiración. Aquí estoy a salvo, me repetía. Aquí no puede entrar nadie. En cuanto la noche cayó del todo, los ruidos iniciaron.

Decenas de manos comenzaron a golpear desde el otro lado. Las paredes vibraban. Los cristales resonaban. Todo el almacén parecía estremecerse.

—Yo no entendía nada —le digo a la teniente, mientras noto que mi pierna empieza a moverse sola bajo la mesa—. Hasta ese momento había dado por hecho que eran pacíficos o que yo les caía bien. Pero esa noche no pegué ojo.

Me doy un par de golpes en el muslo con el puño para que la pierna pare de moverse, sin éxito.

—Toda la santa noche con golpes, con gruñidos, con arañazos en la puerta. Ese tipo de ruidos yo ya…

Me quedo un momento callada, controlando la respiración, antes de seguir.

—A la mañana siguiente, puede que peque de confiada, al no escuchar nada eché un vistazo. Y todo volvió a "la normalidad": solo me miraban, no se acercaban, no hacían nada. Era muy extraño.

La teniente lleva un rato golpeando el bolígrafo contra la mesa con un ritmo acelerado. A lo mejor quiere ir al baño y no me quiere interrumpir.

—¿No le parece extraño? —le pregunto a la teniente, para ver si se relaja un poco.

—Todo en tu historia es extraño —me suelta ella, dejando el boli encima de la carpeta de golpe—. Es extraño que no te ataquen. Es extraño que te haya arañado un anémico y tú estés aquí tan fresca. Es extraño que hayas conseguido venir desde Elche. Todo en tu maldito cuento es extraño. —La teniente está intentando controlar su respiración, es la primera vez que la veo tan alterada—. ¿Sabes lo que creo, Erika?

Yo niego con la cabeza, me da cosa contestarle.

—Creo que te lo estás inventando. Creo que me estás entreteniendo para darles tiempo a tus amiguitos a que vengan a atacar Madrid. Y que todo esto es un teatro que te has montado en tu cabeza para tener una excusa por el secuestro de esos niños.

Aquello me hizo incorporarme de golpe. Las esposas tintinearon contra la mesa metálica.

—¿En serio crees que me estaría inventando todo esto? —La voz me sale más tensa de lo que pretendía—. ¿De verdad piensas que podría sentarme aquí y contarte que mis padres...? Yo… solo quería sobrevivir. ¡Podía haber muerto en cualquier momento! Sí, vale, puede que tenga una flor en el culo. Puede que Dios decidiera acordarse de mí por una vez. Yo qué sé. Eso no tiene nada que ver para que me acuses por algo que yo no he hecho. Lo único que quería y quiero es estar a salvo. Que esos niños estén a salvo.

La teniente me observa un momento en silencio.

—Continúa.

Me recuesto un poco en la silla, que las esposas no dan para mucho, y retomo el hilo.

—Estuve encerrada allí tres o cuatro días. Bueno, quizá algo más. He perdido la cuenta. Menos mal que en ese súper tenía esa sección extraña donde venden ropa, sartenes o cosas así.

El caso es que tenían cosas de camping. Cogí una colchoneta inflable, una manta, algunas herramientas y subí a la azotea.

—La verdad es que me quedé arriba por dos razones. —Levanté dos dedos—. La primera era que desde la azotea casi no se escuchaban los gruñidos. Y por fin podía dormir. —Bajé un dedo—. Y la segunda era que el edificio era bastante bajo y había un contenedor justo al lado.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? —me pregunta la teniente, volviendo a coger el boli.

—Porque tenía un maravilloso plan de emergencia.

—No sé si preguntar…

—Si algo salía mal, bajaba de la azotea por el contenedor y corría a mi coche.

La teniente cerró los ojos unos segundos.

—Veo varios fallos en ese plan —suspira, tocándose el puente de la nariz.

—Sí… bueno… —reconozco, con media sonrisa—, pero dormía mejor creyendo que funcionaría.

Me pasaba la mayor parte de las mañanas comiendo y de las tardes en la azotea. Yo siempre he sido muy blanca, pero desde ese día parecía que la luz del sol me molestaba más. Aun así intentaba ponerme morena, tampoco tenía nada mejor que hacer.

Un día vi a tres chavales. Tendrían más o menos mi edad. No recuerdo sus nombres. Uno llevaba una camiseta azul, otro una roja y otro una amarilla. Es lo único así más característico que recuerdo. Los vi corriendo por la calle. Parecía que algo los perseguía.

—¿Anémicos?

—Se ve que no tenían el mismo trato de favor que yo con los del barrio —bromeo con media sonrisa y moviendo una ceja.

Cuando me vieron ahí arriba, el de azul me gritó desde abajo, sin levantar demasiado la voz.

—Oye, ¿estás bien?

—Sí —le contesté, con poca energía—. ¿Vosotros?

—Sí, no nos han mordido, pero nos están persiguiendo. ¿Cómo has subido hasta ahí?

—Entrad al súper y subid por las escaleras —les expliqué—, porque la otra forma de subir tiene sus matices.

Los tres cruzaron miradas entre sí.

—¿Pero el súper está vacío? —quiso saber el de amarillo.

—Vacío no está, aún quedan cosas.

Volvieron a intercambiar un gesto de perplejidad. Se acercaron a la puerta de cristal, que seguía abierta, y cuando vieron a los del interior, los tres retrocedieron.

—¡¿Pero tú qué haces ahí tan tranquila?! —gritó el de rojo.

—¿Eh?

—¡Tienes una colonia entera debajo!

—Ah. Son pacíficos. Por las mañanas —le contesté—. Por las noches son unos cabrones. No les molestéis.

Estoy bastante segura de que me tomaron por loca, porque las caras que pusieron fueron un cuadro digno de enmarcar. Decidieron no entrar y se piraron. La verdad es que me sorprendió ver gente cuerda, que hablara y razonara, pero tampoco le di más importancia. Dos días después, volvieron.

—¡Eh! ¿Sigues viva? —se sorprendió el de azul desde abajo.

Yo estaba en la misma posición que cuando se habían ido, tomando el sol en la azotea leyendo.

—Veo que vosotros también. ¿Y vuestro amigo, el de la camiseta roja?

Ninguno de los dos me contestó. Fue entonces cuando me fijé en la sangre. Las camisetas estaban manchadas y la forma en que evitaron mirarme fue respuesta suficiente. No pregunté más.

—Está anocheciendo. Será mejor que encontréis un sitio para pasar la noche.

—No encontramos nada —contestó el de amarillo, mirando hacia la calle con una expresión de agotamiento—. Todo el barrio está infectado. Hemos mirado todos los supermercados, centro de salud, gasolineras… todos llenos. No tenemos a dónde ir.

Los observé unos segundos. Luego miré la entrada del edificio. No sabía si dejarlos entrar o no. En esa situación es mejor estar con más gente por si acaso y eran las primeras personas con las que hablaba en casi dos semanas. Pero algo… algo me decía que no les dejara.

Al final suspiré y me levanté. Bajé las escaleras del supermercado, pasé entre los del interior tan tranquila y llegué hasta la puerta de cristal. Los dos se quedaron observándome sin decir ni una palabra. Luego miraron al interior.

—Por las mañanas son pacíficos —repetí y les dejé pasar.

Si hice bien o no, a día de hoy todavía no estoy muy segura. Tengo sentimientos encontrados con esos dos chavales, la verdad, aunque supongo que eso ya lo juzgará con el resto de la historia.

Capítulo 6: No era un plan tan malo después de todo.

Me acomodé un poco en la silla, haciendo sonar las esposas contra la mesa.

—Ya desde el primer momento estaban raros conmigo.

—¿Raros cómo? —La teniente arquea una ceja.

—Ya sabe. De esa forma en la que alguien te sonríe pero se mantiene a medio paso de distancia. O cuando te hacen una pregunta y se miran entre ellos antes de escuchar la respuesta.

La teniente no me contesta, por el gesto creo que entiende lo que le digo así que continúo.

En aquel momento ya estaba anocheciendo del todo, por lo que me di un poco de prisa y los llevé dentro.

—Podéis hacer dos cosas —les expliqué cuando llegamos a la oficina donde estaban los monitores de seguridad—. O dormís aquí abajo o subís a la azotea conmigo. Solo tengo una colchoneta, pero creo que vi alguna más en la sección de camping.

Los dos se quedaron observándome.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí encerrada? —me preguntó el de amarillo.

—No sé —le contesté, haciendo el cálculo mental rápido—. Dos días, tres, cuatro. No creo que llegue a la semana, ¿por?

El de azul consultó con la mirada al de amarillo antes de responder. Esas miraditas silenciosas me estaban poniendo nerviosa.

—Es que llevamos dando vueltas por todo el barrio desde que empezó y no... O sea, nadie aguanta tanto tiempo en un sitio como este. ¿Te pilló aquí el brote?

—Ah, no, no. Yo estaba en mi casa y vine para acá a por comida. Es que mis padres… Bueno, al final me quedé aquí.

Ninguno insistió. Aunque por sus caras era evidente que querían hacerlo. Tenían tantas preguntas que ni siquiera sabían por cuál empezar.

—Es tarde. Vamos a dormir. Mañana hablamos.

Ellos durmieron en la oficina y yo subí a la azotea. Ahora bien, se me olvidó comentarles todo el tema de la orquesta sinfónica de gruñidos, lo que hizo que ambos subieran en mitad de la noche.

Yo dormía tan tranquila cuando abrí los ojos y tenía una cara a diez centímetros de la mía. Del susto le di un puñetazo al de azul en el hombro con todas mis fuerzas.

—¡¿Pero qué coño haces?! —solté, con el corazón a ciento veinte.

—Lo siento, lo siento —se disculpó, retrocediendo un paso—. Hemos escuchado unos ruidos muy raros ahí abajo y no sabíamos qué...

—Es normal —le corté, todavía medio dormida—. Por las noches siempre están muy activos. *Bona nit.*

La mirada que me dedicaron fue espectacular. Creo que en ese momento terminaron de convencerse de que estaba loca.

La teniente soltó una pequeña risa por la nariz. La primera en todo el interrogatorio.

—Tengo que admitir que yo pensaría lo mismo.

—¿Ve?

—Esos pobres chavales encerrados contigo… —suspira, negando con la cabeza.

—Bueno, puede que sea algo excéntrica, pero…

A la mañana siguiente, bajamos los tres juntitos, y ahí pasó algo que me pareció bastante curioso: en cuanto ellos salieron de la

oficina, todas las personas que había dentro del súper dejaron de mirarme a mí y empezaron a mirarles a ellos. Perdí mi popularidad en un segundo.

—¿Por qué no nos atacan? —me preguntó el de azul, muy pegado a mi espalda, con la voz bastante más tensa de lo que pretendía.

—Os lo he dicho: son pacíficos por las mañanas —le respondí, cogiendo una caja de pizza de una balda—. A lo mejor los de aquí dentro son un poco diferentes a los de fuera, no lo sé, pero por las mañanas no atacan. Es que no me hacéis caso.

La verdad era que el supermercado daba bastante miedo. Llevaba varios días sin electricidad, a oscuras, iluminado solo por la luz natural que entraba por algunas ventanas. Además, estaba aquel olor.

—Buah —se quejó el de amarillo, tapándose la nariz con el cuello de la camiseta—. Aquí huele fatal. ¿Qué es eso?

—La carne que se ha pasado —expliqué, sin levantar la vista de las cajas—. La estoy tirando a la calle, pero creo que eso ha empeorado un poco el olor en general.

Mientras hablábamos fui cogiendo todo lo que seguía siendo más o menos comestible. Lasañas, empanadillas congeladas, croquetas…

—¿Te vas a comer eso? —me preguntó el de amarillo.

—Sí.

—Está descongelado. Eso no es sano.

—Todo lleva días descongelado, nada es sano. También os digo, si subimos las pizzas a la azotea y les da el sol un rato, quedan medio decentes. Aunque ya no quedan tantas.

Los dos intercambiaron una mirada antes de fijarse en las estanterías.

—Sí que han saqueado esto —silbó el de amarillo, mirando una balda vacía—. Aquí no queda casi nada.

—Ah, ya, ya me estoy quedando sin comida —dije, recogiendo las últimas diez cajas de pizza que quedaban y apilándolas en los brazos —. Debería empezar a racionarla un poco más.

Sus ojos oscilaban entre la montaña de cajas y mi cara.

—Todo eso... nosotros no comemos tanto —suspiró el de azul, midiendo cada palabra—. Podríamos organizarlo un poco entre los tres.

—Ah, no, no. Esto es para mí. Vosotros coged lo que queráis de lo que queda.

Y subí a la azotea notando sus caras de sorpresa.

—Ahora que lo pienso —se me escapa una sonrisa bastante tonta —, eran dos chicos bastante monos.

—Erika…

—No, en serio. No recuerdo bien sus caras, pero me acuerdo de que no eran feos. Podría haber aprovechado la situación. Luego pasó lo que pasó… Déjalo, no he dicho nada.

Me miraron muy raro por lo de las pizzas. Creo que no habían visto a una mujer comer tanto en toda su vida.

—Es que eso tampoco es normal —comenta la teniente, con un tono que no sé si es de análisis o de incredulidad—. Te comiste prácticamente toda la comida de un supermercado tú sola en menos de dos semanas.

—Toda no —puntualizo—. Ya le dije que guardé latas y snacks en el coche. Pero sí, el resto me lo fui comiendo yo, aunque estos dos me ayudaron un poco. Es que tenía mucha hambre y sigo teniéndola. Ahora que lo dice, llevamos aquí ya un buen rato hablando y ya me está entrando apetito. ¿Podrían traernos algo para comer?

La teniente suelta un suspiro largo y hace un gesto con la mano para que continúe.

Las pizzas resultaron estar bastante buenas para lo que cabía esperar. Cuando ya era mediodía y el sol las había dejado en un punto razonable, subimos los tres y nos sentamos a comer. Fue entonces cuando les pregunté lo básico: cómo se llamaban, de dónde eran. Me lo contaron, pero la verdad es que se me ha olvidado casi todo, así que te ahorro esa parte y voy directamente a lo que importaba de aquella conversación.

—Somos estudiantes de la UMH. Y cuando empezó todo esto nos pilló en la biblio de la uni —me contó el de azul, con la pizza apoyada en las rodillas—. Estuvimos un rato ahí sin saber muy bien qué hacer, hasta que por la radio oímos una de las emisoras de emergencia diciendo que estaban habilitando zonas seguras.

—¿Zonas seguras? —Me incorporé tan rápido que casi se me cayó la pizza de las manos.

—La uni tiene una sala de radio —continuó el de azul, hablando un poco más rápido de lo normal—. Nos escondimos ahí un tiempo y sonó un aviso diciendo que todos los ciudadanos que estuvieran sanos tenían que acercarse a las capitales. Lo malo es que Alicante no está en la lista. La más cercana que mencionaban era Valencia.

—El problema es que no tenemos coche, y sin GPS tampoco sabemos ir —comentó el de amarillo, extendiendo los brazos—. Y lo de ir a pata no lo veo.

—*Home,* no es mala idea lo de Valencia. Podríamos ir al súper grande de las afueras, al tener varias agencias de viajes suelen tener mapas físicos de la zona. O si no, en el centro está la *oficina de turisme*. Ahí seguro que hay algo que nos pueda orientar.

—Sí, pero eso está en la otra punta de la ciudad —nos recordó el de azul, sacudiendo la cabeza—. Estamos justo al lado contrario. ¿Cómo vamos a cruzar toda la ciudad infectada sin coche? Es un suicidio.

—Otra opción… —intervine, encogiéndome de hombros— es que si la radio funcionó y están organizando esto… a lo mejor en algún

momento mandan un helicóptero, un dron o lo que sea. Para ver si queda gente.

—¿Como en las pelis? —sonrió el de amarillo.

—Sí, algo así.

—¿Tú has visto algún helicóptero en estas semanas? —me preguntó el de azul, clavándome sus ojos.

—Pues no, la verdad —reconocí—. Pero la esperanza es lo último que se pierde, ¿no? A lo mejor hay alguna posibilidad todavía.

Los tres nos quedamos en silencio un momento, mirando el horizonte desde la azotea, esperando un helicóptero que ninguno creía realmente que fuera a aparecer. La estrategia, por el momento, era aguantar. Por suerte, el agua no era un problema urgente; los arcones conservaban suficiente escarcha limpia y bolsas de hielo derretido que podíamos racionar con cuidado.

—Si le soy sincera, teniente, a partir de ahí las cosas empezaron a ponerse tensas —le explico, cambiando de posición en la silla todo lo que las esposas me permiten—. Porque claro, yo como por cinco, y la comida que quedaba en ese punto era ya muy poca. La fruta ya no tenía salvación, el pescado parecía tener bioma propio y la carne ni se lo menciono.

También les repetí varias veces que la puerta que daba acceso a la escalera de la azotea había que cerrarla siempre con el pestillo. El de azul era bastante serio con eso y normalmente me hacía caso, pero el de amarillo era más pasota con el tema. No sabe cuánto me crispaba eso.

Pues bien. Un día, estaba yo en la azotea tomando el sol por la tarde como de costumbre, porque por la mañana la luz ya me estaba empezando a molestar de más, cuando los dos se me acercaron.

—Erika, hemos decidido que te tienes que ir —me soltó el de azul, sin rodeos.

Me quedé mirándoles un segundo, sin levantarme.

—¿Cómo que me tengo que ir?

—No puede ser que tú sola te comas y bebas lo que comeríamos los tres en un mes.

—No seas tan exagerado, que no como tanto —le contesté, aunque los dos sabíamos que no era del todo cierto—. Aún queda comida, así que no os desesperéis.

—Perdona —intervino el de amarillo, con un tono bastante más frío—, pero no queda casi nada, y lo poco que hay está podrido o a punto de estarlo. O te cortas un poco o te largas.

Aquello me hizo hervir la sangre. Me levanté despacio y me planté enfrente de ellos. Por alguna razón ambos retrocedieron un par de pasos.

—Escuchadme bien. —Mi voz salió mucho más siniestra de lo que pretendía—. Vosotros estaríais muertos si yo no os hubiera dejado entrar aquí. Este sitio es *mi* territorio. Si estáis vivos es porque *yo* he querido. Así que no tenéis ningún derecho a decirme que me vaya. Si no queréis estar aquí, ya sabéis dónde está la puerta. —Se me escapó una sonrisa—. Si os atrevéis a salir, claro.

A lo mejor me pasé un poco con lo último. El de azul apretó la mandíbula, me agarró el brazo y empezó a arrastrarme hacia las escaleras. El de amarillo dudó un segundo, pero acabó ayudándole a empujarme desde el otro lado.

—¡Qué hacéis! ¡Dejadme! —les grité, intentando escaparme.

—Si no te vas por las buenas, te vas por las malas —sentenció el de azul, sin soltarme.

Desde abajo ya empezaban a escucharse los primeros ruidos de los que se iban despertando. Notaba cada escalón que bajábamos como si avanzara directa al patíbulo. Intenté quitarme su mano de encima con todas mis fuerzas, pero el chico tenía un agarre que yo no esperaba de alguien tan poco musculado. Por más que tiré no conseguí nada. Tendría que haber hecho más brazo en el gimnasio, lo admito, pero no era momento de arrepentimientos.

La puerta estaba justo delante. Los gruñidos cada vez más cerca. Y yo cada vez más segura de que si esa puerta se abría, lo que había al otro lado no iba a tener ningún tipo de conversación conmigo.

Entonces mi cuerpo decidió actuar antes que mi cerebro. Levanté la rodilla y le di una patada al de azul en los huevos con toda la fuerza que tenía. El chico salió rodando por los últimos peldaños y se golpeó de lleno contra la puerta, abriéndola. Los del interior empezaron a girarse hacia él.

—¿Qué os dije sobre cerrar el puñetero pestillo? —exclamé, girándome hacia el de amarillo.

Él palideció en tiempo real y empezó a subir las escaleras sin decir nada más. Yo fui detrás. Las personas ya estaban empezando a entrar. Cuando faltaban cuatro escalones para llegar arriba, el de amarillo ya estaba empujando las cajas y las colchonetas contra la trampilla de la azotea. Bloqueándola.

—Tú, *fill de puta*. ¡¿Qué coño haces?! Déjame pasar.

—Por tu culpa mi amigo ha muerto —me contestó desde el otro lado, sin dejar de colocar cosas—. No voy a caer yo también. Aléjate. Si tanta hambre tienes, sé tú la comida para los monstruos.

Solo recuerdo rabia. Miedo. Y una desesperación tan grande que apenas podía pensar. Detrás de mí los gruñidos estaban cada vez más cerca. Cada vez más altos. No tenía tiempo para discutir. Ni para convencerlo. Así que hice lo único que se me ocurrió. Clavé las uñas en la colchoneta atravesada delante de la entrada y empujé. No sé de dónde salió aquella fuerza.

La colchoneta salió volando, junto con las cajas que tenía encima. El chaval, que estaba sujetándolo todo, perdió el equilibrio cayendo al suelo de espaldas.

Subí el último escalón de un salto. Desde abajo ya se escuchaban los pasos subiendo. Cogí al de amarillo por el cuello de la camiseta y lo puse de pie de un tirón. Él evitó mirarme.

—Si quieres vivir, no vuelvas a hacerme eso en tu puta vida. —Me acerqué a su cara—. ¿Queda claro?

No respondió, el olor a sudor que emanaba de él era asqueroso.

—¿Queda claro? —le repetí, meneándolo.

—S-Sí… —asintió, cada vez más sudado.

—Ahora coge las cajas.

—¿Qué-qué?

—¡La barricada, imbécil!

Por fin reaccionó. Los dos empezamos a amontonar todo lo que había en la azotea contra la trampilla, cajas, la otra colchoneta, cualquier cosa con peso que encontramos en los dos segundos que teníamos. Él fue a colocar una de las cajas más grandes justo en el borde cuando una mano salió de la trampilla y le agarró la muñeca.

—¡Erika! —gritó, girándose hacia mí—. ¡Erika, ayúdame!

No le voy a mentir, teniente. Lo último que pensé en ese momento fue en salvarle.

—O sea, que dejaste que ese chico muriese delante de ti —me dice la teniente, con una expresión que no sé si es de juicio o de incredulidad—. ¿Por qué?

—Acababan de intentar matarme. —Me encogí de hombros.

La teniente frunce el ceño.

—Eran unos chavales asustados.

—Y yo también. La diferencia es que yo no intenté tirarlos. Solo dejé que el karma hiciera su trabajo.

La teniente no dice nada. Claro, si es que no hay fallos en mi lógica.

—Así que cuando vi que lo estaban arrastrando… Puse en marcha mi maravilloso plan de emergencia.

—El del contenedor.

—El del contenedor.

La verdad es que, visto con perspectiva, era un plan horrible. Pero era el único que tenía. Corrí hacia el borde de la azotea. Escuchando detrás de mí los gritos del chico.

—¡Ayúdame! Erika, por favor.

No me giré, si lo hacía sabía que me paralizaría el miedo y eso sería mi condena.

Llegué al borde, busqué apoyo con las piernas y empecé a bajar hacia el contenedor. El metal estaba caliente por el sol del día. Mis zapatillas apenas encontraban agarre. Escuché un golpe detrás de mí. Uno muy fuerte. Seguido de un grito. No quise saber qué significaba y seguí bajando. Hasta que por fin mis pies tocaron la tapa del contenedor.

—En ese momento hubo un problemilla.

—Me sorprende que hubiera ido bien hasta entonces —resopla la teniente.

—Gracias por el apoyo, ¿eh?

—De nada.

El caso es que no había calculado que el contenedor estaba inclinado hacia un lado, así que me resbalé nada más tocar la superficie. El ruido fue tremendo. Un golpe seco que retumbó en toda la calle y que desde luego no pasó desapercibido para nadie que estuviera cerca.

Me caí desde más de metro y medio de altura. Me quedé un segundo sin aire, boca abajo, con las manos abiertas contra el suelo y sintiendo un dolor punzante que me subía desde el tobillo derecho. Me lo había torcido al caer, o algo parecido, porque cuando intenté levantarme, el pie no quería colaborar del todo.

En ese momento, escuché un gruñido. Demasiado cerca. Un dolor agudo me atravesó la rodilla. Al mirar hacia abajo, la sangre empezaba a empapar el pantalón.

—Perfecto.

Apoyé una mano en el contenedor y me obligué a caminar. Mientras a mi alrededor empezaban a aparecer figuras atraídas por el ruido.

—¡Asesina! ¡Sálvame! ¡Ayuda, ayuda! —se escuchaba desde la azotea.

El coche estaba aparcado justo enfrente del supermercado, a no más de veinte metros, pero con el tobillo como lo tenía esos metros se me hicieron eternos. Corrí lo mejor que pude sintiendo cómo el dolor subía con cada zancada y notando la sangre caer por la palma de la mano.

Detrás de mí los gruñidos aumentaban. Más cerca. Más cerca. Más cerca. No quería mirar. Pero miré. Ojalá no lo hubiera hecho. Venían muchos. Demasiados. Algunos salían del súper, otros aparecían desde las calles. Todos avanzando hacia mí igual que un banco de esturiones blancos.

Llegué al coche. Busqué la llave en mi bolsillo, pero por el temblor de mis manos se me cayó. Volví a intentarlo mientras escuchaba de fondo cómo se acercaban los pasos. Con los dedos temblando y la sangre mojándome la palma no encontraba el agujero de la cerradura.

Cuando por fin abrí el coche, me metí dentro de un salto, cerré de un golpe y eché el seguro. Dos segundos después el primer cuerpo chocó contra la ventanilla del copiloto con un ruido sordo que me sacudió el pecho entero. Al instante, otro y otro más. El coche empezó a balancearse con el peso de varios cuerpos empujando desde fuera. Yo apenas podía respirar. Mis manos temblaban tanto que casi no podía sujetar la llave. La introduje en el contacto y la giré.

—No… —Giré otra vez—. No, no, no, no...

Cada vez golpeaban más fuerte, hasta llegaron a romperme los limpiaparabrisas.

—¡ARRANCA!

El motor hizo un ruido horrible. Sentí cómo algo se rompía dentro de mí. Por primera vez pensé que no iba a salir de allí. Que hasta ahí había llegado. Que después de todo… Iba a morir en el aparcamiento de un supermercado. Sola.

—¡SÍ! —Entonces el motor rugió y arrancó.

Metí la marcha sin pensar, pisando el acelerador. El coche salió disparado. Noté dos golpes bajo las ruedas. No sé cuántos atropellé. Ni quiero saberlo. Solo sé que seguí conduciendo.

Capítulo 7: Aprovechando el *bug.*

Me muevo en la silla intentando encontrar una posición que no me corte la circulación en las muñecas, sin demasiado éxito. Las esposas llevan ya un buen rato recordándome que existen cada vez que intento gesticular.

—¿De Valencia viniste aquí? —quiere saber la teniente, con el bolígrafo suspendido sobre el papel—. ¿Y los niños?

—Tenga un poco de paciencia, que acabo de empezar. —Qué impaciente—. Cogí el coche, ¿no? Yo no tenía ni puñetera idea de cómo se llegaba a Valencia.

—Coges la autovía principal y sigues las señales —suspira ella, como si fuera lo más obvio del mundo—. En algún momento llegarás.

—Sí, claro, eso es lo que pensaría en una situación normal. El problema es que cuando Fui a salir hacia la autovía, estaba atascado de infectados por todos lados. Era imposible. Y no me diga que podría haber empezado a atropellar gente al tuntún, porque me lo planteé. Pero mi coche es viejecito y el pobre ya había tenido suficiente con salir del aparcamiento del supermercado. Salí con el pobrecillo abollado, así que dos o tres atropellos más y el motor decía basta.

La teniente se limite a escribir algo en los papeles de la carpeta.

—Entonces volví a la idea que les había mencionado a los chavales del súper. Hay un sitio en las afueras, tirando hacia la carretera de Crevillente… ¿Alguna vez ha estado en Elche, teniente?

—Soy de Madrid —me contesta, sin inmutarse—. Como mucho veraneaba en Denia, pero poco más.

—Muy mal. Tenía que haber venido a Elche. Es muy bonito, tenemos muchas palmeras.

Pues resulta que a las afueras hay una especie de centro comercial abierto con varios edificios grandes de tiendas, y entre ellos hay un supermercado enorme que tiene agencias de viajes dentro. Pensé que podía ser útil por tres razones. La primera, los mapas: si en algún sitio quedaba algún mapa físico de la zona, fijo que era ahí. La segunda, la gasolinera que hay justo al lado, porque mi coche estaba a la mitad del depósito y no tenía ni idea de cuántas vueltas iba a tener que dar para esquivar todos los atascos. Y la tercera, la tienda de deportes; en el coche solo llevaba agua, latas, snacks y creo que hasta me puse compresas por si acaso, pero nada más.

Algo en la expresión de la teniente cambia ligeramente, una especie de asentimiento muy contenido que se le nota en la mandíbula antes de que pueda evitarlo.

—Ah, mira. Por lo menos ya me apoya los planes —le sonrío, y ella me clava la mirada como si no hubiera dicho nada—. Es un avance, teniente, es un avance.

El caso es que llegué a ese sitio ya de noche, después de dar bastantes vueltas por el barrio intentando encontrar una salida que no estuviera cortada. Aparqué en el parking. Había un montón de infectados moviéndose entre los coches, busqué una zona donde hubiera pocos vehículos y aparqué ahí. No me moví del coche. Porque los del súper de mi casa, por la mañana no me atacaban, pero yo no conocía a estos de aquí y no iba a asumir que también les caería bien.

A la mañana siguiente me subí al capó para intentar ver bien el panorama antes de decidir nada. No fue nada alentador: estaba todo petadísimo de gente. Era viernes cuando empezó el brote, y ya se sabe que cuando hay festivo la gente aprovecha para hacer la compra grande, así que seguía lleno. Yo no veía cómo iba a entrar a los tres sitios sin que me pasara algo. Me quedé haciendo cálculos que no salían, cuando escuché una bocina.

A lo lejos, en el otro extremo del parking, había una especie de camión pequeño o una furgoneta grande. Desde donde estaba no lo

distinguía bien. Varias personas cargaban cajas y suministros, entrando y saliendo de uno de los edificios como hormiguitas.

Pensé en gritarles, pero había demasiados infectados de por medio y armar escándalo en mitad de ese aparcamiento era una idea que no le recomendaría a nadie, así que me callé y los observé.

—La cuestión es que terminaron de cargar el primer vehículo y arrancaron. Justo entonces apareció un segundo camión por la carretera.

—¿Otro grupo?

—Eso supuse.

Venía con las luces encendidas, supongo que para avisar al primero de que ya estaba de camino. Todo parecía normal hasta que uno de los anémicos salió de entre los coches y se cruzó delante.

La velocidad del impacto lo lanzó hacia arriba y el cuerpo fue a caer directo contra el parabrisas. *¡Paf!* El conductor debió de asustarse porque dio un volantazo tremendo. El primero, que ya estaba saliendo, no tuvo tiempo de reaccionar y los dos chocaron de frente con un ruido que se escuchó en todo el parking.

No sé qué llamó más la atención, si los gritos de sus compañeros o las alarmas de los vehículos. Se montó un escándalo constante y agudo imposible de ignorar. Todos los anémicos se giraron al mismo tiempo y empezaron a avanzar hacia los camiones.

No voy a describir lo que pasó con demasiado detalle porque me revuelve el estómago solo de recordarlo. Los infectados subieron a los vehículos. Algunos consiguieron huir, pero no llegaron muy lejos. Los mordían en el cuello, en los brazos, en cualquier sitio que pillaban y los dejaban caer al asfalto como bolsas vacías de sangre, tan pálidos que casi parecían tizas apiladas. Al cabo de un rato algunos empezaban a moverse, atacando a los que habían sido sus compañeros unos minutos antes.

Lo peor fue que algunos no se conformaron con morder. Vi cómo uno le arrancaba el brazo a una persona que todavía se estaba

moviendo y se lo tragaba de un bocado, igual que una boa a su presa.

Vomité encima del capó. Era horrible. Pero tampoco podía apartar la vista. Hasta que me di cuenta de algo. La mayoría de los anémicos de mi zona se habían desplazado, atraídos por el choque. La zona a mi alrededor estaba casi despejado.

Bajé del capó, cogí la mochila y fui hacia la tienda de deportes. Dentro estaba a oscuras; olía a plástico nuevo y a ropa sin estrenar, un aroma raro de normalidad en mitad de todo aquello. Fui directa a la sección de senderismo para coger dos tiendas de esas que las tiras y se montan solas.

—¿Para qué querías dos? —me pregunta la teniente.

—Imagínese que se rompe, pues tengo otra de emergencia.

También cogí ropa: pantalones de equitación, que son súper gruesos, botas de montaña y un par de camisetas. En un momento de lucidez, pillé un par de cuchillos de caza y un arco con flechas de acero. Me sorprendió ver flechas reales, pensaba que solo vendían de juguete. Había muchas cosas interesantes en la sección de caza, pero en cuanto escuché un gruñido, corrí a cargar el coche.

Se lo cuento así de fácil, pero yo no soy muy atlética e iba en plan sigilo para que no me pillaran. En más de una ocasión pensaba que me habían visto, pero qué va: saqué a relucir las habilidades ninja de mi abuela.

—Erika… —suspira la teniente. Yo, en cambio, le sonrío.

Después fui a la gasolinera. Cuando llegué y cogí la manguera, no salió nada. Ni gota. Las bombas llevaban días sin energía y los depósitos estaban secos. Tal como se había puesto la cosa, el plan de entrar al súper a por los mapas era inviable; los camiones estaban demasiado cerca de la entrada.

—Que yo sepa en ese tipo de tiendas de deporte también venden mapas —me comentó la teniente, balanceando el boli.

—¿Sí? Pues si lo llego a saber…

Dado que no iba a unirme al buffet libre de personas, me Fui. Ahora bien, del dicho al hecho hay un trecho y seguía sin mapa. Mi idea era sencilla: llegar a Alicante, porque sabía ir, y luego buscar alguna señal que me acercara a Valencia.

—Pero… —La teniente arquea una ceja.

Las carreteras principales estaban todas bloqueadas por coches abandonados o por grupos de anémicos. Así que tuve que desviarme por las secundarias, de esas que serpentean entre campos y que Dios sabe quién pasa por ahí. Entre la mala señalización y los tramos cortados que me obligaban a dar marcha atrás cada dos por tres, llegó un momento en que ya no tenía muy claro dónde estaba.

Creo que fue cerca de Xàtiva donde me desubiqué del todo. Estuve dando vueltas por los pueblos durante lo que me pareció un día entero. Pasé por el mismo campo de naranjos mínimo tres veces. Llegó un momento en que ya ni aguantaba la música del coche.

La gasolina bajaba y yo no avanzaba. Eso era lo que más me desesperaba, que el cuentakilómetros seguía girando pero el paisaje no cambiaba. Al caer la tarde, no aguanté más.

En uno de aquellos pueblos había un merendero grande con muchos árboles, de esos que en verano usan las familias para las paellas del domingo. No había ningún infectado a la vista. Aparqué, paré el motor en silencio y me quedé ahí sentada sin moverme durante un rato. Esa noche dormí en el coche.

Fui al baño del merendero por la mañana. Estaba más hecho mierda. Se nota que solo limpian en temporada alta.

—No hace falta que me des tantos detalles —me corta ella, moviendo el boli otra vez. A mí se me escapa una risilla.

El caso es que salí del coche cuando ya había luz y lo primero que vi fue verde. Los árboles, el prado, los bordes del camino… Un verde tan intenso y tan tranquilo que me pareció que estaba en otra dimensión. No había ruido, ni olor a podrido. Solo aire limpio con

olor a humedad, pájaros a lo lejos y el silbido del viento moviéndose entre las ramas.

Me tumbé en el prado boca arriba, ignorando el hecho de que seguramente había bichos en la hierba, y respiré despacio. Entonces, sin venir a cuento, empecé a llorar.

No entendí muy bien por qué en ese momento. No estaba pensando en nada concreto, ni me había venido ninguna imagen a la cabeza. Solo estaba ahí tumbada, mirando al cielo, con las lágrimas cayéndome sin cesar.

—No me extraña —asiente la teniente, con un tono algo más suave que el que lleva usando toda la sesión—. Estabas sobrepasada. Tus padres acababan de enfermar apenas unas semanas. Y después de todo lo del supermercado y el centro comercial ese… Demasiado bien lo estabas llevando, la verdad.

—Tampoco pensaba que estaba mal —le contesto, aunque suena un poco menos convincente de lo que pretendía—. *Ma mare* siempre me decía: ante el estrés hay que seguir pa'lante. Así que yo pensaba que lo llevaba bien, que tenía controlada la situación. Pero bueno, supongo que ese día me pilló floja.

Me quedé ahí tumbada hasta que me dormí. No sé cuánto tiempo estuve, pero cuando me desperté el sol estaba bastante más alto de lo que lo había dejado.

—Espera —me corta la teniente, incorporándose en la silla—. ¿Te quedaste dormida en mitad del campo, sola, sin ningún tipo de protección?

—No se preocupe tanto por mí, teniente —le sonrío, y me sale una risa tonta—. Que de momento sigo aquí.

Ella me mira como si eso no fuera suficiente razón para no preocuparse, y hace un gesto brusco con la mano para que continúe. Al final le caeré bien; a ver si así me afloja las esposas o me da algo de comer.

Pasé todo ese día en el merendero. Creo que fue una de las pocas veces en mi vida que he pasado un día entero sin hacer absolutamente nada. En otras circunstancias me habría generado una ansiedad considerable, pero ese día solo tenía fuerzas para existir. Comí algo del maletero, escuché el silencio y esperé a que oscureciera.

Saqué una de las tiendas de campaña junto con todo lo que tenía para dormir e intenté hacer una hoguera. No le voy a mentir, por un momento me emocioné; hacía siglos que no iba de camping. Lo malo es que estaba solita. Seguro que mis amigos se lo estarían pasando genial.

—¿Se fueron de camping?

—Sí, por eso estaba "tranquila". Al estar en medio de la nada, había poca probabilidad de que estuvieran infectados, ¿no?

—Un poco optimista de tu parte.

—Puede, pero era mejor que pensar que estaban muertos.

Ninguna de las dos volvió a comentar nada al respecto, por lo que continuo.

Escuché un ruido. Un crujido. Pasos sobre hierba seca, irregulares, que se acercaban desde algún punto. Como curiosidad, mi experiencia con el arco se limita a las prácticas que hacía cuando iba a los campamentos de verano, gracias a eso sé usarlo… más o menos.

—¿Quién anda ahí? —grité, apuntando hacia la oscuridad desde la entrada de la tienda.

—Erika —me interrumpe la teniente—. Si hubiera sido un anémico, habría ido hacia ti.

—Estaba muy asustada. Podría haber sido un animal o cualquier otra cosa, no necesariamente un infectado. Tampoco era tan mala idea avisar.

—Es una pésima idea.

—Pues mire, no me atacó nadie. Bueno…

Lo que vino desde la oscuridad no fue un gruñido ni un grito. Fue una voz.

—No me ataques, por favor. No estoy infectado.

Ahí fue mi primer error. Debería haberle disparado en cuanto lo vi.

Capítulo 8: En buenas manos.

—No me ataques, por favor. No estoy infectado.

Una voz masculina surgió de entre los árboles. Aquello me tensó más que si hubiese sido un anémico. Apreté los dedos alrededor del arco y apunté hacia la voz.

—¿Quién eres? —grité sin bajar el arma—. ¡Muéstrate!

Durante unos segundos no ocurrió nada. El silencio del merendero volvió a hacerse pesado. Entonces escuché ramas romperse bajo unos pasos vacilantes.

—Vale, vale... salgo —respondió la voz.

Una figura apareció entre los troncos con las manos en alto. Cuando la luz de la hoguera improvisada le iluminó la cara, pude verlo mejor. Era un chico alto. Yo mido cerca de uno setenta, pero aquel desgraciado me sacaba media cabeza.

Tenía el pelo moreno recogido de cualquier manera en un moño medio deshecho, con varios mechones sueltos cayéndole por la cara y ojazos verdes que no pegaban con el resto del panorama. Bajé el arco un par de centímetros.

—Me llamo Gabriel —se presentó, con las manos a la altura de los hombros—. Me he perdido. Por favor, no me dispares, no estoy infectado, te lo juro.

—Eso dicen todos —le contesté, sin moverme del sitio—. A ver, enséñame los brazos.

Se quitó la chaqueta y me los mostró sin rechistar, girándolos despacio para que pudiera inspeccionarlos bien. Luego se subió un poco los pantalones y me enseñó las piernas.

—¿Ves? Nada.

—No me fío. Quítate la ropa.

—*¿Com?* —La cara que puso fue buenísima.

—Que te desnudes.

—¿Quieres que me quede en bolas en mitad de un campo en pleno abril? Para que coja una pulmonía.

—Bueno, pues en calzoncillos. Pero el resto fuera.

Gabriel se me quedó mirando unos segundos, soltó el aire por la nariz y empezó a desvestirse para no discutir. La camiseta primero, luego los vaqueros, y dio una vuelta completa sobre sí mismo. La verdad es que el chico tenía buen físico. Muy buen físico. Lo peor era, que lo que había debajo de aquel calzoncillo no hacía falta ni imaginárselo.

—Erika, por favor —interrumpió la teniente, llevándose una mano a la frente.

—¿Qué? Usted me ha dicho que le cuente lo que pasó, ¿no? —sonrío—. Solo estoy siendo sincera.

—¿Ah, sí? Curioso que de este sí te acuerdes del nombre —ironiza, con el bolígrafo suspendido en el aire.

—Puff, para no acordarme.

Después de comprobar que no tenía mordeduras ni arañazos visibles, bajé el arco. Mientras volvía a ponerse la ropa, me señaló con un dedo.

—Ahora tú. Demuéstrame que tampoco estás infectada.

—*Sí, clar*. Voy a quitarme la ropa para que me violes.

—¿Què? Només t'estic demanant el mateix que tu m'has demanat. —Tenía su gracia: en cuanto se alteraba un poco, le salía del tirón el valenciano cerrado.

Ahora bien, ahí tenía razón. La verdad era que, aparte de que ni loca me iba a quedar desnuda delante de un desconocido, tenía otro problema. El arañazo de la muñeca. Ya estaba medio curado, pero seguía viéndose, y no me apetecía explicar de dónde había salido.

—¿Y el tobillo? ¿No te lo habías torcido?

—En eso estaba pensando ahora. Supuse que me lo había torcido por la caída, igual que la herida de la pierna. Pero a los pocos días ambas cosas dejaron de dolerme; sin embargo, ese arañazo seguía ahí.

—¿Y no te pareció raro?

—Pues ahora que lo menciona sí, pero en ese momento ni lo pensé.

La teniente resopla y me hace su típico gesto para que siga.

Total que estuve pensando varias opciones hasta que cedí. Me subí un poco los pantalones para enseñarle las piernas y me levanté la camiseta lo justo para mostrar el abdomen. Con eso se conformó. Cuando los dos quedamos más o menos convencidos, nos relajamos.

—Me llamo Erika —me presenté, y nos dimos la mano como si estuviéramos en una reunión de trabajo, lo cual era bastante ridículo dadas las circunstancias.

Se sentó al otro lado del fuego, se pasó las manos por el pelo intentando rehacerse el moño y me miró.

—¿Y… qué haces aquí? —quise saber, removiendo un poco el fuego con una rama—. Porque para llegar hasta este sitio me he perdido unas diez veces.

—Yo también me he perdido —soltó él con una carcajada cansada —. Estoy intentando llegar a Alicante.

—Ah. He pasado viniendo. Si quieres te explico más o menos por dónde ir.

—¡Buah, me vendría de lujo, *xica*! —En la cara se le notó un alivio tan grande que resultó casi incómodo de ver—. No tengo ni idea de por dónde estoy. Llevo andando desde Castellón y...

—Espera —le corté, bajando la rama—. ¿Andando?

—Andando. Cuando salía, un grupo de gente que huía de los infectados se me cruzó delante del coche y tuve que dar un vo-

lantazo. Fui a parar fuera de la carretera, el coche quedó destrozado y desde entonces a pata *fins ací.*

—¿Y no te ha pasado nada en todo ese camino?

—Qué va, no he corrido más que en toda mi vida —soltó una risa nerviosa—. Casi no salgo de Castellón. La autovía era imposible, todo estaba cortado y la gente conducía como si estuviera loca. Más de una vez casi me atropellan los supervivientes que huían.

—¿En serio?

—*T'ho jure*. Ha sido una semana bastante horrible*.*

Le iba a contestar algo cuando sus tripas rugieron con tanto ímpetu que los dos nos quedamos callados.

—Perdón. Es que llevaré un día o dos sin comer ni beber. Desde que salí... bueno, no ha sido fácil encontrar nada por el camino.

Tenía los ojos marcados por ojeras y su piel estaba bronceada, seguro que de tanto andar bajo el sol. Estaba muy delgadito para lo alto que era.

—*¿Què fas?* —me preguntó al verme levantarme sin decir nada.

Fui hasta el coche. saqué varias conservas de la reserva y mi mochila de emergencia. Regresé junto al fuego dejando la mochila en la tienda.

—Ten —le di un bote grande, ni me fije de qué.

—No, no, de verdad, no hace falta.

—Tengo comida de sobra, no te preocupes —le sonreí, sentándome con cinco para mi.

Se quedó callado un momento, mirando la comida con una expresión que no supe leer del todo. Entonces sus ojos empezaron a humedecerse.

—Eres la primera persona que me ayuda en toda la semana*.* —Me removí algo incómoda—. Fui el martes a trabajar al aeropuerto y

no me…

—¿El martes? —interrumpí, abriendo la primera—. Esto empezó el viernes… ¿Cómo no te enteraste hasta el martes?

—Es que el viernes había quedado con mis amigos para hacer una maratón de un videojuego —me explicó, encogiéndose de hombros—. Pero no vinieron porque no se encontraban bien. Así que me hice solo el maratón. Empecé el viernes por la tarde y cuando me lo terminé era lunes por la noche.

—Todo el puente de Semana Santa jugando, solo… —murmuré, negando con la cabeza mientras destapaba la segunda.

—Sip, valió la pena cada jodido segundo —sonrió, aunque con deje triste—. El martes me levanté, me arreglé y fui al trabajo. No llegué a bajar del coche.

Asentí mientras me acomodaba mejor sobre la colchoneta de la tienda.

—¿Y qué pasó?

Gabriel apoyó los codos sobre las rodillas y se quedó mirando el fuego unos segundos sin parar de comer.

—Vi a gente correr por el aparcamiento. Al principio pensé que era algún accidente o alguna evacuación. Pero de repente empezaron a abalanzarse sobre mi coche. Cuando comenzaron a golpear las ventanas me puse nervioso y eché marcha atrás. Tú no sabes el susto que me dieron —removió el bote sin mirarme—. Intentando salir, atropellé a una señora. Por una décima de segundo pensé en bajar a ver cómo estaba. Hasta que dicha señora se levantó sola, se giró hacia mí y me reventó el cristal trasero de un puñetazo.

—¿Sí? A mí el limpiaparabrisas me lo arrancó alguien cuando estaba intentando salir de un supermercado.

Se quedó un segundo procesando el dato, entrecerrando los ojos, y luego continuó:

—*El cas* es que conduje todo lo que pude hasta que tuve el accidente.

Lo miré por encima del fuego mientras masticaba.

—¿Y quién hay en Alicante? —indagué, inclinándome un poco hacia delante—. Porque para patear media *Comunitat*... tiene que haber alguien especial esperándote. ¿La novia?

Se le escapó una risa corta.

—No, qué va —negó con una carcajada—. Mis padres. Soy de Alicante, pero me mudé a Castellón por trabajo hace casi ocho años. Cuando todo esto empezó, conseguí llamarles y me dijeron que estaban en el campo. Estaban bien cuando hablé con ellos, pero cuando intenté llamar de nuevo la línea ya no funcionaba y desde entonces *no sé res.*

—Si están en un campo, lo más probable es que estén a salvo —le aseguré, sin apartar la vista del fuego—. En las afueras no suele haber tanta gente y los anémicos van donde hay más movimiento, más ruido.

—Eso espero —susurró con media sonrisa, rebañando su lata.

—Además, si han sobrevivido hasta ahora, seguro que siguen escondidos.

Él asintió, aunque no parecía demasiado convencido. A decir verdad, le entendía. Mis padres ya no estaban. Por eso quería ayudarle. Porque él todavía tenía esperanza. Todavía tenía algo que recuperar.

—¿Y tú? —me cotilleó, apoyando la espalda contra la rueda de mi coche—. ¿Qué haces aquí perdida en mitad de la nada?

Me moví un poco en la colchoneta, abriendo el cuarto bote.

—Dicen que en Valencia hay un punto seguro, quiero ver si es cierto. Y al parecer, hacer turismo por los pueblos…

—Valencia… —repitió, levantando la cabeza—. He pasado cerca viniendo. Te digo por dónde se va.

—Eso sería genial *gràcies* —le sonreí.

Fui al coche, busqué en la guantera y saqué el boli que guardo siempre ahí de emergencia, uno de esos de propaganda que están en todos lados menos cuando los necesitas.

—Menos mal que siempre llevo un boli —murmuré, arrancando un papel del seguro.

Los dos empezamos a dibujar. Aquello fue un desastre bastante productivo. Sus trazos no eran mucho más precisos que los míos y más de una vez tuvimos que aclarar si una línea era una carretera o un río, pero poco a poco fue tomando forma algo que ambos pudimos entender. Al terminar, los dos teníamos un mapa casero.

—*Moltíssimes gràcies* —le agradecí, doblando el papel con cuidado—. Sin esto seguiría dando vueltas tres días más.

—Yo igual —rio, guardando el suyo en el bolsillo de la chaqueta—. Llevo tanto tiempo sin saber nada de ellos… lo más probable es que...

—Para —lo corté, mirándole a los ojos—. Ellos están bien hasta que veas que no. ¿Entendido?

Se quedó callado un momento. Luego asintió, sin decir nada más. Justo en ese momento, un chasquido sordo resonó entre los árboles. Nos miramos al mismo tiempo.

—Es tarde. Es mejor que hoy te quedes aquí.

—¿Me estás invitando a entrar en tu tienda? —preguntó, con una sonrisa pícara.

—Esos servicios no los ofrezco en la primera cita —le respondí con el mismo tono, abriendo el maletero.

—Estamos los dos solos… en mitad de la nada —razonó, acercándose—. No creo que tengas ningún plan más… divertido.

—Puede ser… —concedí, sacando la segunda tienda de campaña y guardando las llaves en el bolsillo.

Le lancé el paquete y lo atrapó al vuelo, mirándolo con cara de no entender bien qué tenía entre las manos.

—¿Por qué tienes dos tiendas?

—*Per si de cas*.

—*Xica,* te pasas de previsora.

Entre los dos terminamos preparándolo todo sin dejar de hablar. La verdad… aquella fue probablemente la conversación más normal que tuve desde que empezó esta locura. Hablamos del apocalipsis, de nuestras vidas, de videojuegos… Resultó que el juego que había estado enganchando a Gabriel también me gustaba a mí. Ahí entendí cómo había acabado encerrado tres días jugándolo. Tiene buen gusto, qué le vamos a hacer.

Cuando el cansancio ganó la partida, cada uno se metió en su tienda. Me acosté bastante contenta. Por primera vez en semanas había podido hablar con alguien normal. Alguien que no intentaba matarme o estaba paranoico. Además teníamos gustos parecidos. Y feo no era.

—Vamos, que te pusiste a ligar en mitad de un apocalipsis —me interrumpe la teniente, con una ceja levantada.

—No estaba ligando —explico, levantando las manos todo lo que las esposas me dejan.

—Claro.

—Solo estaba teniendo una conversación.

—Por supuesto.

—Y orientándome.

—Tus romances no me interesan.

—Ay, qué aburrida es usted —murmuro, cambiando de posición en la silla. Las esposas vuelven a chocar contra el borde metálico de la mesa—. Además esta silla es incomodísima. ¿Es mucho pedir un cojín y un bocata?

—Continúa —pasa de mí la teniente.

El caso es que me dormí muy tranquila. Bueno, con la mano puesta sobre el cuchillo, pero bastante más que las noches anteriores. De hecho, cuando cerré los ojos ya tenía un plan. Volvíamos primero hacia Alicante, que más o menos ya sabía cómo llegar, comprobábamos si sus padres estaban bien y después tirábamos los cuatro hacia Valencia. Era un plan sólido. Tenía coche, tenía mapa, tenía compañía. Ahora bien, cuando me desperté a la mañana siguiente... tuve que hacer varios cambios en ese plan.

Capítulo 9: ¿Y ahora cómo coño voy a Valencia?

Aquella mañana me desperté con una sensación que no reconocí de inmediato, precisamente porque hacía años que no la tenía: ganas de levantarme. No ese impulso de obligarme a salir de la cama, si no ganas reales, esa energía rara que te aparece cuando las estrellas se alinean. Me quedé un momento tumbada dentro de la tienda mirando la tela del techo y pensé: «Oye, igual hoy no va a ser tan horrible».

Cogí la mochila, el arco, me reí un poco recordando la cara de Gabriel cuando le apunté, y salí al exterior. El sol me dio de lleno en los ojos y tardé un par de segundos en enfocar.

—¿Qué crees que pasó después? —le pregunto a la teniente, apoyando los codos en la mesa todo lo que las esposas me dejan.

—Erika —me frena, dejando el bolígrafo—, no me vengas con adivinanzas.

—Es que fue muy surrealista.

La teniente entorna los ojos, pero algo en la comisura de la boca le delata.

—No creo que te haya pasado lo que me estoy imaginando.

—Seguro que sí —musito, soltando una pequeña risa nerviosa—. Me levanto, salgo de la tienda, miro hacia el lado donde Gabriel había montado la suya, y la tienda no estaba. ¿Sabes qué más no estaba?

La teniente presiona los labios hacia dentro, claramente intentando no reírse.

—Mi coche —suelto, golpeando las manos en la mesa sin querer, lo cual hace que las esposas tiren hacia arriba y me duelan las muñecas—. Los suministros no estaban. La comida no estaba. El

cabrón de Gabriel no estaba. *Res. M'havia deixat sola* en mitad del campo con lo que tenía dentro de mi tienda.

La teniente no puede más, se está descojonando en mí cara la jodia. Primero una risa contenida, luego ya ni se corta. Intenta disimular tapándose la boca con el puño.

—Eso te pasa por confiar en un desconocido por su apariencia —consigue decir sin parar de reír.

—De confiar nada —protesto, aunque soy consciente de que el argumento tiene sus agujeros—. En esa situación, con una persona cuerda, que tenía gustos parecidos a los míos, que encima me estaba ayudando… ¿qué quieres que hiciera? Cada vez que pienso en ello me cabreo. Fui tonta, tonta con ganas. Ni siquiera sé en qué momento me robó las llaves. Dormí tan bien esa noche que ni me enteré.

—Bueno —carraspea, intentando recuperar la compostura aunque todavía le tiembla un poco la voz—, de alguna manera se te tenía que complicar el viaje. Te estaba saliendo todo demasiado bien.

—Ah, sí, sí, usted ríase —ironizo, cruzando los brazos—. Pero se lo juro que desde ese momento todo empezó a ir cuesta abajo. Ese tío no solo se llevó mi coche. También se llevó la poca suerte que me quedaba.

La teniente hace un esfuerzo visible para recomponerse, se aclara la garganta, recoge el bolígrafo y me mira con la cara más seria que puede.

—Prosigue.

—Claro, claro, quieres que continúe para poder seguir riéndote.

—Te recuerdo que esto sigue siendo un interrogatorio.

—Y yo le recuerdo que se supone que la que me está interrogando es usted. Reírse de la víctima está feísimo.

Nos quedamos unos segundos mirándonos fijamente. Ella con esa expresión de «no pienso perder este pulso». Yo con cara de «sé que

tengo razón». Al final suspiré.

—Tras la pataleta monumental que me dio… —Me rasqué la nuca —. Sin exagerar, creo que estuve horas gritándole a la nada. Mínimo una insultando a Gabriel. Si ese hombre seguía cerca, seguro que me oyó cagarme en toda su familia.

La teniente dejó escapar una sonrisa.

Después de eso… bueno… me dio un pequeñísimo bajón. Me quedé sentada en la colchoneta que, por cierto, tuve que dejar, mirando al suelo durante horas. En algún punto me puse a reírme y a llorar como una loca. Porque sí, hasta ese momento las cosas habían salido bien. Dentro de lo que cabe, claro. Tenía comida, un coche, evitaba a los infectados... incluso había encontrado compañía. Y de repente... sola. Otra vez.

No me apetece seguir hablando de esto, pero la teniente me mira con una expresión un tanto extraña. ¿Siente pena por mí? No creo, eso no es típico de ella. Seguro que quiere que continúe.

—Erika… si… si quieres parar un poco… —No seas amable conmigo.

—No se preocupe, teniente, no es nada —digo, encogiendo los hombros—. Tampoco fue para tanto. Ahora bien, en cuanto empecé a escuchar ruidos raros decidí irme de ese merendero.

Saqué el cutrimapa que me había dibujado Gabriel, porque de mapa tenía poco, e intenté orientarme.

Pasé horas andando sin rumbo con una mochila que pesaba más de lo que parecía y un hambre que no paraba de crecer. Mirando montes, caminos, señales... cualquier cosa. Cuando por fin entendí más o menos el camino, ya estaba anocheciendo.

Tenía claro que no iba a dormir otra vez al aire libre. No con esos gruñidos, pasos y gemidos de anémicos acechando. Por lo que busqué un coche. Había montones abandonados por todas partes. Fui probando uno por uno. A ver si alguno estaba abierto. Si alguien

se había dejado las llaves puestas. Si una ventanilla estaba bajada. Lo que fuera. Nada.

Al final conseguí abrir uno, de una manera bastante creativa, e intenté hacer un puente.

—¿Sabes hacer puentes? —La teniente levanta una ceja.

—¿Yo? Ni de coña —me reí, moviendo las manos para explicarme —. Empecé a toquetear cables sin tener ni idea. En cuanto saltó una chispa casi me da un infarto. Cerré con un portazo y me alejé convencidísima de que iba a explotar.

La mayoría de gasolineras que encontraba estaban saqueadas, solo quedaban cosas raras o caducadas, pero me daba igual. Cada vez tenía más hambre. Y cada vez me importaba menos lo que llevarme a la boca. Comía galletas rancias, latas con sabores cuestionables, cosas aplastadas... lo que sea. La mochila era el último recurso y la trataba como tal.

Pues así pasé... no sé. ¿Un día? ¿Dos? Seguro que fueron horas, pero llegó un punto en que no distinguía nada. Solo seguía andando y andando. De normal tengo poca energía. Antes del apocalipsis me cansaba subiendo tres pisos por las escaleras. Imagínate después de varios días caminando, comiendo fatal y durmiendo peor. Y encima ya empezaba a hacer bastante calor. Creo que era finales de abril. El sol pegaba con ganas. Con lo blanca que soy, el plan de quitarme capas de ropa quedaba descartado. Una insolación estando yo sola, sin coche y con infectados alrededor era un final bastante ridículo para toda esta historia. Así que de sombra en sombra y tiro porque me toca.

—Iba alerta todo el rato. —Giro la cabeza de un lado a otro, imitándome—. Parecía un suricata. Escuchaba el más mínimo ruido y hacía así… —Vuelvo a girar la cabeza—. ¿Qué ha sido eso? ¿Quién hay ahí? ¿Es una persona? ¿Un gato? ¿El viento? Vivía en tensión. Salía corriendo cada vez que crujía una rama, lo cual solo servía para agotarme más rápido.

Cada vez me quedaba menos energía. Encontraba menos comida. Me costaba más pensar. Empezaba a notar mareos al caminar… Hasta que escuché un grito.

La teniente levanta la vista de la carpeta.

Pensé que eran alucinaciones mías. Me dije: «Ya está, me estoy volviendo loca. Ahora escucho voces».

—Es plausible —comenta la teniente, asintiendo con seriedad.

La miro levantando una ceja.

—Gracias por el apoyo, teniente, de verdad. Pero no era mi imaginación. El grito volvió a sonar. Era una voz de mujer.

Tenía dos opciones: seguir andando y fingir que no había escuchado nada... o acercarme, sabiendo que si alguien estaba gritando era porque algo malo estaba pasando cerca.

—Y decidiste ignorarla. —Frunce el ceño.

—Pues sí —admito, acostándome en el respaldo—. Di dos pasos hacia adelante y pasé.

Dos pasos. Y volvió a gritar. Dos pasos más. Y otra vez. Dos más, y esta vez, llegó otro sonido distinto: un grito de alguien mucho más pequeño. Me paré en seco. No sabía si salir corriendo en dirección contraria, acercarme o quedarme quieta como una estatua.

—También ayudaba que todavía era por la mañana.

—Los infectados estaban menos activos —asiente la teniente, señalándome con el boli.

—Exacto.

Además, desde que había salido del merendero aquella zona estaba bastante vacía. Había visto muy pocos anémicos. Así que empecé a convencerme de que igual eran personas. Que quizá les estaban robando o que habrían sufrido un accidente.

La teniente tuerce el gesto.

—No sé yo si eso es mejor.

—Yo tampoco. Pero necesitaba creer en la opción menos mala. Me tiré un buen rato discutiendo conmigo misma el qué hacer.

A la vez que mi cerebro decía que me marchara... mis piernas ya estaban caminando hacia los gritos. No sé cuántos metros recorrí así, repitiéndome que era mala idea al tiempo que me acercaba. Hasta que los vi.

Una mujer corría desesperada. A su lado iba un chaval de unos trece años con un bebé en brazos. Y detrás… una horda de anémicos los perseguía.

Tendría que haber seguido recto.

Capítulo 10: ¿Me ves cara de niñera?

Estaba a punto de seguir con lo del grito cuando se escuchan dos golpes tras la puerta.

—Adelante —ordena la teniente, haciéndome un gesto para que pare. ¿Por fin me traen un bocata?

Entra una mujer joven con una carpeta azul bastante gorda apretada contra el pecho. Se acerca hasta la mesa y la deja delante de la teniente.

—Teniente Ortega, le traigo el informe del testimonio de los dos menores encontrados en el metro.

—Muchas gracias, Julia —asiente ella, cogiendo la carpeta sin levantarse—. ¿Cómo están los dos?

—De momento tranquilos. Les hemos dado algo de comer y están esperando a que termine.

—Perfecto. Gracias.

Julia me dedica una mirada rápida antes de cerrar la puerta con suavidad. Tras verla salir, observo a la teniente en silencio durante un par de segundos, lo suficiente para que ella levante la vista de la nueva carpeta.

—¿Por qué me miras así?

—Con que has interrogado a mis niños sin decirme nada —comento con retintín, entrecerrando los ojos—. Y encima a ellos les dan de comer. Muy bien, ¿eh? Vaya anfitriones. Si nos vais a interrogar a todos, lo mínimo sería que a mí también me invitarais a algo. —Levanto las esposas unos centímetros, haciendo sonar la cadena—. Espero que los hayan tratado bien, esos niños han sufrido demasiado.

La teniente abre la carpeta azul y empieza a hojear varias hojas. Con la otra mano mantiene abierta la mía, que ya está bastante desgastada de tanto manosearla.

—Preocúpate menos por ellos y más por ti —me corta, sin levantar la vista—. Sigue. ¿Qué era ese grito que escuchaste?

—Ah, sí, el grito. —Me recoloco en la silla—. Lo que te decía... Vi a una mujer corriendo junto a un crío con un bebé. Y detrás, una horda persiguiéndolos.

La teniente revisa algo en la carpeta azul, pasa el dedo por una línea, y vuelve a mirarme.

—¿No te parece curioso? —reflexiono, antes de que ella pueda preguntar nada—. Era de día y les estaban persiguiendo. Iban detrás de ellos con un empeño que daba miedo. Se caían, se levantaban y seguían corriendo. Parecía que no existía nada más.

—¿Te fijaste en eso antes que en las tres pobres personas que estaban huyendo? —me interrumpe, con cierta incredulidad.

—No, mujer, también estaba pensando en ellos. Una cosa no quita la otra. Me llamó la atención. Yo qué sé.

El caso es que cuando los vi no sabía muy bien qué hacer. Quería ayudarlos, claro, pero tampoco me apetecía convertirme en la cuarta perseguida de la mañana. Entonces me acordé del arco.

Pensé: «Bueno, disparo a alguno de los infectados y así les doy algo de ventaja». Muy optimista por mi parte. Recordemos que tengo menos puntería que un borracho en un baño. Pero oye... había que intentarlo.

Tensé la cuerda, calculé más o menos a donde estaría el infectado más cercano a ellos y disparé con toda la fe del mundo puesta en esa flecha.

—¿Le diste a alguno? —se interesa la teniente, con la vista en la carpeta.

—Curiosamente, sí. Aunque por poco le doy a la mujer. Casi le clavo la flecha en la cara si no llega a ser porque se apartó en el último segundo. Justo uno de los anémicos levantó el brazo para

agarrarla y la flecha terminó clavándose en él. Así que sí. Acerté. De chiripa, pero acerté.

La mujer levantó la cabeza hacia mí. Le hice gestos con la mano para que vinieran, porque estaba cerca de la carretera, que ahí había apenas árboles. Entendió el mensaje y empezó a correr en mi dirección con los dos críos. Así que dije: «Venga, otra flecha». Volví a tensar el arco. Apunté. Disparé. Y esta vez casi atravieso al chaval.

Ortega deja caer la cabeza hacia atrás.

—Erika...

—Ya, ya. Lo sé. Tengo que practicar más mi puntería.

La mujer me miró con una cara de: «Deja de disparar, que nos vas a matar tú antes que ellos». Y, dado que tenía razón, guardé el arco.

La teniente suelta un suspiro largo y exagerado, con esa expresión de decepción tan reconocible.

—¡Por el sol! —les grité—. ¡Corred por donde dé el sol! ¡Les molesta!

—Gracias, gracias —jadeó la mujer con el resto de la fiesta pisándonos los talones.

Corrimos. A la mujer le costaba respirar, el chaval empezaba a quedarse atrás y el bebé no paraba de llorar. Creo que fue la primera vez desde que empezó todo que corrí de verdad. Sentía los pulmones arder. Las piernas me pesaban como si llevara piedras atadas. Cada bocanada de aire dolía más que la anterior. Pero debía seguir, sabía que si aflojaba un segundo, alguien iba a morir.

—¡Ahí! ¡Subid! —les ordené viendo una estructura elevada junto a un viejo paso subterráneo.

Subí primero, tiré del niño hasta arriba y después ayudé a sujetar al bebé. Solo quedaba la mujer. Cuando ya casi había conseguido subir uno de los anémicos le agarró la pierna. Ella gritó. Sin

pensarlo, cogí el arco. Esta vez estaba tan cerca que hasta yo podía acertar. Disparé.

La flecha se clavó en el hombro del infectado. El impacto fue suficiente para que aflojara la mano. La mujer aprovechó el instante para subir de un tirón.

—Gracias… —jadeó de rodillas.

—No me las des todavía. Eso solo les retrasará. Vamos.

No sé cuánto tiempo estuvimos así. Solo recuerdo que, cuando por fin dejamos de escuchar a los anémicos, encontramos una antigua estación abandonada.

Estaba hecha mierda. Llena de polvo, hierros oxidados y bancos medio destrozados. Pero en aquel momento parecía un hotel de cinco estrellas.

Nada más entrar me desplomé en el suelo. El cemento estaba fresco. Nunca el suelo me había parecido tan cómodo. Me quedé allí, espatarrada, intentando recuperar el aire, notando el peso de la mochila.

Mientras tanto, la mujer se puso a revisar a los dos niños, palpándoles los brazos, las piernas, preguntándoles si estaban bien una y otra vez. Solo cuando comprobó que ambos estaban perfectamente, se giró hacia mí.

—Gracias por… salvarnos… Pero... por favor... no te acerques mucho.

No me sentó mal. De hecho, la entendía. Era la misma reacción que había tenido yo cuando apareció Gabriel. En un mundo donde cualquiera podía convertirse en un monstruo de un momento a otro, desconfiar era casi una obligación.

—Tranquila, no estoy infectada.

—Estás muy pálida —contestó ella, mirándome de arriba abajo con desconfianza—. Y tienes los ojos muy claros.

—Soy pálida desde que nací. Y tengo los ojos grises, no cristalinos como los anémicos, si es a eso a lo que te refieres.

Aun así seguía sin terminar de fiarse. Resoplé, dejé la mochila en el suelo y me levanté un poco la camiseta para enseñarle el abdomen y los brazos, procurando que la manga siguiera tapando la muñeca.

—Si quieres me quedo en sujetador, aunque no sé yo si darle esas vistas al chaval es muy educativo.

El mayor agachó la cabeza, avergonzado, y el pequeño se escondió aún más entre los brazos de su madre. Aquello consiguió relajar un poco el ambiente.

—Me llamo Erika —me presenté, extendiendo la mano—. Encantada.

—Clara —contestó, estrechándomela con cuidado—. Estos son mis hijos. Joel y el pequeñín Lucas.

Hice el gesto de saludarles. Joel se asomó apenas un segundo antes de volver a esconderse detrás de su madre y Lucas se apretó contra el pecho de Clara sin mirarme.

Como ya empezaba a oscurecer, decidimos buscar un sitio donde pasar la noche. Aquella vieja estación abandonada tenía varias salas medio cerradas que todavía conservaban parte de las puertas y algunas ventanas tapiadas. No era gran cosa. Pero comparado con dormir a la intemperie, era un lujo.

Saqué la linterna de dinamo de la mochila y empecé a darle vueltas a la manivela mientras Joel encontraba un par de linternas viejas entre unos armarios metálicos. Milagrosamente, una de ellas todavía tenía pilas.

Entre unas luces y otras conseguimos iluminar aquella pequeña habitación lo suficiente como para sentir que, al menos durante unas horas, estábamos a salvo. Fue entonces cuando pudimos hablar de verdad.

—¿Qué os ha pasado? —le pregunté, cuando los chiquillos se durmieron—. ¿Cómo habéis acabado huyendo por aquí?

Clara suspiró antes de responder. Se la veía agotada. Respiraba algo más deprisa de lo normal y de vez en cuando se llevaba una mano al muslo, como si le molestara algo. Supuse que por el cansancio.

—Estábamos intentando llegar a Valencia —me explicó, en voz baja para no despertar a los niños—. En un supermercado que encontramos pudimos coger algo de comida, pero Lucas se cortó con algo y empezó a llorar, y eso... Bueno, eso los atrajo.

—Entiendo. Ya decía yo, de normal los…

Clara me miró con una expresión extraña. No me lo dijo, pero en su cara había varias preguntas que no sabía cómo formular. Tenía mal aspecto, eso sí lo noté. Un poco de palidez que podría ser de cualquier cosa, pero que yo ya empezaba a reconocer.

—Yo también voy para Valencia —le comenté—. Dicen que allí hay una zona segura.

Los ojos se le iluminaron de una manera que dolía de ver, porque detrás de esa esperanza había demasiada desesperación acumulada.

—¿Sí? ¿Estás segura?

—Eso espero. Me lo dijeron hace un par de semanas —aclaré, siendo honesta—. No sé si seguirán recogiendo gente.

Clara asintió despacio, mirando a los niños dormidos.

—Nosotros somos de Valencia. Bajamos los cuatro a Benidorm para ir al zoo por el segundo aniversario de Lucas.

—¿Y cómo habéis llegado hasta aquí? Desde Benidorm hasta Xàtiva hay un trecho considerable.

—Estábamos tan tranquilos viendo los leones, cuando una anciana atacó a su nieto al lado nuestro —me contó, frotándose las

manos encima de las rodillas—. Poco después un guardia empezó a morder a una compañera…

Su respiración comenzó a acelerarse, parecía que le costaba respirar. Me acerqué para ayudarla, pero levantó la mano parándome en el acto.

—La gente huyó en masa —continuó, recomponiéndose un poco —. Cogí a los dos y salimos de ahí lo más rápido que pudimos. Cuando llegamos al aparcamiento, alguien me golpeó y Lucas cayó al suelo. Por un segundo pensé… Empezó a andar solo entre la gente. Joel y yo lo buscamos, gritando desesperados, hasta encontrarlo debajo de un coche.

—Menos mal que no le pasó nada al peque.

—Sí… —Respiró hondo, limpiándose los ojos—. Después, encontramos a un grupo de personas que habían conseguido hacerse con un autobús. Decían que irían primero a Alicante, para dejar a los que vivían ahí, y luego a Valencia. Lo que no sabíamos es que en ese autobús ya había un infectado.

—No… —sentí un escalofrío.

—El infectado mordió al conductor. El autobús se descarriló. Yo… yo no sé... Salimos como pudimos, y con nosotros otras dos personas. Intentamos ir hacia Alicante porque era lo más cercano, para desde ahí orientarnos hacia Valencia.

—Yo pensé lo mismo.

—El problema fue que esos dos… —sollozó, tapándose la cara—. *Els meus xiquets...*

—¿Qué te hicieron? ¿Te extorsionaron?

Clara bajó la cabeza y asintió despacio.

—Yo es que *no ho entenc* —murmuré, mirando al techo un momento—. Entiendo que en esta situación cada uno piense en lo suyo, de verdad. Pero hay cosas que no...

—Yo tampoco lo entiendo. —Se secó una lágrima—. Por eso en cuanto pude, cogí *als xiquets* y nos vinimos. Subimos a ciegas hasta que reconocí el Castell de Xàtiva. Por aquí tengo familia. He pasado muchas veces.

—Siento mucho lo que habéis pasado. Yo vengo de Elche. —Saqué el mapa arrugado de Gabriel—. Un tío me hizo este intento de mapa y llevo días intentando entenderlo.

Clara lo observó unos segundos.

—Bueno… algo es algo —rio, cogiendo el mapa.

Fue entonces cuando me rugieron las tripas con tanta fuerza que despertó a Joel. Me llevé una mano al estómago, sintiendo como me subía el calor a las mejillas.

Clara sonrió y abrió despacio su bolso. Sacó varias barritas energéticas. Una se la dio a Joel y otra me la ofreció a la vez que sacaba un potito para Lucas.

—No, no hace falta.

—Insisto. Si no hubieras aparecido... ahora mismo estarían muertos.

La cogí. La devoré en menos de cuatro segundos, lo cual hizo que Clara me mirara con una expresión entre la sorpresa y la comprensión.

—Gracias —le agradecí, aún con hambre—. Una cosa.

Clara dejó de abrir el potito.

—A vosotros... no os han arañado o mordido ninguno, ¿verdad?

Tardó un instante de más en responder. Y, antes de hacerlo, vi cómo su mano se apoyaba, casi de manera inconsciente, sobre el muslo. Después sonrió con una sonrisa demasiado forzada.

—No. No tenemos nada.

No sé por qué… Pero aquella respuesta me dejó un regusto raro en el estómago.

Capítulo 11: …

—Al principio me alegré de encontrarlos —sonrío a la teniente, cruzando las piernas—. Clara conocía la zona mejor que yo. Entre sus indicaciones y el cutrimapa de Gabriel, conseguimos orientarnos. Ahora bien… entre que la comida escaseaba por segundos y el bebé…

No sabes el trajín que nos dio. Se cansaba de andar, de estar en brazos, a veces lloraba sin venir a cuento. Y cada vez que lloraba, puff, a buscar cómo calmarlo antes de atraer a la marea de fantasmas. Por eso tardamos tanto en hacer el último tramo hacia Valencia. Además, a Clara la veía cada vez más clara.

La teniente suelta un suspiro largo. Normal, ha sido un chiste malísimo, tengo mejores.

—Me ofrecí varias veces a llevar a Lucas —le explico, ignorando mi propia broma—. Pero no, la mujer erre que erre, quería llevarlo ella.

Seguimos avanzando así durante días, parando en cada súper, saqueados por cierto, en cada bazar, en cada tienda de alimentación. Lo que más tiempo nos costaba encontrar era comida blanda para Lucas. Por el contrario, yo devoraba hasta lo que estaba caducado. No me siento orgullosa de ello.

Joel, durante todo ese trayecto, se mantuvo alejado de mí. Al principio el chaval apenas se acercaba. Siempre estaba pegado a su madre. Contestaba lo justo y parecía que cualquier cosa que dijera le molestaba. Ahora, echando la vista atrás, creo que él ya sabía que algo no iba bien. Por eso él también insistía en llevar a Lucas.

Entre naranjos y limoneros llegamos a un valle. Tras él estaba Valencia en línea recta; más o menos, ya sabes que mi orientación es difusa. ¿Problema? El río de anémicos que lo atravesaba. Viendo el panorama, propuse dar un rodeo aunque tardásemos un par de días más.

—¿Y Clara?

—Dijo que no. Que teníamos que llegar a Valencia, que estábamos al lado, que había que conseguirlo ya… Y en parte la entendía. Cuanto antes llegáramos, antes estaríamos a salvo.

—Extraño —Apoya la barbilla sobre el puño—. Tu idea era lo más lógico, sobre todo con los menores.

—¿Verdad? Además… la forma en que lo dijo fue… Intenté convencerla. «Clara, de verdad, no pasa nada. Lo rodeamos. Mira cuántos hay. Es una locura pasar por ahí». Y me gritó que no. Hasta Joel dio un paso hacia atrás.

—Parecía desesperada —deduce la teniente.

—¿Puedes culparla? Sola con sus hijos y con una extraña. No me pareció raro su temperamento, sino su propuesta.

—¿A qué te refieres?

—En medio del valle había un pueblecito con un campanario. Al otro extremo se veía un par de camiones parados. El supuesto plan era tocar las campanas para atraer a los infectados y que el resto pudiera pasar.

—Veo varios problemas en ese plan —comenta Ortega, apoyando el boli en la mesa.

—Yo también los veía —suspiro, solo de recordarlo me duele la cabeza—. El primero, ¿quién sube a la torre? Obviamente dije que iría yo. No íbamos a mandar a Joel. Y el segundo, ¿cómo coño me sacan de ahí?

—¿Os disteis por vencidos y rodeasteis el valle?

—Ojalá. —Descruzo las piernas—. Clara me dijo que no me preocupara. Que cuando ellos cruzaran dejaría a los niños en un sitio seguro y ella correría hacia uno de los camiones. Haría sonar la bocina y los anémicos dejarían la iglesia para ir hacia allí.

—Lo lógico habría sido al revés —razona la teniente, meneando el boli—. La que corre más va al camión, para escapar rápido. La que corre menos va al campanario, que puede subir y esperar.

—¿A que sí? —asiento, abriendo las manos—. Pero Clara insistió en que fuera yo. Ahí ya empecé a desconfiar un poco. Joel me miró un par de veces con una cara que no me gustó nada. Aun así... supongo que llevaba demasiados días comiendo y durmiendo poco. Estaba cansada, mareada... y al final terminé pensando que quizá estaba dándole demasiadas vueltas.

Esperamos a la mañana siguiente para ejecutarlo, ni de coña pasaba por el valle de la muerte de noche. Clara aceptó eso sin discutir. Recuerdo que aquella mañana la vi... distinta. La palabra no es errática, tensa sería lo más preciso. Estaba alerta. Pese a que no me transmitía ninguna confianza, continuamos con el plan.

Aproveché que los anémicos seguían pasando de mí y me escabullí hasta el pueblo. Más de uno se me acercó; me olisquearon y, por un segundo, pareció que alguno quería morderme. Yo corrí lo más rápido que pude, evitando el contacto visual.

Subí las infinitas escaleras del campanario, esquivando cadáveres y miembros desperdigados, y empecé a tocar aquella campana. Dios, cómo pesaba.

Pasados unos segundos, ninguno se acercó.

—¿En serio...? —Agarré lo primero que vi, un brazo, y se lo lancé al anémico más cercano sin dejar de tocar la campana—. ¡Venga, venid hacia aquí!

El brazo le golpeó el hombro y cayó a sus pies. El anémico inclinó la cabeza, lo olisqueó y soltó un gruñido. Eso hizo que todos se congregaran en la base, como pececillos blancos a por su comida. Primera parte del plan, conseguida.

Esperé… Pasó el tiempo... Seguí esperando… Hubo un momento en el que ya estaba calculando si la cuerda de la campana aguantaría mi peso para bajar por fuera de la torre. Porque tras esas

puertas me esperaban cientos de pretendientes. Y soy muy joven para casarme.

—Estabas jodida, eh —comenta la teniente con una mueca.

—Estaba muerta. Si no fuera porque al rato vi una sombra correr hacia el aparcamiento del pueblo. Joel.

—¿Joel? —La teniente frunce el ceño.

—Sí. Lo vi acercarse al tráiler que habíamos visto el día anterior. Yo ya no entendía *res*. Pensé: «¿Qué hace el crío ahí? ¿Dónde está su madre?» —Sonrío con cierta ternura—. Eso sí... fue muy gracioso verlo intentarlo.

—¿Gracioso?

—Sí. —Se me escapa una risa—. El *pobret* llegaba justísimo a la maneta del camión. Lo veía dar saltitos intentando agarrarse y resbalando. Ahora que lo pienso... qué casualidad que la puerta estuviera abierta.

Sin comentarios por parte de la teniente.

—Al final consiguió subirse. Y de repente… *¡Meeec!* Pedazo de bocina que tenía el trailer.

En cuanto lo escuché dejé de tocar la campana. Todos los anémicos giraron la cabeza y empezaron a correr como sanguijuelas al olor de la sangre.

Bajé lo más rápido que pude buscando a Joel con la mirada hasta que nos reunimos. Al verlo le di un abrazo de oso que él me agradeció apartándose de mí.

—Joel, por Dios —conseguí decirle, sin aliento—. ¿Qué ha pasado con tu madre?

—La vi mal —murmuró, mirando hacia adelante mientras caminaba—. No estaba en condiciones de correr tanto. Está con Lucas.

—Me sorprende que te haya dejado.

Joel se quedó un instante callado.

—Tenemos que darnos prisa —soltó al rato, apretando el paso sin mirarme.

Llegamos al huerto de limoneros a las afueras del pueblo donde habíamos quedado. Antes de que yo pudiera decir nada, Lucas vino corriendo hacia Joel.

—¡Tete! —Se lanzó a los brazos de su hermano llorando—. ¡Tete… mamá está rara!

Joel lo levantó e intercambiamos una mirada.

—¡Clara! —llamé, sin acercarme todavía—. Clara, sal. Ambos estamos bien, podemos seguir.

Me quedo unos segundos en silencio antes de continuar.

—Ojalá… —Me cuesta respirar—. Ojalá no la hubiésemos encontrado…

Se escuchó un ruido entre los árboles. Algo entre un gruñido y un sollozo.

—Quedaos aquí —les ordené a los niños, sacando el cuchillo que llevaba en la mochila, más por instinto que por estrategia, pero en ese momento necesitaba tener algo en la mano.

Me acerqué. Clara estaba con la espalda contra el tronco de un limonero, abrazándose las rodillas.

—Aléjate —sollozó sin mirarme, con la voz rota—. Aléjate de mí.

—Clara, ¿qué… qué te pasa?

—*Deixa'm.* No quiero que *els meus xiquets* me vean así.

Me acerqué de todas formas, porque soy así de inteligente, y le puse la mano en el hombro.

—Clara... por favor… me-me estás asustando…

Entonces levantó la vista. Tenía los ojos hundidos, la cara de un blanco grisáceo y algo viscoso en la comisura de la boca. Ya era tarde.

Me empujó. Con una fuerza que no esperaba de alguien que parecía no poder ni tenerse en pie.

—¡No te acerques! —me gritó, avanzando hacia mí.

—Clara... tranquila... —intenté calmarla, retrocediendo.

—Els meus xiquets… —murmuró sin detenerse.

Miró por encima de mi hombro y vio a los niños. No sé qué me poseyó. Me puse delante con los brazos extendidos.

—¡No, Clara! Sé que estás ahí dentro. ¡Aguanta!

—No…

—¡Claro que sí! ¡Lo que tienes se podrá curar! ¡No quieres hacerles daño!

—No quiero... —negó con lágrimas rojas cayendo por sus ojos.

Un hilo espeso de saliva rojiza resbaló por sus labios. En un segundo se abalanzó hacia mi cuello. Solté el cuchillo y conseguí sujetarla por los hombros.

—No… quiero… pero… tengo hambre… —balbuceó varias veces —. Mucha hambre…

—¡Clara, por favor! —le grité, viendo como intentaba clavar sus dientes en mi yugular.

—¡Mare!

—Joel, no te acerques —le ordené sin moverme—. Coge a tu hermano y vete. Yo estaré bien.

El niño se quedó paralizado. Observándonos. Sin saber qué hacer. Entonces vi cómo bajaba la vista y cogía el cuchillo del suelo.

—¡Joel, suelta eso y largaos! —Intenté apartar a Clara.

—No. No voy a dejar que le pase lo mismo que a papá.

Antes de que pudiera reaccionar, clavó el cuchillo. El cuerpo de Clara se tensó de golpe. La sangre le empapó las manos. Joel se quedó inmóvil, intercambiando la vista entre sus dedos y la espalda de su madre.

Clara aflojó la presión sobre mí, girándose hacia su hijo. Parecía que intentaba agarrarlo. Aproveché ese instante y le di una patada, apartándola. Luego agarré la mano de Joel y salí pitando de ahí. Me subí a Lucas en brazos sin soltar a Joel, no podíamos parar. Debíamos seguir corriendo.

—¡¿Dónde vas con mis hijos?! —chilló Clara desde atrás, persiguiéndonos—. ¡Ladrona! ¡Los has raptado! ¡Son míos, devuélvemelos! No te los comerás.

—Yo... yo no… no entendía nada… —Estoy intentando mantener la compostura, pero… su voz… aún la oigo gritándome—. Solo… Solo quería sacar a esos niños de allí.

Corrí más de lo que creía que podía correr. En algún momento Joel se cayó. Fui a por él, y en ese medio segundo Clara se abalanzó sobre el niño. No lo pensé. Noté cómo sus dientes se clavaban en mi brazo. Un mordisco limpio y profundo que me arrancó un alarido.

Joel levantó la vista hacia mí. Yo le miré. No sé… de dónde... Solo recuerdo tirar del brazo con todas mis fuerzas. Tanta que conseguí lanzarla hacia atrás. Después… Me acerqué...

—Y conseguimos huir —sentencio, mirando a la esquina de la pared.

La teniente deja el boli encima de la mesa.

—Eso ha sido un corte demasiado brusco. ¿Qué ocurrió después?

—No… lo tengo claro.

—¿Cómo que no lo tienes claro? Te mordió y...

—Cuando volví a ser consciente de lo que pasaba, estábamos los tres en una colina con las luces de Valencia a lo lejos —la interrumpo —. Todo lo que hay en medio no...

Ortega me observa un momento sin decir nada. Luego abre la carpeta azul despacio y la coloca sobre la mesa entre las dos.

—¿Qué es eso?

—El testimonio de Joel —contesta, sin apartar los ojos de mí—. Si tú no recuerdas lo que pasó, él lo sabrá.

Intento acordarme. Lo intento de verdad, me concentro en ese momento concreto, el mordisco, el dolor, Joel y después… nada. Hay una pared en blanco donde debería haber algo. Eso no es normal. ¿Por qué no puedo recordarlo? Respira, respira. No puedes alterarte, va a pensar que estás loca. Si no lo piensa ya…

—Erika, cálmate —me ordena la teniente, ayudándome a volver al interrogatorio.

—Perdón teniente… no… —Suspiro—. ¿Qué ha dicho Joel?

Ortega está esperando a que recupere un poco el aire, mientras coloca la carpeta azul de forma que yo también pueda leerla. Qué mal que no lleve las gafas.

—Empezamos desde el mordisco. —Levanta la carpeta y empieza a leer—. «Cuando Mamá mordió a Erika, ella puso una cara que nunca le había visto. No era de dolor. Sus ojos grises parecían más claros. Entonces empujó a mi madre con muchísima fuerza. Mi madre salió despedida hacia atrás, golpeándose contra uno de los árboles. Me puso detrás de ella y me dio a Lucas. Me dijo que me alejara y que mi hermano no mirase».

La teniente para un momento. Noto su mirada de reojo. Yo continuo con la vista fija en la pared.

—«Ella caminó hacia mi madre. Le dijo algo, no lo escuché bien. Creo que le pidió que reaccionara o algo así. Mi madre le respondió, sonriendo con unas babas rojas. No sé qué le contestó. Erika le

empujó contra el tronco haciendo que el cuchillo que yo le había clavado saliese un poco por el estómago. Ahí dejé de mirar».

Ortega baja la carpeta un momento. Yo sigo sin decir nada. La vuelve a levantar.

—«Escuché golpes. *¡PAM! ¡PAM! ¡PAM! ¡PAM!* Luego un sonido diferente, como cuando abres una sandía. Después el ruido paró. Erika se limpió las manos en el pantalón. No me dejó girar la cabeza. No pude volver a ver a mi madre».

Traga saliva antes de continuar. Mi pierna empieza a moverse sola.

—«Durante horas, Erika solo caminaba mirando al frente en silencio. Yo estaba muy cansado, necesitaba parar. En algún momento cogió a Lucas, supongo que para ayudarme. Él acabó dormido en sus brazos. Cuando llegamos cerca de Valencia… se quedó observando la ciudad unos segundos. Se giró hacia mí con una sonrisa y me dijo: qué bien, Joel, por fin hemos llegado. Ahí volvió Erika. No sé cómo explicarlo mejor. Me dio mucho miedo y no quise preguntarle qué le había hecho a mi madre».

La teniente cierra la carpeta. Me mira.

—¿Qué le hiciste a Clara?

En el rincón de la sala hay una luz parpadeando y la pared tiene una mancha de humedad.

—Erika contesta —me ordena. ¿Qué quieres que te diga?

No sé qué le pasó a esa mujer… No puede ser que yo hiciera eso, no… yo nunca… Pero… sabiendo lo que pasó después... No, no, no… No puede ser, es mentira... Seguro que al crío se le fue la olla. Aunque Joel no mentiría con esto. No, no creo que sea verdad.

—¡Erika! —me grita, se está impacientando. ¿Qué le digo?

La respiración se me empieza a acelerar. Tengo que calmarme. No has hecho nada, así que no te alteres. Estoy notando el tic en la

pierna, Dios… ¿Por qué no me puedo tranquilizar? ¿Las paredes se están acercando? No puedo moverme…

—Erika, respira. —La teniente se levanta de la silla y da un paso hacia delante.

—¡No puedo! —La voz me sale entrecortada—. ¡No puedo acordarme! Y… Y lo peor es que… eso no es lo único que no recuerdo.

Capítulo 12: Tierra prometida.

La teniente hace un gesto hacia el espejo. Sutil, un movimiento de cabeza que no se me escapa. Seguro que le está diciendo a sus compañeros que me lleven presa. Me obligo a respirar despacio. No voy a darles el gusto de verme perder los nervios.

Julia acaba de entrar con dos botellas de agua y un bocadillo. Deja todo sobre la mesa, le hace un gesto a la teniente, ella se lo devuelve, y se va sin decir nada.

Me quedo observando el bocata un momento.

—¿Y esto? —Frunzo el ceño.

—¿No decías que tenías hambre? —contesta Ortega, acercándomelo—. Come.

La miro unos segundos sin tocar nada.

—¿Ahora me das de comer? —Suelto una risa que sale más rara de lo que pretendía—. No te entiendo, teniente. En serio, ¿qué quieres de mí?

Ella apoya los antebrazos sobre la mesa sin perderme de vista.

—Creo que deberíamos hacer una pausa de cinco minutos —propone, con esa calma irritante—. Se nota que lo de Clara te ha afectado y tampoco quiero agobiarte más de lo necesario.

No puedo evitar soltar una risa. Una de esas risas secas que no tienen ni un ápice de humor.

—¿Que no me quieres agobiar? *¿De veritat?* —Abro la botella y bebo un poco. Lo que dice no tiene sentido.

Se empieza a levantar de la silla.

—Erika… No me importa esperar cinco minutos, así te tranquilizas un poco…

Dejo caer la botella sobre la mesa con un golpe seco. El sonido retumba por toda la habitación. La miro sin expresión, quitando el papel de aluminio al bocata.

—Estoy muy tranquila, teniente. —Se ha mojado un poco la mesa, pero sigo manteniendo mi vista en ella—. Podemos continuar.

La teniente me sostiene la mirada durante un segundo sin moverse del sitio, evaluando la situación. Es obvio que no me cree.

—Vale. —Suspira, sentándose de nuevo—. Prosigue.

Le doy un mordisco al bocadillo. No está mal. Ni sé de lo que es, pero está bueno. Aunque van a tener que traer un par más si quieren que aguante.

—Bueno, ignorando el hecho de cómo acabamos en Valencia —comienzo, masticando—. Llegamos por la zona de la estación de autobuses. Esa parte más o menos la conocía, así que al menos sabía orientarme un poco. —Doy otro bocado; podían haberle puesto un poco de aceite, está muy seco—. No tenía ni idea de dónde estaba exactamente la zona segura. Di por hecho que estaría por el centro... o quizá por la Ciudad de las Artes, así que pusimos rumbo a esa zona. —Bebo un poco de agua, esto está sequísimo—. Ahora que lo pienso, al llegar Joel no se me acercaba…

—¿Te sorprende? —comenta la teniente, apartando las migas de las carpetas.

—En ese momento sí. Ahora… bueno. Total, que seguimos andando hasta que vimos humo.

—¿Humo?

—Mucho. Desde la zona de las Artes y las Ciencias.

Al verlo quise dar media vuelta. Pero, para mi desgracia, Joel echó a correr hacia allí antes de que yo pudiera detenerle.

—Puede que haya pasado algo —me gritó, mientras se alejaba.

Claro que había pasado algo, por eso había que largarse. Ese chiquillo es igual de terco que su madre. No me quedó otra que seguirle. Encima Lucas se estaba despertando, entre el crío y la mochila tenía la espalda ya, uff.

El humo venía desde dentro de un muro altísimo, hecho con contenedores enormes, que rodeaba toda la zona. Desde fuera no se veía nada al otro lado, solo el humo subiendo por encima del borde y un ruido que no pude identificar.

—¿Cómo entrasteis? —pregunta la teniente.

—Pues… por el acceso principal.

—¿Eh? Eso no puede ser. Para poder entrar hay controles muy exhaustivos. Y tú con… No me lo creo.

—Sabía que dirías eso —le sonrío, apartando el papel de aluminio arrugado.

Llegamos a la puerta más grande, la cual supuse que era la principal.

—*Bon dia… venim per a demanar refugi.* —Nadie contestó. Joel y yo intercambiamos una mirada—. ¿Lo habré pronunciado mal? Buenos días… ¿Hay… hay alguien ahí? Queremos… eh… refugiarnos.

El *cri-cri* de los grillos campestres fue nuestra única respuesta. Joel hizo el amago de acercarse a la entrada, no le dejé. Algo me decía que lo más sensato era huir. Como siempre, no hice caso a mi instinto.

Me acerqué a la puerta de metal, suponiendo que estaría cerrada. Nada más lejos de la realidad. Con un simple empujón se abrió. Lo primero que pensé fue que nos habíamos equivocado de sitio. Porque aquello… Aquello no podía ser una zona segura.

Cadáveres en descomposición y esqueletos rebañados en el suelo, apoyados contra los bancos rotos o en los coches militares volcados. Barricadas destrozadas, cajas con comida desperdigada por los jardines ensangrentados y… cientos de anémicos.

Algunos caminaban sin rumbo entre las llamas. Otros seguían inclinados sobre los cuerpos, arrancando trozos de carne a personas que aún susurraban que las salvasen. El aire olía a ceniza, sangre y carne podrida. No quedaba ni el más mínimo rastro de organización. Solo ruinas.

Nos quedamos parados, incapaces de procesar aquella imagen que aún me persigue en sueños. No sabíamos qué hacer. Habíamos recorrido media *Comunitat* para llegar hasta allí. Y no quedaba nada.

Sentí un nudo en el estómago. No por miedo. Todo aquel viaje… para eso. Si te soy sincera, por un segundo me planteé meterme ahí y dejar que me comieran. Todo ese sufrimiento, ¿para qué? Si lo más probable es que muriéramos esa misma tarde. Después bajé la vista a Joel, él tampoco reaccionaba. Se había quedado inmóvil mirando el desastre. Esos pobres niños huérfanos, por ellos recapacité.

—Le di un golpe en el hombro a Joel y le dije que nos fuéramos —le cuento a la teniente, masticando el último trozo—. Pero justo cuando íbamos a darnos la vuelta, aparecieron tres supervivientes por la puerta.

Venían agotados con heridas en los brazos y la misma expresión de esperanza que debíamos de llevar nosotros unos minutos antes. Al ver el interior…

—¡No...! —gritó uno, llevándose las manos a la cabeza—. ¡No puede ser! ¡Cuando por fin llegamos...!

Su voz retumbó por todo el recinto. Decenas de cabezas empezaron a girarse al mismo tiempo. Todos los infectados dejaron de alimentarse. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda.

—¿Por qué coño tenías que gritar? —susurré mirando al hombre.

No hubo tiempo para discutir. Al vernos, se abalanzaron sobre nosotros. Agarré la mano de Joel y corrimos sin mirar atrás. Esos insensatos nos siguieron, llorando y rogándole a Dios que no les mataran.

Recuerdo atravesar calles llenas de coches abandonados. Saltar vallas. Meterme por parques. Cruzar grandes avenidas acompañados de una banda sonora de pasos acelerados. Tras correr no sé cuánto tiempo, terminamos en una azotea de un edificio que uno de los supervivientes conocía, no muy lejos del cauce del río. Desde arriba se veía la ciudad entera, cubierta por miles de hormigas blancas que se comían todo lo que veían. La supuesta tierra prometida estaba sumida en una capa de humo que quemaba toda esperanza.

—En ese momento no tenía ni idea de qué íbamos a hacer —confieso, terminando de comer. ¿Quedaría mal si pido otro?—. El objetivo era Valencia… y estaba lapidada. No podíamos esperar en esa azotea. En todo el mes no vi ni un helicóptero, ni de casualidad vendría a salvarnos uno ahora.

—La mayoría de helicópteros fueron interceptados, pero aún desconocemos por quién —se excusa la teniente.

—Podrías ahorrarte esos comentarios, me gustaría seguir pensando que estaban rescatando gente por otras partes del país.

Eso la ha incomodado, seguro que ella solo quería animarme. No debería ser tan borde a veces.

Además, pequeños sollozos se le escapaban a Lucas cada pocos segundos mientras escondía su cara en mi hombro.

—Shhh... —le susurré—. Ya está. Tranquilo. Aquí estamos seguros.

Creo que notaba que ni yo me lo creía, ya que no paró hasta que cayó la noche.

Joel permanecía sentado a mi lado, con los brazos apoyados sobre las rodillas y la mirada perdida en el horizonte. Ni siquiera pestañeaba. Parecía que seguía viendo la misma imagen una y otra vez.

El viento arrastraba hasta nosotros un olor insoportable a plástico quemado, pólvora y unos murmullos interesantes.

—...Madrid… refugio…

—...no queda otra...

Me acerqué con Lucas todavía en brazos.

—Perdonad… —Los tres levantaron la cabeza—. ¿Qué estabais diciendo?

Se miraron unos a otros, como si ninguno quisiera empezar. Tras unos minutos, habló el hombre de más edad. Tenía la barba descuidada y los labios cuarteados.

—Estábamos discutiendo dónde ir ahora.

—Oh, fantástico. ¿Dónde habéis pensado?

—Por radio habían dicho que había que acercarse a las capitales. Así que Madrid.

—¿Por qué Madrid? —pregunté, sentándome junto a ellos mientras le hacía una señal a Joel para que se acercara—. Murcia está más cerca.

—Yo vengo de Murcia —intervino el más joven de los tres, que mínimo tendría cinco años más que yo—. También ha… ha caído.

Sentí un pinchazo en la cabeza. ¿Murcia también? Ahí me di cuenta de que la situación era peor de lo que imaginaba. Miré a los niños antes de seguir indagando.

—¿También se colaron los anémicos?

—No lo sé… —Se rascó la nuca.

—¿Cómo que no sabes?

—Es que… Todo fue demasiado raro. Las puertas también estaban abiertas. Había barricadas destruidas desde dentro. No parecía...

—No me seas peliculero —me salió una risa nerviosa—. Seguro que alguien dejó alguna puerta mal cerrada o se coló algún infectado y nadie se dio cuenta.

Durante unos segundos nadie respondió. La mujer acabó encogiéndose de hombros.

—Su-supongo que tienes razón. Estamos paranoicos… es eso…

—En cualquier caso, Murcia descartada —sentenció el mayor, tachando la zona en su mapa.

—¿Y Barcelona? —comenté. En ese punto Lucas ya se estaba quedando dormido.

Los tres negaron casi al mismo tiempo.

—Está demasiado lejos —razonó la mujer, abrazándose a sí misma—. Y tampoco sabemos si sigue en pie

—Bueno… en la capital nunca les falta de nada, ¿no? Seguro que ellos están bien protegidos.

Un carraspeo seco de la teniente me interrumpe.

—Se enviaron suministros y tropas a todas las comunidades por igual.

—Ajá, ajá —sonrío, bebiendo un poco de agua—. Pues irían de incógnito, porque yo no vi a ninguno.

No sabe que contestarme, qué graciosa es.

Siguiendo con el chisme, en ese momento Joel se acercó.

—¿Tú qué piensas peque? —Le hice un gesto con la mano para que se sentase a mi lado.

—No es mala idea —comentó, a dos metros de mí—. Cualquier sitio es mejor que quedarse aquí.

Los tres me miraron. Luego bajaron la vista a Lucas. El chiquitín ya me estaba babeando el hombro, ese niño se dormía igual de rápido que se despertaba.

—¿Vas a intentar llegar hasta Madrid con ese crío? —me preguntó el murciano, sin rodeos.

—Vamos los tres juntos, sí.

Se quedaron callados, mirándose entre ellos.

—Buena suerte. —La mujer hizo un gesto de despedida—. Espero que os vaya bien por vuestra cuenta.

—¿Eh? Si somos seis tenemos más posibilidades, podemos...

—Los niños son una carga —me cortó el mayor—. Sobre todo el pequeño. Un bebé que llore en el momento equivocado nos mataría a todos.

—Tiene dos años, ya no es tan pequeño…

—Sigue siendo un bebé —me rebate la mujer—. Cuando tengamos que correr, él no podrá.

—Ninguno de nosotros piensa morir por un crío que no es nuestro —sentenció el murciano, clavando su vista en mi.

¿Sabes lo peor? Ellos tenían razón. Los niños son una carga en aquella situación. No voy a ir de buena y decir que no pensé en abandonarlos. Pues claro, soy la primera que quería sobrevivir. Hubo momentos en los que quería taparle la boca a Lucas para siempre o dejar a Joel tirado, lo admito. Pero no pude, no después de ver lo que le pasó a su madre, después de lo que… En ese instante juré que llevaría a esos niños a una zona segura y, a día de hoy, sigo manteniendo mi promesa.

—Vale, nos iremos —cedí en un suspiro—. No voy a insistir. Al menos… ¿Podéis decirme cómo se sale de aquí para llegar a Madrid?

Eso sí lo hicieron. A regañadientes, en frases cortas, me fueron dando referencias. Algo es algo.

Cuando terminaron de hablar, los tres se pusieron a dormir dándome la espalda. Me quedé mirando a Joel, él me devolvió la mirada.

—Intenta descansar —le susurré—. Mañana salimos.

Capítulo 13: Nueva ruta, nuevos desafíos.

—O sea que desde Valencia vinisteis hasta Madrid, ¿no? —comenta la teniente, repasando algo en la carpeta—. Pero ¿cómo acabasteis en el metro? Y encima con los niños desnudos.

Suelto un suspiro largo.

—Qué impaciente eres. —Ortega arquea una ceja—. Llegar hasta aquí no fue un paseo. Tardamos casi un mes. Entre el ritmo que llevábamos con Lucas y lo que pasó por el medio…

La teniente bebe un poco de agua y deja la botella sobre la mesa.

—Vale… Prosigue.

—Bien. Después de despedirnos de aquellos supervivientes... Bueno, despedirnos es una forma elegante de decirlo. Creo que esos tres estaban deseando perderme de vista cuanto antes. No los culpo, la verdad. Pero, jo, podían haber disimulado un poco. Parecía que les diésemos alergia.

La teniente deja escapar una sonrisa casi imperceptible.

—Por supuesto, salimos por la mañana. Sin embargo, no sirvió de mucho. La ciudad estaba infectada de anémicos que no paraban de acosar a Joel. Casi nos atrapan varias veces por eso. No sé si depende de la cantidad que haya o del sitio para que estén más o menos activos. O igual Joel les gustó, ni idea. El chaval es bastante mono, seguro que de mayor será un bombón.

—Céntrate, Erika.

—Sigo, sigo.

Nos dijeron que continuáramos por la carretera hacia el interior y luego ya iríamos enlazando pueblos.

Al principio tuve una idea cuestionable; avanzar por la autovía ocultándonos entre los vehículos abandonados. Para entonces era

más rápida abriendo coches, aunque sigo sin saber hacer un puente. Ahora bien, fue llegar y quitarme esa idea de la cabeza.

Con lo petado de anémicos que estaba eso… No había forma de abrir una puerta sin que cinco se nos acercaran. Por lo que cambié de estrategia. A los pueblos… otra vez. Me gusta hacer turismo, en serio, pero no quiero ver ni un pueblo más en mucho tiempo.

—Entonces tampoco fue para tanto el camino. —Se cruza de brazos.

—La ruta en sí no fue lo peor. Íbamos esquivando bastante bien, para lo que había. Contábamos con mi tienda de campaña y aún me quedaban cerillas y pastillas para purificar el agua. Tantos campamentos de verano me tenían que servir de algo.

—¿Entonces cuál fue el problema?

—Los niños.

Quería dejarlos en Valencia en cuanto llegáramos, pero viendo el panorama… Nos apañamos como pudimos los tres juntos. Lo cual alargó el viaje, sobre todo porque Lucas no se tomó bien lo de su madre.

No llevábamos ni un día andando cuando Lucas empezó a berrear, estirando las manos hacia Joel.

—Tete… ¿y *mare*? —El pobre le miraba con esos ojos marrones enormes.

Joel lo cogió en brazos con un esfuerzo que intentaba disimular.

—Tranquilo, gordi. *Mare* está… está con *pare.*

—¿*Pare*? Quiero *mare.* Tete, *mare*… *mare* —sollozó, tirando de la camiseta de su hermano.

Joel bajó la mirada, sin parar de andar, a la vez que los lloriqueos de Lucas me estaban empezando a poner nerviosa.

—Como siga berreando así los veréis muy pronto —le advertí en un tono frío, cansada de tanto drama.

Joel se giró hacia mí con una rapidez que me sorprendió. Puso la mano libre sobre los oídos de Lucas antes de hablar.

—No le digas eso —me recriminó, con una dureza que no esperaba de un niño de su edad—. Lo vas a confundir.

Lo miré de reojo mientras seguíamos caminando.

—No está bien mentirle. Tarde o temprano va a entender lo que ha pasado. Cuanto más se lo ocultes, peor será el golpe.

Joel no respondió. Limpió las lágrimas de Lucas intentando contener las suyas.

—Tú también tienes que aceptarlo, Joel. Sois huérfanos. Los dos. Ahora estáis solos.

Su mandíbula se tensó. Durante unos segundos solo se oyó el viento. Parecía que iba a echarse a llorar. Pero no lo hizo. En cambio, apretó los labios con fuerza.

—¿Y tus padres, eh? —me preguntó en tono burlesco—. ¿Dónde están?

Bajé la vista a sus ojos humedecidos.

—En el mismo sitio que los tuyos —sentencié, sin ningún tipo de emoción.

Vi cómo levantaba una mano, dudando. Como si quisiera coger la mía. Pero los dedos empezaron a temblarle y al final volvió a bajarla sin decir nada.

Llegamos a Requena más o menos orientándonos por el castillo. Menos mal que se ve a distancia. Estaba abandonado. Las puertas permanecían abiertas y el silencio era tan espeso que hasta nuestras pisadas parecían hacer demasiado ruido.

Encontramos una pequeña sala de acceso junto a una de las zonas visitables. Empujé un viejo mostrador contra la puerta cerrando la barricada con varias sillas. No era gran cosa, lo suficiente

para poder dormir tranquilos. Aquella noche ni siquiera montamos la tienda.

Joel esperó a que terminara de mover los muebles y, sin mediar palabra, se fue con Lucas al extremo contrario de la sala. Lo abrazó con fuerza y no volvió a mirarme.

Los observé unos segundos. Se ve que mi comentario le molestó. En aquel momento no quise admitirlo, pero empezaba a notar que algo dentro de mí estaba cambiando. Cada día tenía menos paciencia. Me irritaba cualquier cosa. Los lloros de Lucas, las preguntas de Joel, incluso tener que parar constantemente para descansar. Ya no sabía si era el cansancio u… otra cosa.

Me tumbé sobre el suelo de roca intentando dormir. Cada vez que cerraba los ojos volvía a escuchar mi propia voz diciéndole a un niño de trece años que aceptara que era huérfano, junto con la última mirada de los ojos de mi madre antes de…

Al cabo de un rato empecé a escuchar un ruido bajo. Al principio pensé que era Lucas. Me giré y vi a Joel temblar abrazado a su hermano, intentando contener las lágrimas para que no lo oyera llorar.

—*Pare*… Lo siento… —Se me encogió el pecho—. Perdóname... Fue… fue culpa mía... No tenía… No tenía que haber dejado a Lucas solo… —Se quedó callado unos segundos, parecía que se estaba limpiando las lágrimas—. *Mare…* Yo no… no quería… No dejaré que le pase lo mismo a Lucas. Os lo prometo… os lo prometo.

Yo seguía con los ojos cerrados, escuchando sin interrumpirlo hasta que por fin el sueño llegó.

A la mañana siguiente me desperté decidida a disculparme. Me incorporé despacio y fruncí el ceño. El rincón donde habían dormido estaba vacío.

—¿Joel? —llamé, más alto de lo que debería—. Joel, ¿dónde estáis? ¿Dónde os habéis metido?

Mi corazón comenzó a acelerarse antes de escuchar una voz.

—Shhh...

Levanté la cabeza. Joel estaba asomado desde una pasarela de cristal haciendo gestos desesperados para que bajara la voz.

—Calla, Erika. Vienen hacia aquí —conseguí entender.

Cuando subí junto a él entendí por qué me advertía. El patio interior del castillo estaba lleno de anémicos. Eso nos lo esperábamos. Pero no al que estaba en medio. Un hombre enorme. Muchísimo más delgado de lo que debería, con la piel pálida pegada a los huesos y los brazos cubiertos de sangre.

Sujetaba a otro anémico por el cuello. Le arrancó un pedazo de carne del hombro con los dientes. Masticaba despacio, lo estaba saboreando. Con cada mordisco, la sangre oscura le resbalaba por la barbilla mientras el otro infectado apenas se retorcía antes de ser engullido.

Me quedé paralizada sin apartar la vista, intentando procesar la escena. Nunca había visto a un anémico devorando a otro. Sin embargo aquel… se los comía de dos en dos. Sentí náuseas o quizás...

Cuando terminó con todos, se limpió la boca con el antebrazo y levantó la cabeza. Nosotros nos agachamos; un movimiento absurdo, ya que la pasarela era transparente.

—¿Qué-qué es eso? —balbuceó Joel con Lucas apretado contra su costado.

—No lo sé —murmuré sin perderlo de vista—. Pero me da que sigue con hambre.

Esperamos varios minutos, para ver si se marchaba. El tío seguía ahí, solo, junto a la única salida. Intentamos buscar alternativas. Cogí la tienda de campaña, revisamos todo lo que había, calculamos distancias. Aunque hubiéramos juntado toda la ropa que llevábamos encima para hacer una cuerda, no habríamos llegado ni a la mitad de la altura. No había salida que no pasara por donde estaba ese caníbal.

—Vale… voy a bajar.

—¡¿Qué?! ¿Estás loca? —exclamó Joel en un susurro.

—Nah, será fácil. Hago ruido, viene hacia mí y en cuanto me huela, perderá el interés, como todos. Así vosotros salís con la mochila.

—¿Y tú cómo saldrás? —me miró con esos ojitos de cachorrito.

—Ya veré. Tú asegúrate que no le pase nada a Lucas —le recordé, girando hacia la entrada de la pasarela.

—Es una locura —me agarró del brazo antes de salir—. Este se comporta diferente. No sabemos si reaccionará igual.

—Son todos iguales —le revolví un poco el pelo rizado—. No me va a pasar nada, tengo el arco y aún me quedan flechas. Tú confía.

Admito que pequé de confiada en ese momento. Nada más bajar, tiré una roca contra el suelo. El sonido resonó por todo el patio.

La cabeza del hombre giró hacia donde estaba. Al principio no reaccionó, no tenía claro si tirar otra piedra o no. Luego comenzó a acercarse. Tragué saliva. «A lo mejor Joel tenía razón», pensé en cuanto lo tuve a menos de dos metros de distancia. Aquel no caminaba igual. Sus ojos estaban fijos… en mí. EN MÍ.

Me quedé más quieta que en toda mi vida mientras me olisqueaba, rezando a Dios para que me ignorara. Detrás de él vi a Joel salir corriendo con Lucas y la mochila. Ellos habían escapado. Ahora solo faltaba yo.

—Bueno… ya me has olido suficiente… —Intenté rodearlo—. Creo… que… me voy.

El caníbal me cerró el paso.

—No... —me gruñó.

—¿Eh?

—...hambre…

—¿Un infectado te habló? —me interrumpe la teniente, de repente, sobresaltada.

—Sí, me quedé…

—¿Y no era un recién infectado?

—Qué va. Por las pintas, llevaba tiempo así.

Ortega permanece unos segundos en silencio antes de abrir mi carpeta. Me observa, yo le devuelvo la mirada sin decir nada, no sé qué hace. Ahora ha abierto la de Joel, ah…, esta mujer no me cree nunca.

—Continúa.

Yo por supuesto le contesté.

—¿Cómo que no? Tengo que salir.

Él me gruñó de nuevo y se me abalanzó. Logré apartarme a un milímetro de tocar mi cuello. Que manía tienen, ni que fueran vampiros. Aunque por las pintas dan el pego. Sin embargo, el tío me agarró del brazo antes de que pudiera huir.

Forcejeamos unos segundos hasta que pude liberarme y sacar el arco para frenar el segundo mordisco. Buah, aún recuerdo las babas de ese caníbal goteando por mis manos. Sus ojos sin vida me miraban con una intensidad que solo hacía que mis piernas temblasen más.

Me armé de valor y le di una patada en la rodilla, desestabilizándolo por un instante, el cual aproveché para escabullirme. Corrí hacia la salida. Pero ese engendro no se rindió. En un parpadeo se plantó enfrente bloqueándome la salida de nuevo.

—Apártate, no pienso ser tu desayuno —le ordené, retrocediendo.

—No —gruñó, dejando caer esas babas rojizas tan repugnantes.

Dejé que se acercara para el segundo asalto. Saqué una flecha. Cuando lo tuve otra vez a un suspiro de distancia, se la clavé en el

ojo con todas mis fuerzas. Me salpicó y todo. El hombre soltó un grito desgarrador.

—Duele… Duele…

Aproveché ese instante para empujarlo y salir disparada.

En cuanto crucé la puerta del castillo me colgué la mochila a la espalda, levanté a Lucas en brazos y agarré a Joel de la muñeca.

—¡Corre!

No hizo falta repetirlo. Los dos echamos a correr cuesta abajo por el camino de piedra que descendía desde el castillo. Mis piernas todavía temblaban por el forcejeo. Notaba el corazón golpeándome en el pecho. Y, aun así, seguía convencida de que en cualquier momento dejaría de perseguirnos.

Escuché unos pasos detrás de nosotros. Pesados. Lentos. Giré la cabeza un instante. Seguía allí, con la flecha todavía clavada en el ojo, corriendo detrás de nosotros.

—Mierda —murmuré, volviendo a mirar al frente.

Saltamos un pequeño muro de piedra y atravesamos una calle estrecha entre varias casas abandonadas, haciendo giros bruscos cada vez que podíamos. El sonido de sus pasos seguía detrás. Daba igual cuántas fintas le hiciera al jodio, seguía tras nosotros. Incluso me la jugué yendo por zonas con anémicos con la esperanza de que se parara a comer. Nada servía. Apreté con fuerza a Lucas contra mi pecho. El arco seguía en mi mano, pero no podía disparar sin frenar y si paraba…

Salimos del casco antiguo y atravesamos varias calles amplias. El monstruo continuaba acosándonos, a su ritmo, sin gritar ni correr. Me daba la sensación de que sabía que tarde o temprano nos alcanzaría.

—¡Mierda! —Llegamos a un callejón sin salida.

Miré alrededor. Había un hueco estrecho entre dos edificios, apenas suficiente para que pasara un niño.

—¡Métete! —Empujé a Joel.

—¿Y tú?

—¡Hazme caso!

Joel pasó primero. Después pasamos a Lucas. Yo tuve que girar el cuerpo de lado para conseguir apenas atravesarlo. El caníbal llegó unos segundos después. Intentó seguirnos. Sus hombros chocaron contra las paredes de piedra dándonos la ventaja suficiente para huir.

Corrimos sin mirar atrás hasta encontrarnos un huerto de viñedos con la verja rota. Sé que es allanamiento de morada, no me juzgues. En el medio divisamos un viejo granero. El tejado tenía varios agujeros. Las ventanas estaban rotas y el aroma que venía del interior era horrible. Olía a vino y a humedad. No parecía que hubiera nadie.

La puerta del granero era de madera vieja con un pestillo de hierro que cedió al primer intento. Entramos los tres, cerré desde dentro y me apoyé contra la madera con Lucas todavía en brazos y los pulmones pidiendo un descanso que no les podía dar todavía.

—Ya… ya… estamos, uff… a salvo… espero.

Dentro apenas entraba luz. Tardé unos segundos en acostumbrar la vista. Joel se desplomó en el suelo con la espalda contra la pared. Lucas se había quedado en silencio durante toda la carrera, aferrado a mí con una fuerza que un niño de dos años no debería tener. Empezó a temblar con esos temblores silenciosos previos al llanto.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí? —exclamó una voz femenina desde la oscuridad. Sentí un escalofrío. Conocía esa voz.

Capítulo 14: ¿Qué tal las vacaciones?

—Lo que os encontrasteis en el castillo fue un SHD en fase 4 —me explica la teniente, cerrando un momento la carpeta.

—¿Un qué en qué?

Ortega se frota el puente de la nariz antes de apoyarse sobre los codos.

—Síndrome Hemático Degenerativo. Es el nombre que le hemos dado a… la enfermedad.

La miro un momento.

—Vaya mierda de nombre. Anémicos caníbales mola más.

—Es una clasificación provisional. Aún no sabemos si es un virus, una bacteria o cualquier otra cosa, pero sí sabemos que evoluciona. Por eso hablamos de fases.

—Ah, entiendo… O sea, que el correcaminos tuerto estaba en la cuarta. ¿Entonces hay más?

La teniente entrelaza los dedos sobre la mesa.

—Eso creemos. Durante semanas recibimos informes de supervivientes que aseguraban haber visto infectados capaces de hablar. Algunos decían que pronunciaban palabras sueltas. Otros afirmaban que mantenían frases sencillas. Pensamos que eran delirios provocados por el estrés. Gente agotada que confundía ruidos con voces. —Mira de reojo las carpetas—. Pero después de escucharte a ti... y a Joel... empiezo a creer que esos informes eran reales.

Apoyo la espalda en la silla con una sonrisa.

—Me alegro de que me creas, teniente.

—Tú sigue —me ordena, dando un par de toques con el boli sobre el papel—. ¿Con quién os encontrasteis en ese granero?

—A ver si lo adivinas.

—Erika… —resopla.

—Te va a hacer gracia, de verdad. —Ella me clava esa cara de no tener ninguna intención de jugar conmigo—. Vale, vale. Voy.

Cuando entramos una voz femenina nos asustó desde la oscuridad.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí?

Apenas distinguía las vigas del granero. Veía sombras moviéndose entre montones de cajas junto con el ruido de botellas rodando. Instintivamente me puse delante de Joel mientras sujetaba a Lucas con más fuerza. Entonces una linterna se encendió. El haz de luz iluminó su rostro.

—¿Erika? —La chica pestañeó rápidamente, tapándose los ojos del choque de luz.

Me costó reconocerla por las pintas que llevaba.

—¿María?

Las dos nos quedamos inmóviles, como si estuviéramos intentando decidir si la otra era real. Hasta que soltó la linterna sobre una caja.

—¡Eri, tía!

Corrió hacia mí y me abrazó con tanta fuerza que casi me tira a Lucas, haciéndome dar un paso atrás para no perder el equilibrio. Yo tardé un par de segundos en devolverle el abrazo, rodeándola a duras penas con el brazo libre.

—Mari... ¿pero… qué haces aquí? Pensaba que estabais en Tuéjar.

Ella se apartó lo justo para mirarme. Tenía el pelo castaño recogido en una coleta despeinada, la cara llena de suciedad y unas ojeras que parecían pintadas.

—Tía, ¿tú has visto cómo está el panorama? —María seguía sin soltarme—. Pensaba que estabas muerta.

—Tranqui, tía. Os llamé un montón de veces.

Andrea intervino desde el fondo, con ese tono de pija tan característico. Hacía tanto que no la veía que hasta lo echaba de menos. La pobre llevaba el vestido lleno de barro y aún seguía con los escarpines. Creo que Mari también los llevaba.

—No teníamos casi cobertura y los móviles están sin batería. No nos enteramos de todo esto hasta que cogimos el coche para volver a casa el lunes por la tarde.

—Qué casualidad. Otros que no se enteran hasta el martes.

—¿Y esos críos de dónde los has sacado? —Miguel dio un paso hacia nosotros, cruzándose de brazos para observar al pequeño.

—Os presento a Joel y a Lucas. —El chiquillo tenía cara de estar calculando cuántas salidas tenía ese granero en vez de prestar atención—. Joel, estos son mis amigos. Esta es Mari —señalé, apartándola un poco—. La rubia es Andrea, el alto es Miguel y… supongo que la sombra que queda es Rubén, ¿no?

—Exacto —confirmó él, pegándose la linterna a la barbilla para alumbrarse la cara desde abajo.

Joel asintió despacio, aunque no parecía demasiado convencido. Se echó un poco hacia atrás, ocultándose tras de mí. Me tiró de la manga para que me agachara, aprovechando que los demás estaban hablando entre ellos.

—No sé si deberíamos fiarnos... Si están aquí será por algo.

—Tranquilo. Son majos —le susurré al oído sin apartar la vista de mis amigos—. Seguro que os llevareis bien.

Ahora bien, entendía el porqué de su desconfianza. Y para serte sincera… yo pensaba igual, solo que no se lo dije.

—Otra cosa... ¿Qué es ese olor? —El aroma a vino pasado me revolvió el estómago.

Andrea arrugó la nariz y se cruzó de brazos, poniendo esa cara de ofendida que llevaba desde que la conocía.

—Alejaos un poco de la puerta —advirtió María, ignorando mi pregunta.

—No deberíamos hacer tanto ruido —susurró Rubén, casi sin mover los labios—. Por si el matrimonio sigue cerca.

—¿Qué matrimonio?

—Ahora te lo contamos. —María intercambió una mirada rápida con los demás—. Subamos. Aquí no estamos a salvo.

Los seguimos por una escalera de madera que crujía a cada paso. La segunda planta estaba mucho más iluminada. El tejado tenía varios agujeros y algunas ventanas estaban rotas, por lo que la luz entraba en haces que atravesaban el polvo suspendido en el aire. Al observarlos mejor, vi que estaban muchísimo peor de lo que había imaginado. Tenían las mejillas hundidas, la piel apagada y unas ojeras enormes. La ropa parecía la misma con la que habían salido de acampada… solo que ahora estaba rota, manchada y endurecida por días de suciedad. Aquella imagen hizo que se me humedecieran los ojos.

—Tíos tenéis una pinta horrible. ¿Qué os ha pasado?

María resopló, apartando algunas botellas vacías para sentarse.

—Pues fuimos a Tuéjar… nos… —esbozó una sonrisa culpable—. Nos lo pasamos súper bien, pa qué mentir.

Me alegro de que os lo pasaseis tan bien sin mí, eh, qué buenos amigos sois.

—Bueno… por lo menos habéis disfrutado.

Joel me lanzó una mirada de reojo.

—Ay, sabía que lo entenderías, tía —me sonrió María—. Tú siempre eres tan buena.

Asentí sin decir nada, desviando la vista de Joel.

—Total —siguió, acomodándose la coleta despeinada con ese tono choni que pone cuando cuenta algo—. El lunes por la tarde recogimos todo pa volvernos. Pero como estábamos ma o meno cerca, dijimos de pasar por un par de sitios más para bañarnos antes de volver a Elche. Por eso seguimos vestidos así. —Se señaló el pantalón corto y el bikini.

—Guardamos todo en el coche y nos subimos —añadió Miguel, apoyando la espalda en una viga de madera.

—¿Y no pensasteis en cambiaros? —le corté—. Aunque fuerais a otro sitio. Conducir en bañador es un asco.

—Ya, sí —admitió Miguel—. Pero daba igual, se suponía que solo íbamos a estar un par de horas más en el coche.

—Tendrías que haber venido —murmuró Rubén, sentado en el suelo mientras rayaba la madera con una piedra, tan bajito que casi no lo oí.

Nos giramos todos hacia él. Miguel le dio un pequeño golpe con el pie.

—Pues sí, tenías que haber venido porque nos lo pasamos genial.

—Sí, tía —añadió Andrea, sacudiéndose unas pajitas del vestido —. Fue muy divertido.

En cambio, Rubén soltó la piedra y negó con la cabeza.

—Que no te engañen —soltó de repente, poniéndose recto—. No supimos encender el maldito fuego. Tuvimos que buscarlo en internet, y tardamos dos días en pillarle el truco. Acabamos llenos de picaduras de bichos, porque se nos olvidó el antinsectos. Además, no había quien entendiese las instrucciones de la tienda. Y…

Andrea y María le clavaron una mirada asesina. Rubén cerró la boca al instante.

—Sí... bueno... Rubén tiene razón —Miguel soltó una risilla y le pasó un brazo por el cuello, despeinándolo un poco—, pero da igual, al final nos apañamos.

Los observé a todos alzando una ceja. Sabía que me echarían de menos. Lo de ir de acampada lo propuse yo.

—Bueno... ¿y luego qué?

María volvió a ponerse seria.

—Cuando íbamos de camino hacia Elche empezamos a ver gente corriendo por la carretera. Muchísima.

—Pensamos que había un accidente —añadió Miguel—. Así que paramos a mirar. Y vimos a esas cosas atacando a la gente.

—Intentamos volver al coche y salir de allí —continuó María, abrazándose las rodillas—, pero era imposible. Todo estaba bloqueado. La gente había dejado los coches atravesados. Cogimos las cosas del camping y nos fuimos andando.

—Espera... ¿Os estaban persiguiendo y os parasteis a coger las mochilas?

—¿Veis? —María señaló a los demás, orgullosa—. No soy la única que piensa que fue una mala idea.

—Yo ni de broma me iba a ir sin mis cosas —protestó Andrea—. Antes me dejaba comer —Sopló hacia arriba para apartarse un mechón del rostro—. Aunque al final la tuvimos que tirar por el camino, cuando nos volvieron a perseguir.

—Fue horrible —suspiró Miguel—. Encima el GPS no funcionaba, no sabíamos ni dónde estábamos. Andamos… Dios… la tira de tiempo. Hasta que llegamos a Requena. Erika, ¿te acuerdas cuando fuimos al castillo de excursión en el cole?

—Sí. De hecho, yo también me orienté gracias a eso.

—Ya, bueno. ¿Y de qué nos sirvió? —Andrea le dio una patada a una caja vacía, volviendo a cruzarse de brazos—. El pueblo estaba contagiado.

—Por eso lo rodeamos —continuó María—. Encontramos este granero y nos lo agenciamos. Pero no había ni una uva.

—Las uvas salen por octubre.

Los cuatro dejaron de moverse, clavándome la mirada con cara de ilusos.

—¿En octubre?

—Más o menos.

—Con razón… Pensábamos que, si esto iba pa largo, podríamos vivir de algún huerto... pero aquí solo hay viñas. Y todo lo que había en este granero ya nos lo hemos comido o bebido.

Crucé una mirada con Joel. Creo que pensamos lo mismo.

—¿Y los dueños? Esto tendría que ser de alguien. ¿No os dijeron nada?

Ninguno respondió de inmediato.

—Tampoco nos podían decir mucho —Rubén se encogió de hombros—. Estaban infectados.

—Ahora andan dando vueltas por la zona —nos explicó Miguel—. ¿No los habéis visto al venir?

Solté una risa corta, sin gracia.

—Huíamos de uno cuando vimos este sitio.

—No, tía, ¿para qué vienes para acá? —saltó Andrea, dando un paso hacia mí—. No nos traigas más bichos de esos. ¿Tú sabes cuántos hay por aquí?

—Andrea, tampoco le digas eso —la frenó María, agarrándola del brazo—. Pero sí, la verdad es que hay bastantes cerca.

—Entonces… ¿por qué no os habéis ido a otro sitio?

—¿Y a dónde quieres que vayamos? —saltó Andrea, abriendo los brazos de par en par.

—Nos perdimos —añadió María, jugando con una botella del suelo—. Y aunque ahora sabemos dónde estamos, no tenemos ni idea de a dónde ir. Así que nos quedamos aquí… hasta que se nos acabe la comida.

—Bueno, ¿y tú qué? —cambió de tema Miguel, señalándome con la barbilla—. ¿Qué haces aquí? ¿Y con estos críos?

—En Elche me enteré de que en Valencia había un punto seguro y...

—¡¿En serio?! —María juntó las manos.

—¡Pues ya está! ¡Nos vamos a Valencia! —Andrea empezó a dar palmadas, sonriendo—. Voy recogiendo, creo que aún me queda algo de maquillaje en la mochila. Para ir a Valencia habrá que arreglarse un poco, ¿no?

—Valencia está destruida —sentenció Joel, sin rodeos.

El silencio cayó de golpe. Los cuatro me miraron.

—Había un punto seguro —suspiré—. Ya no lo hay. Se supone que hay otro en Madrid. Vamos hacia allí.

—¿A Madrid? —Miguel abrió mucho los ojos—. ¿Pero se puede llegar desde aquí?

—Andando se puede llegar a cualquier sitio. Lo que pasa es que está lejos. No sé cuánto exactamente, pero nos dijeron que serían varios días. Tal vez semanas.

Miguel se llevó las manos a la nuca, María se frotó la frente y Andrea soltó un resoplido estruendoso al mismo tiempo.

—¿Y el crío? —preguntó Andrea, mirando hacia Joel.

—No me llames crío —Joel dio un paso al frente. Su tono fue tan seco que hasta Andrea pestañeó. Sin añadir nada más, cogió a Lucas de mis brazos—. Voy a vigilar por la ventana.

Se marchó sin esperar respuesta. María esperó a que se alejara un poco para seguir hablando.

—Eri, tía, ¿el crío este de qué va?

—Dejadlo. Hace poco perdió a su madre.

Los cuatro bajaron la vista. Nadie volvió a preguntar nada más al respecto.

—¿Sabes algo de… nuestras familias? —quiso saber María al rato, buscando con la mirada a Rubén, que estaba apoyado en la pared.

—No. Llamé a vuestra madre y a la de Miguel, pero nadie contestó.

La conversación se estancó de nuevo.

—Vale… Pues entonces… a Madrid. —María me miró, incorporándose—. ¿Sabes ir, Eri?

—Más o menos sé por dónde hay que tirar. Salimos mañana por la mañana.

—¿Por la mañana? —Andrea arrugó la nariz—. Con el calor que está empezando a hacer, ¿no sería mejor ir de noche? Así nos ocultamos mejor.

—No sabía que ahora veíais en la oscuridad —lo dije más borde de lo que pretendía.

—Oye —Andrea se cruzó de brazos—, tampoco hace falta que lo digas en ese tono. Solo te estaba preguntando.

Cerré los ojos un momento. Antes de que pudiera disculparme Maria me interrumpió.

—Pues mañana por la mañana. Esta noche descansamos.

—¿Os queda algo de comida?

María miró a los demás, que evitaron su mirada.

—Muy poca. Pero creo que podemos dejaros algo.

Me dio la sensación de que no le había hecho gracia admitir eso.

Esa noche nos acomodamos como pudimos. Joel se tumbó junto a Lucas, pegados a mí. Cuando el granero quedó completamente en silencio, Joel me susurró:

—Erika. No me gustan tus amigos.

—Son buena gente —acomodé la cabeza sobre la mochila y le dediqué una sonrisa leve—. Lo que pasa es que tienen un punto raro a veces. Pero son majos. Confía en mí.

Joel permaneció en silencio, trazando figuras con el dedo en la paja.

—¿Siempre te tratan así?

—¿Así cómo? —Giré la cara para mirarlo.

Se quedó observando los haces de luz lunar que atravesaban el tejado agujereado, luego se acurrucó más cerca de Lucas.

—Déjalo. Mañana nos vamos, ¿no?

—Sí —estiré la mano y le revolví un poco el pelo rizado—. Tranquilo, *bona nit.*

Sin darme cuenta, agarré la mochila por las correas y la estreché con fuerza contra el pecho, hundiendo la barbilla en la tela. No sé muy bien por qué lo hice. Simplemente me aferré a ella.

Capítulo 15: Emborrachándose en la vendimia.

Lo primero que hice, nada más abrir los ojos, fue acercarme a Lucas. Seguía dormidito. Le puse la mano en la frente para comprobar que no tuviera fiebre, le revisé un poco la cara y, en cuanto vi que estaba bien, no pude evitar ponerme a jugar con sus mofletes un rato. Se veía tan mono durmiendo, tan gordito, que durante unos segundos me olvidé de dónde estábamos.

—No toquetees a mi hermano.

Joel acababa de despertarse y ya estaba dando órdenes. Le saqué un poco la lengua con media sonrisa y me levanté.

Fui a mirar por las ventanas mientras el resto empezaba a removerse entre la paja. Mayo empezaba a pintar de verde los campos. Las viñas ya enseñaban los primeros brotes tiernos, pequeños y brillantes, que contrastaban con la tierra oscura que alguien había arado antes del brote. Era precioso, si no fuera por los cuatro anémicos que había en medio.

El señor, que por la ropa deduje que era el agricultor, cogía una azada del suelo, la volvía a dejar, la volvía a coger, la volvía a dejar, así en bucle. El niño jugaba con unas hojas, se quedaba quieto mirando al vacío, y volvía a jugar con ellas. Me dio pena verlos. Parecían una familia; una enferma.

—No veo a la mujer del agricultor —le susurré a Joel.

María se estaba despertando en ese momento.

—Es una señora muy mona —bostezó, medio dormida, recogiéndose el pelo—. La típica abuela de campo. Llevaba un vestidito hecho de croché, de esos que haces tú, Eri.

—Pues no la veo. —Busqué por las otras ventanas, por si acaso —. ¿Os ha hablado alguno de ellos?

Los cuatro me miraron como cuando les dije que me iba a tintar el pelo de verde el día de la graduación de la uni. Salí guapísima en esas fotos.

—Eri, tía, ¿qué te has fumao?

—Si no está cerca, a lo mejor es nuestra oportunidad de salir. —Andrea terminó de incorporarse, sacudiéndose el vestido con asco—. Al final es la que casi nos pilla la última vez.

—Tampoco hay que confiarse —negó Rubén, ordenando su mochila—. No sabemos ni a qué reaccionan.

—Es obvio que al ruido, ¿no? —asumió Miguel.

Tuve que reconocer que el comentario de Rubén era bastante más inteligente de lo que parecía. Yo también había dado por hecho que reaccionan al ruido. Pero… ¿Y si no es así? Antes de que pudiera contestarle, Miguel ya había cogido una caja de madera.

—Vamos a comprobarlo —sonrió, lanzando la caja por la ventana.

El ruido del vidrio rompiéndose retumbó en todo el viñedo. Los cuatro infectados se giraron hacia la caja destrozada, y luego continuaron con lo que estaban haciendo.

—Qué raro... —murmuró Miguel.

—¿Ves? —Rubén cruzó los brazos—. Si no es al ruido… ¿al olor?

—Puede ser o a…

—Vale, cambio de planes. —Andrea me cortó antes de terminar la frase—. Si la señora no está, vámonos. Ya que ahora sí que vemos, ¿no?

—Vale —contesté, ignorando la indirecta—. Coged lo que tengáis a mano.

Mientras todos recogían sus cosas, Miguel metió tres botellas de vino en su mochila.

—¿Para qué quieres eso? —lo miré extrañada.

—A falta de agua… Además, si hace falta quemar algo, igual nos sirve.

No estaba convencida de que aquel vino tuviera suficiente alcohol para arder. Pero tampoco tenía una idea mejor. Nuestra situación con el agua empezaba a ser preocupante. La poca que llevaba desde Valencia ya se había terminado. Lo único que seguía intacto en mi mochila eran las pastillas potabilizadoras. Hasta entonces había bastado porque siempre intentábamos movernos cerca de ríos. Sin embargo, ahora éramos siete.

Bajamos las escaleras en silencio. Salí primero para comprobar si veía a la mujer. Llevaba a Lucas colgado del pecho y la mochila a la espalda. Joel iba justo detrás de mí. Lucas se despertó en ese momento y empezó a hacer ese ruidito suyo, entre risa y queja.

—Shh, tranqui, peque —le tapé la boca con cuidado—. Luego te doy de comer. No llores.

—Controla al niño. No quiero morir por su culpa —soltó Andrea desde atrás, sin mirarme.

Si te soy sincera, esa señora me daba igual. Lo que me tenía en tensión era el caníbal del día anterior. Vigilaba hacia todas las direcciones rezando para que no apareciera. Apenas habíamos recorrido unos metros cuando María se quedó inmóvil.

—Mierda...

Seguí la dirección de su mirada: la mujer del agricultor estaba allí. Vestía un sencillo vestido de croché color crema, manchado de tierra. Sus ojos incoloros estaban fijos en nosotros. Nos quedamos quietos observándola. De pronto, avanzó a paso lento. Sentí un escalofrío. Nosotros hicimos lo mismo. Ella continuó, sin correr, cada vez más cerca, sin apartar la vista de nosotros. Se me empezó a cerrar el pecho. No podía dejar de pensar en el caníbal, en cómo se había acercado así antes de lanzarse a por nosotros.

—Nos va a matar... —susurró Andrea, temblando.

—Seguid andando —murmuré, acelerando el paso.

Notaba el sudor frío en la nuca, la respiración de Lucas contra mi cuello, los pasos de los demás cada vez más rápidos detrás de mí. Por suerte, al salir del viñedo, la mujer se quedó quieta en la puerta, observándonos.

—*Mare de Déu,* qué suerte... —soltó Miguel cuando paramos después de estar corriendo para perderla de vista.

—A lo mejor no tenía hambre —aventuró María, cojeando un poco por los escarpines.

—O no le interesamos —jadeó Andrea, intentando quitarse la suciedad del vestido.

Joel caminó hasta ponerse a mi lado. Miró una última vez hacia el viñedo.

—Esta sí que era normal.

—Sí… Menos mal. —Lo miré de reojo, intentando recuperar el aliento—. No os paréis, aún no estamos a salvo.

Nos alejamos de los viñedos y continuamos por un camino de tierra que serpenteaba entre campos y pequeñas parcelas. A un lado se extendían interminables hileras de viñas; al otro, almendros y algunos pinares rompían el paisaje. Al mínimo ruido de anémicos cambiábamos de dirección. Supongo que por eso no vimos casi ninguno.

Ahora bien… Andrea… Dios. No recuerdo haber conocido a nadie capaz de quejarse tanto durante tantas horas seguidas. «¿Podemos parar cinco minutos?» «No puedo más». «¿Falta mucho?»

—¿Te sorprende? —La teniente Ortega levanta la vista de la carpeta—. No estaban acostumbrados.

—Ya, ya lo sé. Tuvimos suerte con los anémicos, sino habría tenido un motivo real para gritar.

La teniente deja escapar una sonrisa antes de hacerme un gesto para que continúe.

Cuando el sol empezó a esconderse encontramos una pequeña explanada rodeada de pinos, apartada de la carretera. Decidimos acampar ahí. Miguel y Rubén fueron a buscar maleza y ramas secas para la hoguera. Rubén, muy orgulloso, sacó su mechero, cogió un poco de algodón de la mochila y, tras un par de intentos, le prendió fuego.

—¿Ves, Erika? —sonrió, con la cara iluminada—. ¿Ves?

—Joder, cada vez se te da mejor —Miguel le dio una palmada en la espalda—. Las pillas rápido, tío.

—Muy bien, hermanito —añadió María, con un tonillo que dejaba claro que era medio en broma—. Por fin no tardas media hora.

Andrea también comentó algo parecido, y los cuatro se giraron hacia mí, esperando mi reacción.

—Ah, sí. Muy bien.

Era una tontería, hasta Joel podía encender una hoguera, pero Rubén sonrió tan orgulloso que preferí guardarme el comentario.

—Gracias… —agachó la cabeza intentando disimular que le había hecho ilusión.

Mientras el fuego empezaba a calentar, dejé la mochila en el suelo.

—Joel, ve montando la tienda.

Él asintió y comenzó a sacarla. Por otro lado, Andrea se acercó a paso rápido al verla.

—Erika, ¿tienes tiendas de campaña?

—No, solo tengo una pequeña. Es la única que me cabía en la mochila.

—Ah, una. —Se le iluminó la cara—. ¿Y podríamos dormir ahí?

Miré de reojo a Joel antes de contestar.

—A ver, la tienda es para dos. Y los niños y yo ya estamos demasiado apretados. A menos que te encojas…

Sé que Andrea se mosqueó. Estaba claro que prefería dormir en la tienda antes que en el suelo. Sin embargo, también sé que, justo después, pensaría que tampoco iba a dejar a dos niños fuera. Por eso no protestó. Y como no se quejó, yo tampoco le di más vueltas.

—Lo que podemos hacer —propuso María— es que Joel duerma en la tienda con las mochilas, así estarán más seguras.

—Ah, ¿y yo dónde duermo?

—Pues con nosotros —sonrió Miguel, dándole una palmadita a la tierra—. Bajo las estrellas. Así es más justo.

Rubén soltó una risita floja, avivando las brasas con un palo.

—Al final sí que vamos a acampar juntos.

Me reí también, aunque con poca gana. Terminamos de organizarnos alrededor del fuego. Cuando ya empezaba a anochecer propuse hacer turnos de guardia.

—No te preocupes —negó Andrea—. Con lo asqueroso que está esto, a mí no me va a costar quedarme despierta. No todos podemos dormir en una tienda o con un saco.

—Pensaba se lo ibas a dar al crío —comentó María, mirando mi saco.

—No, qué va, no le gusta, le da mucho calor. —Me encogí de hombros—. Yo con tal de no tocar el suelo. Seguro que hay un huevo de bichos.

—No digas eso —protestó Andrea—. Aunque sea verdad, no lo quiero saber.

Me reí por lo bajo.

—Por cierto. ¿Cómo lleváis los pies?

—Fatal. Entre las ampollas y las rozaduras de los muslos.

María también se había quitado los escarpines para descansar los pies. Las miré con pena y rebusqué en mi mochila los pantalones que tenía al principio.

—Toma, Andrea. Así por lo menos no te rozarán tanto.

—Ay, tía, muchísimas gracias. —los cogió, los miró—. Aunque hubiese sido mejor si fuesen de otro color. Ya sabes que yo no tolero el negro.

—Bueno, si no los quieres, los guardo.

—¡No, no! Los quiero, los quiero. —Se los puso por debajo del vestido, ahí mismo—. Uff… Si mi estilista me viera ahora...

Miguel soltó una carcajada, tumbándose sobre la hierba.

—Pues si mi entrenador me viera aquí, eso sí que sería gracioso.

—Es verdad. ¿Cómo te fue al final el último partido? —pregunté, mirando a los niños que ya se habían dormido.

—Nos dieron una paliza. Metieron una canasta en el último segundo y nos reventaron. No sé, tío. A veces pienso que no soy lo bastante bueno para seguir jugando.

—No te desanimes —le sonrió María, dándole un apretón afectuoso en la rodilla—, es cuestión de tiempo.

—¿Cuestión de tiempo? —Rubén negó con la cabeza—. Tío, eso ya da igual. Seguramente no vuelvas a jugar al baloncesto hasta que esto se solucione.

Miguel se giró hacia las mochilas. Alargó el brazo y sacó una de las botellas de vino. La descorchó, le dio un buen trago y se la tendió a Rubén.

—Deja de decir cosas tristes y bebe.

Yo los regañé, no estábamos en situación de ponernos a beber. Pero Andrea aceptó la botella igual, luego Mari también… en fin, que a regañadientes nos pusimos a beber riéndonos de la situación. En

mitad de una anécdota me rugieron las tripas tan fuerte que se oyó por encima de las risas.

—Uy —Andrea se giró hacia mí—. Erika, sí que tienes hambre, tía. ¿Es que no habéis comido o qué?

—No, qué va.

Abrí mi mochila, saqué una bolsita pequeña llena de barritas energéticas, y volví a cerrarla.

—Buah... pues sí que tienes —comentó Miguel, sacando la poca comida que les quedaba del granero—. Eso te da para varios días.

—¿Días? —Ya estaba abriendo la primera con los dientes—. Yo creo que me lo puedo comer todo ahora.

Andrea me observaba desconcertada, cogiendo una lata de atún, mientras me comía una tras otra.

—Tía... pero si tú antes no comías casi nada.

—*¿Què dius?* Si yo siempre he comido mucho.

—No, tía. Si cuando te pones con algo a *full* se te olvida comer. ¿Cómo es posible que ahora comas tanto?

—Yo qué sé. Será la ansiedad —supuse, terminando otra barrita.

—¿No te estás tomando las pastillas? —preguntó Rubén.

—¿Tú crees que me estoy tomando alguna pastilla? —solté una risa—. Salí de mi casa con lo puesto. Hasta me dejé el móvil.

Se miraron entre ellos en silencio mientras yo seguía comiendo la mar de a gusto.

—¿Y te queda mucha comida? —preguntó Miguel, mirando mi mochila.

—No mucha. Potitos y algunas latas. Esto casi no lo abro, por eso están un poco derretidas. —Saqué una para enseñársela—. Pero si queréis, os doy una.

—Sí, sí, dame —asintió Rubén enseguida, alargando la mano. Terminé repartiendo una a cada uno.

Para ahorrarte el rollo. Al final nos quedamos toda la noche hablando. Creo que el único que se durmió fue Rubén. Entre chisme y chisme, nos acabamos las botellas de vino.

—¿En serio? —La teniente levanta una ceja—. O sea, de los creadores de *First Date* apocalíptico llega emborracharse en la vendimia.

—Que no estaba ligando con Gabriel, qué manía. —Suspiro—. Pero sí… pasó eso.

Al día siguiente, el que nos tuvo que despertar a todos fue Joel.

—Erika. Erika, despierta.

Me dió pataditas en la pierna. Yo seguía medio dormida, cubriéndome los ojos de la luz del sol con el brazo y con la cabeza dándome vueltas.

—¿Qué pasa, Joel? —me senté despacio—. Uf, qué mareo.

—Tenemos que irnos —dijo él, con la mochila ya cargada.

—Sí, sí. Tienes razón. ¿Has desmontado la tienda?

—Sí, está todo listo. Podemos irnos ya.

—Vale, vale, vale.

Le di un golpe suave a María, que seguía tirada a mi lado.

—Mari. Mari, levanta, coño.

Se fueron levantando todos entre quejidos, arrastrando los pies, con una cara de sueño.

—Ay, ¿por qué nos haces madrugar, Eri? —protestó Miguel—. Déjanos dormir un poco más.

—Venga, chicos. Joel tiene razón. Cuanto antes lleguemos a Madrid, antes estaremos a salvo.

—Vale, vale —bostezaron, resignados.

—Por lo que me cuentas... —comenta la teniente, anotando algo —, el viaje fue bastante entretenido.

—Bueno…

La ruta de Requena hasta Utiel fue tranquila. Nos guiamos por los carteles y señales, por eso me acuerdo de los nombres. Joel no se llevaba bien con ninguno de ellos. Tenias que haber visto las caras que ponía. Al único que soportaba era a Rubén, se ve que tenían gustos parecidos.

Durante tres o cuatro días no hicimos otra cosa que buscar comida, refugio y caminar. Antes la comida la repartía entre Joel, Lucas y yo. Ahora éramos siete. Y, cuanto más caminábamos… más hambre tenía. Llegó un punto en que ya no podía pensar en otra cosa.

Recuerdo cuando llegamos a una estación de tren abandonada… Tenía un hambre terrible. Tanta, que mirando a Lucas pensé: «Qué mono que es, está para…»

—No me digas que te dio hambre el niño —me corta la teniente.

—No sé. Pero cada vez que lo miraba… Me sonaban las tripas. Vamos a dejar el tema ahí.

Total, que al llegar a esa estación yo estaba famélica.

Capítulo 16: Amigos para siempre.

Aquel sitio era horrible. En serio, de los peores en los que habíamos estado hasta entonces. Todo cubierto de una capa de polvo tan gruesa que se levantaba en nubes con cada paso, los andenes llenos de escombros, cristales rotos por todas partes, algún banco volcado. Daba asco solo mirarlo.

Y olía fatal. No solo a polvo, que también, sino a orina, a humedad, a animales muertos, a grasa rancia, a basura fermentada... Era un olor tan fuerte que casi podía distinguir cada cosa por separado. Ahí empeoré. Parecía que me había bajado la regla, del dolor de cabeza que tenía.

Nada más entrar sentí que las piernas me fallaban. La cabeza empezó a darme vueltas con tanta intensidad que pensé que iba a caerme allí mismo. El cuerpo me pesaba una barbaridad y un dolor sordo me atravesaba el vientre. Apoyé la espalda contra una pared desconchada mientras sujetaba a Lucas con todas mis fuerzas para no dejarlo caer.

—Erika. —Joel se acercó enseguida—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, estoy bien —forcé una sonrisa—. Coge un poco a Lucas, porfa.

Joel lo sujetó enseguida, luego me volvió a mirar.

—Erika, estás muy pálida. —Se acercó, casi tocándome la cara—. Más de lo normal. Y tus ojos...

—No me toques. —Le aparté la mano de un manotazo.

Ambos nos quedamos en silencio. Joel dio un paso atrás, apretando a su hermano, sin apartar la vista.

—Estoy bien, ¿vale? Solo… solo necesito descansar un poco.

Él no parecía convencido, pero terminó asintiendo. Se llevó a Lucas hacia una esquina del andén donde los demás estaban dejando las mochilas. Yo me quedé unos segundos apoyada contra

la pared, intentando que dejara de girarme todo. Esperé a que Joel consiguiera dormir otra vez a Lucas antes de volver con los demás. Nos sentamos todos cerca de una de las vías.

—¿Cuánto creéis que tardaremos en llegar a Madrid? —quiso saber Andrea, limpiando el suelo antes de sentarse.

—Si no pasa nada raro... una semana… puede que un poco más. Tenemos que seguir dirección Cuenca.

—Una semana más andando... —María se tapó la cara con las manos—. Menos mal que pudimos pasar por una tienda y pillar unos deportivos. ¿Verdad, Andrea? Porque si no ya estaríamos... ¿Tú sabes cómo tenemos los pies?

—Ya... vuestros pies huelen a sangre.

Se hizo un silencio extraño. Los cuatro se giraron hacia mí a la vez.

—Bueno, sangre no sé —dijo Andrea, toqueteando la falda del vestido—, pero olemos fatal, todos. Podíamos haber parado en algún río para lavarnos.

—No pasa nada —sonrió Miguel, intentando aligerar el ambiente —. Esto es el olor del superviviente. Mejor esto que estar muerto, ¿no?

Nadie se rio; el eco de su voz se perdió entre los raíles.

—Solo nos falta una semana más… —murmuró Rubén—. El problema no es el tiempo, sino...

Nos giramos hacia la montaña de mochilas que custodiaba Joel.

—¿Creéis que habrá más súpers de aquí a Madrid? —susurró Mari.

—Haber habrá —respondió Andrea—. Que todavía tengan comida es otra historia.

—Yo creo que tuvimos mucha suerte con los primeros —suspiró Miguel, dejándose caer un poco hacia atrás sobre los codos—. Los

últimos estaban vacíos. No sé yo si...

—No te desanimes —le cortó María con una sonrisa cansada—. Cuando lleguemos cerca de Cuenca seguro que encontramos algo. Es una ciudad grande.

—Tendremos que rodearla —interrumpió Rubén—. Las ciudades tienen demasiados anémicos.

Andrea resopló, apoyando la espalda contra una columna.

—Es increíble, tío. Ir a Madrid, que está a cuatro horas de Elche, nos va a llevar dos semanas andando. ¿Para qué? Para llegar y descubrir que también está hecha mierda.

—No digas eso. —Miguel se acercó para calmarla—. Seguro que Madrid aguanta. Ahí están el presi y toda la gente importante. Tiene que resistir.

—Eso, eso —asintió María—, no penséis así. Se-seguro que todo está bien.

Se les notaba en los gestos vacilantes que no se creían lo que decían. Yo estaba bastante ausente de la conversación, jugueteando con un trozo de cristal roto entre las botas.

—Todo sería más fácil si no tuviésemos que llevar tanta carga —comentó Andrea, mirando de reojo a los niños.

—No pienso abandonar a los chiquillos —Mi voz salió más seca de lo que pretendía.

—Yo no he dicho nada. —Levantó las manos.

Noté cómo la mandíbula se me tensaba.

—Por lo menos Joel es útil. No como una señorita que no sabe orientarse.

—Bueno, si dos pueblos se llaman casi igual, es normal equivocarse. ¿Y? Al final no nos desviamos tanto.

—Nos desviamos un día entero, Andrea. Un día. ¿Sabes lo que es eso? No estamos para malgastar energía tontamente. No tenemos comida.

—Bueno —Miguel estiró las manos entre las dos para intentar rebajar la tensión—, aún nos queda la de tu mochila.

Sin pensar siquiera, agarré la mochila y la acerqué a mi cuerpo.

—No seas así, Eri —me riñó María—. Todos nos estamos muriendo de hambre. Hay que repartirlo bien pa que aguante lo máximo posible, aunque comamos poco.

Sentí un tic en el ojo. ¿Poco? Esta semana que llevamos juntos he comido menos que en todo el viaje desde Elche. Nosotros compartimos *todo* lo que encontramos. Pero vosotros… Vosotros os lo repartís entre los cuatro, seguro. Solo nos dais algo cuando Joel o yo os vemos hacerlo. Ahí es cuando decís «ah, sí, esto también es para vosotros». Si no, no nos lo dais. No tengo pruebas, pero tampoco dudas. Todo eso lo pensé. No lo dije. Me quedé mirándolos, nada más.

—¿Qué? —Andrea se removió, incómoda—. ¿Por qué me miras con esa cara de asesina? No me puedes juzgar, ¿eh? Qué tú eres la qué más comes. Vas a acabar engordando.

Algo dentro de mí terminó de romperse.

—¿A ti qué te importa lo que yo haga? ¿Eh? —me puse de pie de un salto—. No os importó dejarme sola. ¿Y ahora de repente te preocupa lo que como?

Andrea soltó una risa seca, apartándose un mechón de la cara con chulería.

—Ya sabía yo que ibas a sacar el tema. Siempre igual, Erika. Qué rencorosa eres.

—Habíamos cambiao el plan como cuatro veces —intervino María —, y con un puente tan bueno... No lo hicimos por fastidiarte, tía.

—Claro —añadió Miguel, acercándose a mí—. A la próxima vamos los cinco juntos.

—Podríamos haber esperado. En agosto tenemos vacaciones todos. Pero no. Siempre tengo que ser yo la que lo organiza. Siempre soy yo la que se adapta. La que cede.

Andrea chasqueó la lengua y rodó los ojos.

—No me hables con ese tono, Erika. Si quieres comportarte como una cría porque piensas que pasamos de ti, adelante. Pero no nos culpes de tus tonterías.

Eso me cabreó. Todavía me cabrea solo de acordarme de esa vocecita de pija que se le pone cuando quiere sonar razonable y en realidad solo está siendo una zorra.

—¿Tonterías? —Me quedé de pie, respirando fuerte, con el puño apretando el asa de la mochila—. Tonterías es intentar ayudaros.

María bajó la vista. Miguel miró hacia un lado, incómodo. Rubén ni siquiera se atrevía a levantar la cabeza. Por el contrario, Andrea seguía con los brazos cruzados y la barbilla alta. No tenía fuerzas para seguir discutiendo. Me di la vuelta y me marché hacia donde dormían los niños. Escuché sus voces tras de mí.

—Qué dramática es siempre, tío. Hace un drama de todo...

—Hombre, Andrea... —respondió María con un suspiro pesado—. Estamos todos cansados.

—Ya, pero es raro que se altere así —comentó Miguel—. Normalmente es más...

—Tranquila —terminó Rubén en voz baja—. ¿Le pasará algo?

No quise seguir escuchando. Avancé por el andén hasta encontrar a Joel. Estaba sentado junto a Lucas. En cuanto me vio, apartó la mirada. Había estado escuchándolo todo.

—¿Qué haces despierto todavía? —le solté, regañándolo—. No deberías espiar, ¿sabes?

Se echó un poco hacia atrás.

—Lo siento… No… no quería molestarte.

En ese momento me di cuenta del tono tan duro con el que le había hablado.

—No. Lo siento yo. Perdona, no tenía que haberte hablado así —suspiré, dejándome caer de rodillas a su lado—. Vamos a descansar, ¿vale? ¿Lucas ya se ha dormido?

—Sí.

Se estiró hasta el montón, apartó el resto de mochilas y cogió la suya antes de que nadie pudiera acercarse a ella. Aquella noche apenas hablamos.

Al día siguiente llegamos a Cuenca. Necesitábamos suministros, y encontramos un supermercado que estaba a rebosar de anémicos. De normal lo que hacíamos era esperar a que se marcharan, o hacer ruido en algún sitio para que se movieran. A veces funcionaba, a veces no.

En ningún momento les dije que a mí los anémicos no me atacaban. La verdad es que no me apetecía contárselo. Y en ese momento estaba harta. Enfadada con Andrea por cómo me había hablado la noche anterior, y no quería que ellos entraran antes que nosotros.

—Oye, Mari, Joel y yo vamos a limpiar este. Creo que he visto un bazar en la calle de arriba. ¿Por qué no vais vosotros ahí?

—¿Pero vais a poder entrar? —María miró hacia el escaparate—. Yo ahí veo muchos bichos de esos.

—Tranquila, nosotros nos apañamos.

Vi cómo sus ojos bailaban de un lado a otro durante medio segundo.

—Vale, ir con cuidao —aceptó, demasiado rápido para mi gusto.

Joel esperó a que los demás se alejaran unos metros para acercarse.

—Vas a entrar tú sola, ¿verdad?

—Claro —le sonreí de lado, guiñandole un ojo.

Esperé a que el grupo desapareciera calle arriba. Después respiré hondo y crucé la entrada. Los anémicos ni siquiera me olisquearon. Caminé entre ellos como si no existieran. Recogí las latas, conservas y frutos secos que quedaban, que eran pocos, y los fui metiendo en mi mochila. Solo lo que no cabía lo ponía en la bolsa para repartir.

—En ese momento estaba enfadada y fui un poco hija puta, la verdad.

—¿Solo un poco? —La teniente arquea una ceja.

Bueno… Cuando nos volvíamos a encontrar, les decía que solo quedaba eso y listo. Creo que al principio se lo creían, luego ya… Tampoco podía evitarlo. Era tal el hambre, que saqueaba hasta lo que estaba medio podrido. Joel era el único que lo sabía, era el encargado de vigilar la entrada de las tiendas y las mochilas cuando descansábamos.

—¿No volvisteis a ver ningún fase cuatro? —quiere saber la teniente.

—En ese momento no. También te digo, que al mínimo susurro que escuchaba de parte un anémico salía corriendo.

Así estuvimos, creo, dos o tres días más. En total, con ellos estuvimos una semana o semana y poco. Llegó un punto en que yo ya no pude más. Ni ellos tampoco. Y discutimos.

—Me lo imaginaba —suspira la teniente, apoyando la barbilla en la mano.

Encontramos un museo arqueológico abierto y decidimos pasar allí la noche. Me hizo gracia, la verdad, ver el esqueleto de mentira que tenían expuesto en la entrada, después de haber visto ya unos cuantos humanos reales por el camino.

Nada más cruzar la puerta tuve una sensación extraña. Lo normal era encontrar cadáveres despedazados, esqueletos o restos de personas medio devoradas. Allí no. Los cuerpos seguían enteros, arrugados. Con pequeñas heridas, como si algo les hubiese mordido... y después les hubiese vaciado por dentro. Igual que una bolsa de yogur líquido succionada. Además, apenas olía a sangre; aun así se me revolvió el estómago solo de verlos. Fue una escena muy perturbadora. Sin embargo, no nos hizo dar media vuelta.

Nos metimos en una de las salas, la más cerrada, que daba a la calle, así podíamos controlar bien esa zona. Abajo seguían deambulando decenas de anémicos. Ver una ciudad así siempre me recordaba lo mal que estaba el mundo. Por el campo aún podías olvidar el desastre durante unos minutos. Allí era imposible.

Me dejé caer contra una pared. Estaba agotada, tenía hambre y el dolor de cabeza no hacía más que empeorar. Solo quería descansar y que me dejaran tranquila.

—Oye, Eri. —Rubén se me acercó—. ¿Te encuentras bien?

—Sí. —Contesté con la vista en el suelo.

—Hoy hemos encontrado poca comida.

—Ya.

—No… no habrás encontrado algo más… y…

—No —le corté, alzando la cabeza.

Rubén miró de reojo a su hermana. María intervino enseguida.

—No pienses así, Rubén. Ella no es de esas. Seguro que todo lo que encuentran nos lo da para repartir. ¿Verdad, Eri?

—Por supuesto —lo dije muy seria, tal vez demasiado.

—¿Sí? —resopló Andrea—. Pues enséñanos tu mochila.

—No tengo por qué enseñaros nada.

—¿Ah, no? —cruzó los brazos con prepotencia—. Si no quieres enseñarla será porque Rubén tiene razón. ¿Nos estás ocultando comida?

Hizo el amago de tirar de mi mochila. La aparté antes de que pudiera tocarla. Con el impulso perdió el equilibrio y estuvo a punto de caerse sobre el arco.

—Qué exagerada eres. No os miento.

Andrea me fulminó con la mirada.

—¿Exagerada? Si encuentras algo, lo lógico es decírnoslo. Somos tus amigos.

—Ah. ¿Los mismos que han estado guardando comida sin que yo lo supiera? ¿Esos amigos?

—No sé de qué hablas, Erika. —Miguel frunció el ceño—. Nosotros no te hemos ocultado nada.

—¿Ah, no?

Todas las mochilas estaban en el suelo. Cogí una que no era la mía, le di la vuelta y la vacié ahí mismo. El estruendo de las latas engulló sus palabras.

—¿Y esto qué es? —Las fui removiendo con el pie—. Uy, mira, de mejillones. Uy, mira, esta de merluza. Qué extraño, ¿no? ¿Cómo han acabado ahí?

Se quedaron petrificados. Andrea intercambió una mirada con María, a la vez que Miguel se giró hacia su mochila.

—A ver qué encuentro en esta… —Me incliné para abrir otra.

—¡Espera! —exclamó María, alzando las manos—. Yo no... no sé qué hace eso ahí. No he… yo no he metido ninguna lata, os lo prometo. Todo lo que he encontrado lo he puesto para compartir, lo juro.

Los observé unos segundos. En aquel momento interpreté aquellas caras de desconcierto como puro teatro. Aunque parecían

genuinamente sorprendidos.

—Claro… —Solté una risa seca—. O sea que han aparecido por arte de magia en tu mochila. Seguro que en las otras también han usado el mismo hechizo.

María comenzó a respirar rápido, demasiado, supuse que tenía miedo de que le hubieran pillado.

—¿De qué nos estás acusando? —Andrea se cruzó de brazos, poniéndose en medio—. Si ella dice que no las ha metido, será que no lo ha hecho. Si ninguno lo hemos hecho… A lo mejor… a lo mejor ha sido Joel. Él está siempre con las mochilas.

Me quedé mirándola sin creerme lo que acababa de escuchar.

—No metas a los niños en esto. —Mi voz salió mucho más fría de lo que pretendía—. Ellos no tienen nada que ver.

—Erika, en serio. —Miguel se colocó delante de Andrea—. No sabemos cómo han llegado ahí.

—Últimamente estás muy rara —asintió Rubén con el ceño fruncido—. ¿Por qué no confías en nosotros? Te estamos diciendo la verdad.

—A las pruebas me remito. —Señalé las latas esparcidas por el suelo.

Rubén se agachó hacia su mochila, por la cara que puso imaginé que había más comida en la suya. Eso me lo terminó de confirmar. Antes de que pudiera decir algo, Andrea resopló con desprecio.

—¿Y qué si han ocultado comida? Tú no paras de comer. Seguro que has hecho lo mismo y te la has guardado para ti. Siempre has sido muy egoísta.

Tragué saliva. Noté cómo el corazón empezaba a golpearme con fuerza. Me gustaría decirte, teniente, que respiré hondo, me calmé y les dije que se fueran a la mierda mientras me marchaba con Joel y Lucas. Me encantaría decirte que pasó así. Pero no. No sé qué me dio.

—¿Tuviste una de tus lagunas?

—No. Bueno… casi. Fue… parecido. Esta vez recuerdo lo que pasó. Borroso, pero lo recuerdo.

Ortega abre la carpeta de Joel casi sin hacer ruido. Mientras me escucha, sus ojos recorren unas líneas escritas a mano.

Empujé a Andrea contra la pared. Puse la mano al lado de su cabeza, atrapándola ahí, para asustarla.

—Mira. —Le susurré al oído, con la voz más gélida que pude—. No quiero que una niñita de papá me dé órdenes. Sé perfectamente lo que debo o no hacer. ¿Eh? Estaríais muertos sin mí. Metidos en ese granero, ahogándoos en alcohol. Pero no, decidí ayudaros. Dios sabe que lo intenté. ¿Y vosotros queréis joderme?

La amenacé con algo chungo, pero no me acuerdo con qué. Ortega sigue leyendo la carpeta, por la cara que acaba de poner… no hace falta ser muy lista para imaginar qué bonito no fue.

Andrea empezó a hiperventilar, pegando la espalda a la pared. Me aparté y miré a los otros; temblaban, habían dado un paso atrás sin darse cuenta.

—Nuestro objetivo es llegar a Madrid. Y vamos a llegar todos, os guste o no. Si no queréis hacerlo a mi manera, desapareced de mi vista.

Nadie respondió. Entonces vi el rostro asustado de Joel. En cuanto nuestras miradas se cruzaron sentí como si me despertara de golpe. ¿Qué estaba haciendo?

Aparté la vista. Sin decir palabra me di media vuelta y salí de la sala. Entré en los baños del museo dando un portazo y me acerqué al lavabo por inercia. Apoyé ambas manos sobre la porcelana y levanté despacio la cabeza hacia el espejo.

Por un instante… no me reconocí. La piel era blanca, los labios grises, los ojos… Parecía… parecía… Al parpadear, solo estaba yo, normal.

—¿Estás bien, Erika? —Joel golpeó la puerta.

—Eri. Eri. *¿Tá bien?* —repitió Lucas, imitando a su hermano.

—Tranquilos... —respondí intentando que mi voz sonara neutral—. Estoy bien, Joel. Ya salgo.

Me encerré en aquel baño durante varios minutos. No quería salir. Apoyé la espalda contra la puerta y me dejé caer hasta quedarme sentada en el suelo. Era incapaz de respirar despacio.

Fue como... como si de repente todo estuviese demasiado cerca. Olía a polvo, a moho, a lejía, a un montón de cosas. Podía escuchar los pasos de los anémicos que había fuera. Escuchaba cómo golpeaban las ventanas. Era demasiado. Todo era demasiado fuerte. No podía concentrarme. Me dolía la cabeza. Tenía hambre. Me costaba respirar...

—Erika… Has sido un poco dura con ellos —dijo Joel desde el otro lado—. Pero creo que alguien tenía que ponerlos en su sitio. Son muy... niños.

No pude evitar una pequeña sonrisa. Un crío de trece años diciendo eso de cuatro adultos.

—Siempre se están quejando. Siempre discuten. Siempre hacen ruido. Más de una vez casi nos matan por su culpa. Son un lastre.

Lucas soltó una risita. Oí cómo Joel le hacía cosquillas un momento antes de seguir hablando.

—Yo sé que haces lo que puedes, y te agradezco mucho que nos protejas a Lucas y a mí. Pero… Si de verdad somos una carga para ti...

Abrí la puerta de golpe antes de que terminara la frase. Joel estaba apoyado en ella. Se echó hacia delante tan rápido que estuvo a punto de caerse encima de su hermano.

—Joel. —Me agaché delante de él—. Tú no tienes la culpa de nada.

—Pero...

—Ni tú. Ni Lucas. —Miré al pequeño, que nos observaba sin entender nada—. Solo sois víctimas. ¿Entendido?

Joel me miró fijamente y terminó asintiendo.

—No vuelvas a pensar eso. Si ellos no quieren entenderlo… nos iremos.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Joel, creo que fue la primera que le vi.

—Vamos con el resto.

Caminamos juntos por el pasillo del museo pensando en cómo pedirles perdón. A lo mejor aquello tenía una explicación. Había perdido los nervios. Ellos también se habían equivocado, pero yo había ido demasiado lejos.

—Chicos... —empecé a decir—. Sé que antes os he hablado un poco mal y...

La sala estaba vacía. No había nadie. Todas las mochilas y el arco habían desaparecido. Sentí cómo el estómago se me encogía de golpe. Se habían ido.

Capítulo 17: Ya no habrá una próxima acampada.

No estaban las mochilas, ni el arco, no había nada. Se lo habían llevado todo. No sabía si reír o llorar.

—Nos han robado. —Joel ya estaba mirando hacia la puerta, con Lucas apretado contra el pecho—. ¿Ahora qué hacemos? ¡Tenemos que ir a por ellos!

Hizo el amago de salir corriendo. Le cogí del brazo.

—No. Espera. —Miré por la ventana. Estaba anocheciendo—. Fuera está infectado de anémicos. No se van a atrever a salir. Seguirán dentro del museo.

Me sorprendió lo tranquila que estaba en ese momento. Supongo que todavía no me creía que mis amigos me habían traicionado así, sin más. O porque en el fondo quería pensar que simplemente se habían agobiado y que me estaban gastando algún tipo de broma pesada.

—Si siguen en el edificio —Joel volvió a observar el pasillo—, lo mejor sería cerrar la entrada, para que no puedan salir. Y buscarlos.

—Sí. Vamos a hacer eso. Tú ciérrala. Yo voy a buscarlos. Nos vemos en la entrada.

—No, no, no. Mejor los buscamos juntos.

—No. Quédate tú con Lucas. Iré yo. —Ya me estaba dando la vuelta—. Soy yo la que ha discutido con ellos. Así que seré yo la que lo arregle.

Noté que Joel no estaba nada convencido. Hizo el gesto de cogerme del brazo para pararme, pero, para cuando quiso reaccionar, yo ya iba hacia las escaleras.

—Dos de dos, ¿eh? —comenta la teniente, sin levantar la vista de sus notas.

Suelto una risa amarga. Creo que debería saltarme esta parte.

—Sí. Bueno. Puede que peque de confiada, es verdad. Pero no me esperaba que tomaran esa decisión, de repente. Y menos sabiendo que no iban a poder llegar muy lejos.

El museo tenía tres plantas. Subí por las escaleras revisando cada sala que encontraba. Exposiciones vacías, vitrinas rotas, restos de cerámica esparcidos por el suelo. El eco de mis propios pasos era el único sonido que me acompañaba. O eso creía.

Cuando llegué a la segunda planta algo me detuvo en seco. Un ruido crujiente, húmedo e irregular. Similar al sonido de una sandía recién abierta. Una punzada de alivio me atravesó el pecho. Di media vuelta con intención de bajar a avisar a Joel. Pero algo, no sé el qué, me dijo que no lo hiciera.

Al acercarme a la sala de donde provenía el ruido, me llegó un olor denso y metálico. Mi estómago se contrajo. Todo el enfado que llevaba acumulando desapareció de golpe. Solo podía pensar en una cosa. Que no les haya pasado nada. Recordé todos los cadáveres que habíamos encontrado al entrar en el museo. ¿Y si habían muerto huyendo de algo? ¿Y si lo que los había matado seguía allí?

Corrí hacia la sala. Lo que vi confirmó la peor de mis pesadillas. Las paredes estaban salpicadas de sangre. Los tapices colgados de los muros aparecían desgarrados y ennegrecidos por enormes manchas oscuras. Varias vitrinas quedaron hechas añicos sobre el mármol. Entre los cristales distinguí las mochilas y…

Andrea… yacía en el suelo, inmóvil, junto a… Mari. Dios, pobre Mari. Ambas estaban igual que los cadáveres de la entrada. Arrugadas, con pequeñas heridas en el cuello. Entonces vi a Miguel. O, mejor dicho… Vi quién lo sostenía.

En el centro de la sala había una figura de pie. Una mujer, alta, esbelta con un mono verde demasiado elegante para la ocasión. Su piel era tan pálida que parecía confundirse en la penumbra. Sujetaba

a Miguel por el cuello con una sola mano mientras hundía sus dientes en la herida abierta de su garganta. Él apenas se movía.

Al terminar, lo soltó. Su espalda atravesó una vitrina con un estruendo seco antes de desplomarse entre una lluvia de cristales. El corazón empezó a golpearme con tanta fuerza que casi podía oírlo. Mi respiración se volvió corta.

Mi vista viajó desesperada por la sala buscando mi arco. Estaba detrás de aquella cosa. Vi una de las flechas, la más cercana, tirada entre los cristales. Me lancé hacia ella y la agarré con tanta fuerza que me clavé la punta en la palma.

—¿De verdad crees que eso va a servirte de algo? —habló con una tranquilidad que resultaba mucho más aterradora que cualquier gruñido—. Eso no me va a hacer nada.

—¿Pu-puedes... hablar?

Una sonrisa calmada apareció en su rostro manchado.

—Puedo hacer mucho más que eso. —Dio un paso hacia mí.

—¿Qué-qué? —Retrocedí por puro reflejo. La flecha me temblaba entre las manos.

No podía apartar la vista de aquella mujer, acababa de exprimir a Miguel igual que a una naranja. Antes de poder reaccionar, escuché una tos. Al girar la cabeza, vi a Rubén abrir un ojo, seguía respirando.

—E… Erika... huye…

La mujer siguió mi mirada. Se volvió hacia él con cierta curiosidad.

—Vaya…

Se acercó caminando con absoluta tranquilidad y le dio una patada en el costado. Rubén salió despedido varios metros, quedando inconsciente.

—Bueno… —comentó encogiéndose de hombros—. Ya me lo terminaré luego.

—¿Qué les has hecho a mis amigos? —Se me quebró la voz—. ¿Los… Los has matado?

La mujer me observó con auténtica extrañeza.

—Pues claro. Tenía hambre, aunque estaban desnutridos —Ladeó la cabeza—. Ah. ¿Eran tus presas? Ay, perdona, querida. No sabía que había más de los nuestros por aquí.

—¿Qué?

—¿No? Espera... ¿De verdad eran amigos tuyos?

Asentí sin dejar de apuntarla con aquella miserable flecha.

—Entonces les he hecho un favor —suspiró, limpiándose las manos—. Si tienen suerte, revivirán.

—¿A qué se refería con revivir? —me corta la teniente.

—Ni idea. No podía procesar ni una palabra de lo que decía.

Siguió acercándose, despacio.

—No. Para. ¡Aléjate de mí!

Ella frunció el ceño, poniendo cara de lástima.

—Qué mala eres conmigo, si no te he hecho nada.

Noté cómo la rabia empezaba a abrirse paso entre el miedo.

—¡Has matado a mis amigos!

—No te alteres por eso. —Su voz sonaba maternal—. Esto solo es un proceso. Un paso intermedio hacia algo más grande. Tú no tienes por qué preocuparte, querida.

Pasó justo a mi lado. Yo no me moví. No podía. Estaba paralizada, con la flecha todavía apretada en el puño, sin saber qué hacer con ella. Me puso la mano en el hombro al pasar, un gesto casi cariñoso.

—Nos vemos en Tarancón —sonrió, girándose hacia la puerta—. No llegues tarde a la reunión. *Agur.*

Entonces até cabos. Joel estaba en la entrada. No podía dejar que esa cosa saliera de ahí. Giré sobre mis talones. Con todas mis fuerzas hundí la flecha en su espalda.

La mujer soltó un grito agudo. Aproveché ese instante para echar a correr. Agarré el arco del suelo. Cogí las flechas que quedaban esparcidas por el suelo, tensé la cuerda y la apunté.

—¿Pero qué haces? —Se giró hacia mí con un gesto de desconcierto—. ¿Por qué me atacas?

—No creas que te vas a ir de rositas.

La mujer dejó escapar un largo suspiro.

—Insisto… No deberías preocuparte tanto por ellos. No están muertos. Solo están…

—¡Están muertos! —chillé entre lágrimas—. ¡Los has asesinado!

—Veo que no lo comprendes. Esteban no te ha explicado nada, ¿verdad?

Debí de poner cara de no saber quién era ese tal Esteban, porque volvió a suspirar.

—Ah. Entiendo. Es eso. Tú no eres de los nuestros. Eres… una solitaria. —Frunció el ceño y empezó a olfatear el aire—. No. Tu olor es… diferente. ¿Qué eres?

—Soy humana. —Me temblaba la voz—. Una humana normal.

—No. —Sentí un escalofrío recorrerme la espalda al ver aquella sonrisa—. Interesante. No sé que eres… Vente conmigo. Seguro que a Esteban le encantaras.

—Ni de coña. A mí no me vas a llevar, ni con ese ni con nadie.

Solté la cuerda. La fecha pasó rozándole la mejilla y se estrelló contra una vitrina al fondo del pasillo. Ella dio dos pasos rápidos

hacia mí. Cogí las cuatro flechas que me quedaban cerca y empecé a dispararlas, una detrás de otra, sin apenas apuntar. Por suerte, la tercera se le clavó en el hombro.

—Me estás empezando a cabrear. Y no te gustaría verme enfadada.

Se abalanzó sobre mí. Me lancé hacia un lado justo a tiempo, esquivándola. Aproveché el movimiento para clavarle otra flecha en la espalda mientras corría hacia la última que quedaba en el suelo. Cuando ella terminó de arrancárselas, yo ya estaba frente a ella. Acerté entre ceja y ceja.

Las dos nos quedamos inmóviles. Ella parpadeó y se llevó una mano a la frente, sacando la flecha con calma.

—¡Joder! Para una que acierto.

La mujer soltó una risita, limpiándose la frente con los dedos. Apenas salía sangre.

—Sé que ahora mismo nos tienes miedo. Por eso voy a pasar por alto esta… insolencia. —Me tendió una mano—. Ven conmigo. Cuando conozcas la verdad...

—No. Antes muerta que irme con una asesina —solté, agarrando el arco igual que un bate.

—Qué lástima. —Sus ojos cristalinos perdieron toda calidez.

Huí hacia la puerta. Ella era mucho más rápida que yo. Ni siquiera la vi moverse.

—Ah, ah, ah. —Movió un dedo delante de mi cara, cortándome el paso—. Tú de aquí no sales, ratoncita.

Retrocedí. Sabía que no podía vencerla, así que intenté tantearla o engañarla, lo suficiente como para abrir una brecha en su defensa y escapar. Qué ingenua fui. Daba igual lo que planease, ella siempre se interponía con aquella sonrisa burlona. No me atacaba, quería que me cansara.

En uno de esos esquives, ella me interceptó. Sentí sus uñas atravesarme el abdomen, un dolor limpio y ardiente que me dobló por la mitad. La sangre me empezó a empapar la ropa al instante.

—¿Ves? —Lamió mi sangre de sus dedos—. Ya te estás curando. Acéptalo y ven.

—No —jadeé, sintiendo cómo la piel perforada tiraba de sí misma.

Me di cuenta de que no tenía nada que hacer; estaba atrapada. Entonces vi los enormes tapices medievales. Sin pensarlo, esperé a que se acercara, los agarré y tiré con todas mis fuerzas.

El tapiz se descolgó junto con los soportes, golpeando la pesada estela funeraria de piedra de al lado. Todo ocurrió en apenas un segundo. La piedra tambaleó. Aquella mujer apenas tuvo tiempo de levantar la cabeza antes de que la estela se desplomara sobre ella. El estruendo del impacto hizo temblar toda la sala, levantando una nube de polvo.

Las tornas cambiaron a mi favor. Verla en el suelo, con el torso atrapado por la pesada estela de piedra, encendió en mí una furia ciega, un instinto salvaje de cazador. Ya no era su presa; ahora ella era la mía.

Recogí las flechas del suelo. Me abalancé sobre ella. Agarré la primera pegada a la punta de acero y, con una fuerza sobrehumana que me quemaba las venas, se la clavé en un ojo. El metal perforó la cuenca y crujió contra el fondo del cráneo.

—*¡Alu halakoa!* ¿Cómo te atreves? —chilló ella, retorciéndose bajo la estela.

Repetí el proceso en el otro ojo sin piedad. Ese ser gritó, insultándome en euskera, mientras hundía en su cuello una tercera flecha. El tubo de aluminio se doblaba y me cortaba las manos con cada impacto, pero seguí golpeando, *chas, chas, chas*. Machacaba la carne y las vértebras, con las manos temblando, hasta que dejó de hablar, hasta que dejó de moverse, hasta que ya no quedaba nada que clavar.

La teniente lleva un rato callada. Hace una mueca de auténtico asco, pero no comenta nada, extraño. Sabía que no debía contar esta parte, me van a meter presa o algo peor. Pero el espectáculo debe continuar.

Hay muchas cosas de ese momento que apenas recuerdo. Ya no sabía si era yo la que lo estaba haciendo o si estaba viéndolo desde fuera. Lo único que sé con certeza es que, cuando terminé, solo sentía una cosa. Hambre.

Escuché un cristal crujir. Rubén estaba despierto de nuevo. Mi alegría fue tal que corrí hacia él sin pensar en nada más.

—¡Rubén! —Me arrodillé a su lado—. ¡Rubén! ¿Estás bien?

Él tardó unos segundos en enfocar la vista. Recorrió la sala con la mirada, su expresión cambió por completo al verme. Retrocedió, clavandose los cristales rotos en las palmas.

—N-no…

Vi miedo en sus ojos, un terror profundo que… que no supe gestionar. Yo no… Tanteó el suelo a su alrededor sin apartar la vista de mí, agarrando una de las mochilas. Luego se levantó tambaleándose.

—¡No te acerques! —Balanceó la mochila.

Mis lágrimas empezaron a caer sin control.

—Escúchame… Yo…

—¡Eres un monstruo! ¿Cómo… cómo has…? Aléjate, tú… tú no puedes ser Erika no… no puedes…

—No es lo que parece, os… os he salvado.

—Los has matado… han… han muerto por tu culpa.

Tras eso salió corriendo por la puerta. No fui detrás de él, ni siquiera era capaz de moverme. Bajé la vista. Mis manos estaban bañadas en sangre, goteando sobre los cadáveres de mis amigos. Al

verlos, recordé aquellos días jugando en el cole, estudiando en bachiller y riendo en la uni. Mari… Miguel… Andrea… ya no…

—Perdón teniente, es solo que… —Intento secarme las lágrimas, no tendría que haber contado esto. Lo tengo demasiado reciente.

—No te preocupes, continúa cuando puedas. —Me da un pañuelo, el paquete se está acabando. Si no me encierra, le compraré un par.

—Me quedé allí mirando sus… hasta que llegó Joel. Después ya nos fuimos.

—A ver… —Ortega señala la carpeta azul—. Según esto, Joel se cruzó con Rubén a la salida.

—¿Ah, sí?

—Como bien dices, él estaba en la entrada, cerrando el acceso, cuando escuchó ruidos y se asustó. Empezó a subir por las escaleras a buscarte.

—Ese crío no me hace caso ni aunque se lo pida bien.

—Se cruzó con Rubén en las escaleras. Chocaron. Rubén balbuceó algo sobre que estabas loca y siguió corriendo, sin más explicación. Se le cayó la mochila en el choque y no la recogió. Joel la cogió y siguió subiendo, preocupado por ti, con Lucas en brazos. Cuando llegó arriba... Erika, no sé si debería leerte esto.

—¿Por qué no? A ver, solo estaba llorando, ¿no?

—Bueno... —Carraspea—. «Vi a Erika de espaldas, junto a una de las mochilas. Le pregunté si estaba bien y qué había pasado. Cuando vi a todos los demás en el suelo, me asusté. No quise molestarla, pero me acerqué y le toqué el hombro. Se giró. Estaba llorando, y al mismo tiempo se estaba comiendo las latas, con las manos ensangrentadas, con ansia. Daba igual cuánto le hablara, no me respondía. Revisé las demás mochilas. Ya no quedaba nada. Se lo había comido todo». Por lo que cuenta Joel, estuviste así toda la noche, hasta que te calmaste, y a la mañana siguiente salisteis del museo.

Me quedo callada mirando un punto fijo de la pared.

—Por lo menos esta vez... —empieza a decir Ortega.

—No. No es eso lo que estoy pensando.

Levanto despacio la cabeza para mirarla a los ojos.

—Esa mujer... Habló de una reunión. Y de alguien llamado Esteban. Ella no era como los otros. Era consciente de lo que hacía. Eso no… no puede existir… ¿Verdad, teniente? Me lo imaginé. Joel no dice nada sobre eso, ¿no? Seguro que fue una alucinación… debe de serlo. —¿Por qué me río?—. Me estoy volviendo loca.

La teniente cierra la carpeta despacio.

—Puede ser. Pero la verdad, Erika, es que tengo algo que contarte.

Capítulo 18: Cada día once personas se despiden.

La teniente se queda mirándome durante unos segundos. Ambas permanecemos en silencio. Todavía estoy esperando eso que quiere contarme. *¡PUM!* Las dos giramos la cabeza al mismo tiempo hacia el enorme cristal de la pared.

—Ahora vuelvo —suspira Ortega, y se levanta con las carpetas.

¿Eh? ¿Me va a dejar sola? No creo, ¿no? Se está yendo. ¿Por qué te vas? La sigo con la mirada mientras abre la puerta y desaparece por el pasillo. Qué tía, me ha *deixat* sola. ¿Y ahora qué hago? ¿Me pongo a contar las manchas de humedad? Bueno, ya volverá… ¿verdad?

Oye, ya lleva un rato fuera. ¿No era ella la que tenía prisa? A ver si le ha pasado algo. Mierda, me está dando el temblor de la pierna otra vez, además de un bocata debería pedir un par de ansiolíticos. Pues jugueteo con su boli, hala. Si no se hubiera llevado las carpetas, ahora podría cotillear a Joel, jo.

Esto no es normal. ¿Cuánto lleva ya? ¿Una hora? A lo mejor… puedo escucharla. Si me concentro, como me enseñó Gabriel… Así me entero de qué está pasando.

Cierro los ojos. Intento ignorar el zumbido de las luces, mis tics, el roce de las esposas. Poco a poco empiezan a aparecer sonidos. Reconozco la voz de la teniente. Otra, más aguda… Julia. Y una tercera.

—...confesión... suficiente... prueba... —No reconozco esa voz, es un hombre. ¿Quién será?— ...es... un... fase cinco.

¿Fase cinco? ¿Hablan de mí? ¿En serio piensan que tengo algo que ver? Ya está, presa. Si es que lo veía venir.

—Como... bien ha dicho Erika... la otra... también se sorprendió... ocurrido —contesta la teniente— ...eso significa... que son

diferentes... y puede ser... útil para la investigación.

—¡¿Desde cuándo... defiendes... a una asesina?! —grita el hombre. Ah, entonces no hablan de mí.

—Laura... tú sabes... que lo que dice... puede no ser verdad —le recuerda Julia—. Joel confirma... lo de... los amigos... pero también sabes que...

—Lo sé. —Uy, le ha cortado la teniente—. Puede que tengáis razón y que la chica de ahí dentro sea un monstruo. —¿Yo? Si soy un cielo—. Pero lo que yo creo es que es una chiquilla con una enfermedad que le está afectando a la mente. Y, al menos, está siendo sincera. No como otros. —Aquí hay chisme, eso último ha sonado a reproche.

—No teníamos otra opción —replica el hombre—. Ya habían perdido su humanidad.

¿Quiénes? ¿Tienen a más gente siendo interrogada? No me digas que se los han cargado y yo soy la siguiente. No, eh. Si me van a matar exijo una última comida en un buffet, qué menos.

—Ella es mi problema. —Ese tono tan calmado me da escalofríos —. Tiene más información de la que cree. Y nos será útil.

—¿Estás segura, Laura? —La voz de Julia suena preocupada.

—Sí. Confiad en mí.

Oh, se acerca. Menos mal. Abro los ojos justo cuando el pomo empieza a girar. Vuelvo a dejar el bolígrafo exactamente donde estaba y apoyo las manos sobre la mesa.

La teniente entra con la misma expresión seria de siempre. La observo unos segundos. Curioso. Hace apenas unas horas estabas convencida de que yo era una psicópata infiltrada. Ahora resulta que me defiendes. Interesante. No sé si eres muy valiente… o estás tan loca como yo.

—Por fin vuelves. ¿Sabes lo aburrida que he estado?

Se sienta enfrente de mí y, nada más dejarlas en la mesa, abre mi carpeta.

—Solo he salido veinte minutos. —Está mirando algo en la carpeta de Joel—. Vamos a seguir.

—¿Qué era lo que me teníais que decir? —le suelto, sin poder aguantarme—. ¿De qué habéis hablado ahí fuera?

Me mira un momento antes de volver a las carpetas.

—Continúa.

—Ortega. Dime lo que me quieres contar. ¿Qué es lo que no sé?

Durante unos segundos no responde. Me observa. Después dirige la mirada hacia el cristal. Vuelve a mí. Parece debatirse entre callárselo o hablar.

—Puede que no estés loca —suspira, cogiendo el boli.

—¿Por qué lo dices?

Se frota el puente de la nariz con sus dedos. Si no me lo quiere contar… ¿por qué insiste?

—Casi al principio de levantar esta zona segura llegó una mujer desde un pueblo cercano. Estaba... muy afectada psicológicamente. Había sobrevivido sola varios días y apenas era capaz de construir una frase seguida. Decía cosas incoherentes. Que los anémicos la perseguían. Que habían matado a su marido. Que… los había escuchado hablar.

—¿Un caníbal?

—Según contó, el ser con el que se encontró era un hombre. Se había perdido. Ella y su marido confiaron en él. Cuando supo la ruta hasta Madrid… devoró a su marido enfrente de ella.

Se queda callada un segundo, mantiene la vista fija en la mesa.

—La mujer pudo escapar. Corrió hasta que salió el sol, y esa cosa dejó de seguirla. Llegó al refugio diciendo cosas que no tenían

sentido. Nadie la creyó. Se asumió que se acababa de infectar y ellos no lo detectaron a tiempo. Sin embargo, ella lo negó. Decía que ese hombre sabía lo que hacía. Mientras se comía a su marido, la miraba a ella. Sentía que le decía: «Tú eres la siguiente».

—Y pasasteis de ella, ¿verdad?

—El comandante consideró que podía ser un caso aislado. Estrés, trauma, una crisis nerviosa. Después llegaron los informes de la fase cuatro, seres capaces de recuperar parte de la razón. Y luego… apareciste tú. ¿Casualidad?

—Yo no soy una de ellos. —Se me acelera el pulso—. Yo no soy… un monstruo.

—Puede que sí. Puede que no. Eso es lo que quiero averiguar. —Cierra la carpeta un momento—. Así que continúa. Salisteis del museo, ¿no?

—Eh… sí. —Me apoyo en el respaldo de la silla.

Tras eso yo… no era capaz de… pensar o gestionar lo que estaba sintiendo. Mis ojos no podían apartarse de los… Joel se encargó de todo. Creo que todavía quedaba algo de comida dentro de la mochila de Rubén y la pasó a la mía. Dejamos el arco junto con las flechas rotas y nos marchamos.

Al salir, la puerta del museo estaba abierta. Supuse que Rubén había conseguido escapar. Aunque... Ahora que lo pienso... Si Rubén consiguió escapar… pero ese monstruo llegó a atacarlo... a lo mejor él también… No, no debería pensar en eso. Seguro que está… bien…

Salimos de Cuenca ese mismo día. Admito que mis amigos a veces me sacaban de quicio. Teníamos nuestras diferencias, sí, discutíamos mucho, por supuesto, pero… eran mis amigos. Los únicos.

Mari, Rubén y yo éramos amigos desde siempre, nuestros padres eran socios. En el cole Mari se ligó a Miguel y fuimos inseparables. Tras cortar, en bachiller, se unió Andrea. Después de la universidad

nos distanciamos, por eso insistí tanto en esa acampada, por eso me dolió tanto que me dejaran, por eso…

Pasé todo el camino siguiendo a Joel igual que una *Roomba* a la suciedad. Solo existía, no tenía ni fuerzas ni ganas para seguir.

—Teniente, ¿sabes cuántas personas se suicidan al día en España?

—Pues no, la verdad —contesta, sorprendida.

—La última vez que lo miré eran once. No sé si habrá subido con todo esto que está pasando, supongo que sí. Once personitas al día deciden que ya no quieren seguir. —La miro a los ojos—. Ese día… yo iba a ser la número doce.

Ortega permanece callada. Se nota que quiere decirme algo, tal vez consolarme. No necesito tu consuelo. Eso no me devolverá a mis padres, ni a mis amigos, ni mi vida.

—Tranquila, teniente. No era la primera vez que tenía ese pensamiento. —Se me escapa una risa baja—. Ni será la última.

Ahora bien, no sé si era por el atracón sobre fiambres o por la adrenalina del momento, que después de aquello empecé a encontrarme mejor. Ya no estaba tan mareada, ni famélica. Así que no me descuadra lo que dice Joel. Es importante comer bien, eh.

Pasamos así un par de días. Nos faltaba poco más de una semana para llegar a Madrid. Supongo que al estar tan cerca, me fui animando. Pero seamos realistas, en ese punto yo estaba pensando en dejar a los niños ahí y marcharme.

—¿Y eso?

—Después de lo del museo no podía quitarme una idea de la cabeza. —Me llevo la mano a la pierna, a ver si así deja de moverse —. Ese monstruo me… reconoció.

Hasta ese momento nunca me lo había planteado. Bueno... sí, había cosas raras. Dejando lo del tema del hambre, las heridas se me cerraban demasiado rápido. Había cargado con Lucas y con esa

mochila que pesaba un huevo durante todo el camino, casi sin esfuerzo. Estaba tan obsesionada con llegar a Madrid que ni siquiera me paré a pensar en ello. ¿Estoy enferma? ¿Sigo siendo yo? No podía evitar escuchar esas preguntas rondándome la cabeza. Ni dejar de pensar que era un peligro para los chiquillos. Pero obviamente es solo mi mente dando por culo. Yo estoy más sana que un roble, ¿verdad?

—No sabría decirte.

—Tienes ganas de asustarme, eh. Podrías ser un poco como Joel, no se cansó de intentar animarme. ¿De qué le sirvió? No puedes ayudar a quien no quiere que lo ayuden. Al menos… tú eres más sincera que él.

Cambiando de tema, en algún punto del camino reconocí un olor, uno muy familiar, uno imposible de ignorar. Una mezcla de sudor, olivo y traición. En cuanto lo noté, sentí una rabia que me hizo temblar y eché a correr hacia donde provenía.

Ahí estaba. Agachado en el suelo. La ropa estaba desgastada por semanas de viaje, pero seguía teniendo esa expresión tranquila que tanto me había desconcertado la primera vez que nos conocimos.

Al escuchar mis pasos levantó la cabeza. Sus ojos verdes se abrieron de par en par.

—...¿Erika? No-no puede ser... —Se incorporó de golpe con una sonrisa—. Erika… yo…

No le dejé terminar. Cerré el puño y le estampé un puñetazo en toda la cara.

Capítulo 19: Piensa el ladrón que todos son de su condición.

—Qué manera más pacífica de saludar. —La teniente arquea una ceja.

—Pues si solo le hubiese dado uno...

Los puñetazos me salían solos, uno detrás de otro, descargando semanas de rabia acumulada.

—¡Para! ¡Erika, para! —suplicó Gabriel mientras intentaba cubrirse la cara con los antebrazos—. *¡Per favor, para! ¡Escolta'm!*

—¡Tú, maldito ladrón de coches! —le aparté los brazos—. No pienso parar.

Le estampé otro puñetazo en la nariz, en el hombro, daba igual. Él se defendió, me empujó y caí al suelo. Eso nos sorprendió a los dos: a Joel, porque no se imaginaba que aún tuviera fuerza suficiente para tumbar a un tío de casi metro ochenta; y a mí, porque no esperaba que se liberara tan pronto.

Gabriel se incorporó despacio, se limpió la sangre del labio con el dorso de la mano y volvió a recogerse el moño que yo le había deshecho. Había perdido ese bronceado tan sexy que tenía, ahora podía competir conmigo para ver quién de los dos parecía más un fantasma, y sus ojos apenas dejaban entrever ese verde puro de antes.

—Che, estás loca, *dóna.* Te he dicho que pararas. —Esperé a que recuperara el aliento—. Sé que estarás enfadada conmigo.

—No sabes cuánto.

—Pero tienes que entender, yo…

—¿Este es el tío que te robó el coche? —interrumpió Joel, mirándolo con desconfianza.

—Sí. Gabriel, Joel. Joel, el *fill de puta* de Gabriel.

—No te lo tomes así —él levantó las manos—. Sé que te hice una putada, pero...

—¿Una putada? —Lo corté enseguida—. Una putada es que te baje la regla el día que te tienen que sacar una muela. Lo que tú hiciste fue condenarme a muerte. ¿Qué esperabas que pasara, eh? No solo te llevaste mi coche. Te llevaste los suministros, las herramientas... ¡Hasta mi buena suerte!

—*No era la meua intenció* perjudicarte.

—¿Me lo dices en serio? —Volví a acercarme, con el puño ya medio cerrado otra vez—. ¿Te parece normal lo que hiciste? Te ayudé. Te di comida, te di refugio. Y mira cómo me lo pagaste.

—Espera. —Joel se metió entre los dos—. Vamos a calmarnos. Erika... respira.

Inspiré hondo. Me contuve, aunque me costó más de lo que me gustaría admitir.

—Gracias, chaval. Por lo menos el crío tiene dos dedos de frente.

—Tú ni me hables —le espetó Joel, sin ninguna intención de ser amable.

—¿Y ahora qué he *fet*?

Tuve que contener una sonrisa.

—Está bien… —Suspiré—. Al final, ¿qué? ¿Conseguiste ver a tus padres? Me imagino que por eso me robaste el coche, ¿no? ¿O era mentira?

La expresión de Gabriel cambió por completo. Toda la tranquilidad desapareció de su cara.

—Sí... llegué. —Bajó la mirada.

—Ah, bien. ¿Y… dónde están?

Se quedó callado, por lo que deduje el resto.

—Vale… ¿Y qué haces aquí?

—Voy hacia Tarancón.

Un viento helado me recorrió la espalda al oír ese nombre.

—¿Po-por qué vas hacia allá?

—De ahí quiero bajar a Madrid.

—Eso es muy sospechoso —comenta Ortega, cortándome—. ¿Por qué justo tenía que ser ese pueblo?

—Sí. A mí también me lo pareció.

—¿Vas al refugio de Madrid? —le pregunté a Gabriel.

—Eh… Sí, sí. Claro. Por eso voy.

—Guay… —entrecerré los ojos—. Nosotros también nos dirigimos hacia allí.

—¿Cómo? —La sonrisa de Gabriel se desvaneció—. No... quiero decir... ¿por qué vais a Madrid?

—Porque hay un refugio. ¿No es obvio?

—Ya... claro... sí… —Se rascó la nuca—. ¿Y qué ruta vais a seguir?

—Por Chinchón.

—Ah, menos mal. —Soltó un evidente suspiro de alivio—. Bueno, pero ¿por qué tiene que ser Madrid? A lo mejor podríamos ir a otro refugio.

—¿Podríamos? —repitió Joel, con retintín.

—Bueno... vosotros...

—A ver —le corté—. Nosotros vamos a ir a Madrid. Tú haz lo que quieras. Pero preferiría no volver a verte en mi vida. Por cierto... ¿y mi coche?

—Se perdió.

—¿Cómo que se perdió?

—Es… una historia un poco larga.

—¿Me estás diciendo que mi cochecito, el que estuve años ahorrando para comprarme, está… perdido?

—Sí…

—Yo a este me lo cargo —murmuré, avanzando con ambos puños cerrados.

—No, tranquila, Erika, tranquila. —Joel se puso otra vez en medio, con una mano en mi brazo—. Nosotros podemos seguir nuestro camino. Deja que ese también se pierda.

—¿Ese? —Gabriel frunció el ceño—. ¿Y este mocoso de qué va?

—Tienes razón —respiré hondo, dándome la vuelta—. Nos vamos.

Apenas habíamos dado tres pasos cuando Gabriel volvió a hablar.

—No, no, no, esperad. —Corrió detrás de nosotros—. ¿Pu-puedo ir con vosotros?

—Anda que tienes cara. —Me giré hacia él—. Después de robarme, ¿quieres venir con nosotros? ¿Qué pasa? ¿Quieres sacarme algo más? —Señalé mi mochila—. No tenemos comida. Así que poco vas a poder robarnos.

—No, Erika, *redéu,* no es eso. Yo no quería... —Se pasó una mano por la cara—. Déjame compensártelo. Os… os puedo llevar a Madrid. Conozco el camino. He estado varias veces por la zona, tengo familia cerca de Chinchón. *¿Per favor*?

Joel negó con la cabeza. Bajé la vista a Lucas. Él me devolvió una mirada de no tener ni idea de qué estaba pasando. Volví a mirar a Gabriel, malditos eran aquellos ojos.

—Venga, va. Vale. Vente —suspiré.

—¿Qué? —protestó Joel—. ¿Por qué tenemos que viajar con un criminal?

—Porque, aunque sea idiota, sigue siendo una persona, y no quiero cargar con otra muerte en la conciencia. Además… —sonreí con malicia—, nos servirá de cebo si nos persiguen.

—Oh, gracias… Espera, ¿qué?

Y así fue como Gabriel se unió a la partida, otra vez.

—Qué bien tratas a la gente que te roba —dice la teniente, con media sonrisa.

—Podría haberlo dejado ahí tirado, la verdad. Pero no sé. Me dio penita. Estaba solo, hecho polvo, sucio... A veces pienso que soy demasiado buena.

—O demasiado ingenua. —Soltó una risa por la nariz.

—También.

Estuvimos con él tres días. Casi hasta llegar a Madrid. Durante todo el camino, daba igual que estuviéramos saqueando un súper, descansando en una gasolinera o caminando por una carretera desierta. Siempre me sacaba el mismo tema.

—Erika, deberías replantearte lo de Madrid.

—Otra vez… —Solté un suspiro.

—Hay otras opciones. Toledo, por ejemplo. O cualquier otra capital. No tiene por qué ser Madrid.

—Qué manía tienes. —Me giré hacia él—. ¿Qué pasa? ¿Por qué no quieres que vayamos?

—Es que... seguro que también la han atacado. —Evitó mirarme —. O, si todavía no lo han hecho, será la siguiente.

—¿Por qué dices eso? —Joel frunció el ceño.

Gabriel comenzó a sudar, a mover mucho las manos y seguía sin dirigirme la mirada.

—Por… estadística, ¿no? Lo último que supe es que habían ido a por Barcelona. Si siguen avanzando, tarde o temprano llegarán a Madrid.

—Ya, pero por esa regla de tres, puede que no le haya pasado nada todavía. Barcelona está bastante lejos. ¿Y por qué lo dices

como si alguien lo estuviera planeando? Si Barcelona ha caído, seguro que ha sido por algún descuido.

—No, no. Es solo una teoría que le escuché a unos supervivientes.

—Ahora que lo pienso. —Joel levantó la vista—. Los que encontramos en Valencia pensaban lo mismo.

—No digáis tonterías. ¿Por qué motivo iba alguien a destruir una base segura? Es contraproducente. Si quieres salvarte, lo lógico es crearlas, no destruirlas. No tiene ningún sentido.

—¿Y si quien la destruyó no fueron humanos? —teorizó Joel.

Vi cómo Gabriel tensaba la mandíbula. El olor a sudor en sus palmas era insoportable.

—Ay, Dios, Joel, *per favor.* —Me llevé la mano a la cara—. No empieces con teorías conspiranoicas, ¿vale? Que no. Seguro que tiene una explicación normal y corriente. Vamos a ir a Madrid, ¿de acuerdo, Gabriel? Me da igual cuántas veces intentes convencerme.

Aquella noche montamos el campamento junto a una antigua área de descanso. El viento aullaba entre las mangueras de gasolina vacías, sumergidos en un eco de gruñidos lejanos. Joel estaba terminando de preparar la tienda cuando se giró hacia mí.

—¿Hoy duermes con Lucas y conmigo?

Miré la tienda. Todavía tenía demasiadas manchas. La sangre se había secado sobre la tela después de todo lo ocurrido en el museo. Noté un nudo en el estómago.

—Mejor no peque.

—¿Por?

—Hasta que no pueda lavarla… Creo que dormiré fuera.

Joel frunció el ceño, me miró con esos ojos suplicantes, pero no cedí, sabía que si dormía en esa tienda volverían los recuerdos y las pesadillas. A regañadientes se metió a dormir con su hermano. Solo

quedamos Gabriel y yo, separados por una pequeña hoguera, cenando un par de latas de fabada. Fue… curioso, no me esperaba volver a verlo. Lo miré un par de veces, a ver si me decía algo, pero siempre apartaba la vista cuando lo hacía, sonrojado.

—Esto me recuerda al día que nos conocimos —sonrió con cierta nostalgia, después de estar más de una hora en silencio.

—A mí también me recuerda cómo me robaste el coche.

—¿No hay alguna manera de que te olvides de eso?

—Sí. Que me devuelvas mi coche con todas mis cosas.

—Una forma realista.

Me quedé observando las llamas un momento. Después levanté la vista.

—Cuéntame qué pasó con tus padres.

La expresión de Gabriel se torció. Apartó la mirada.

—No quiero hablar de eso.

—Me mangaste el coche para ir a verlos. Lo mínimo es que sepa qué les pasó, ¿no?

Sin girarse, suspiró.

—Supongo que tienes razón.

Se quedó unos segundos en silencio antes de empezar.

—Llegué hasta Alicante y los encontré. Estaban en el campo con otros vecinos. Al principio todo iba bien. Seguían vivos... y gracias a la comida que llevaba en el coche...

—*Mi* comida. —Levanté una ceja.

—Sí... tu comida —sonrió con culpa—. Conseguimos aguantar unos días. Pero empezaron a llegar más vecinos. Cada vez más. Todos sin sitio donde ir... Mis padres eran incapaces de dejar a nadie

fuera. Era insostenible. Entonces uno decidió salir a buscar comida. Cuando volvió ya estaba infectado, pero nadie lo sabía.

Tragué saliva, ya imaginaba el resto.

—Empezaron las discusiones. Que si tú estás enfermo. Que si tú también. Que si no te acerques. Cundió el pánico. Fue una masacre. —Su voz se quebró—. Mis padres… no lo soportaron. Cogimos el coche y nos fuimos.

Bueno por lo menos amortizaron mi coche, pensé.

—Lo que no sabíamos era que *ma mare* ya estaba infectada. —Giró la cabeza a los camiones volcados—. Cuando se dio cuenta... pidió que la dejáramos volver. Decía que, al menos allí, estaba todo vallado. Si se quedaba dentro, no pondría a nadie más en peligro. —Se quedó unos segundos mirando las brasas—. *Mon pare* bajó del coche con ella. Le rogué que no lo hiciera, que era un suicidio volver. Se giró y me dijo: «No pienso dejar que tu madre muera sola. El día que nos casamos le prometí estar juntos hasta la muerte. Y en esta familia cumplimos nuestras promesas». No pude convencerle. Nos despedimos y ambos se marcharon.

Durante unos segundos solo se escuchó el crepitar de la hoguera.

—*Mare meua…* Tu padre era todo un hombre. No como otros que roban coches.

Gabriel soltó una risa resignada.

—¿Vas a sacar el temita todo el rato?

—Probablemente —le sonreí—. Siento lo de tus padres. Al menos no están juntos.

—Ya. Bueno. —Se quedó mirando el fuego—. Después de aquello no pude recuperarme. Volví al campo. No debí hacerlo. Verlos así hizo que me desmoronara. Tanto que no me di cuenta de que tenía uno de los anémicos justo detrás… y me mordió.

Me levanté de golpe, con el corazón a mil, tapando la entrada de la tienda.

—Serás... ¿estás infectado? —Cogí las latas de fabada que acabábamos de cenar y se las lancé a la cabeza—. No te...

—Eso fue hace un mes —me cortó, esquivando la segunda lata—. Y sigo aquí.

Me quedé inmóvil. No tenía sentido, debería ser un monstruo descerebrado, pero… Ahí me surgieron varias teorías. La primera fue que me estaba mintiendo. La segunda… que quizás era un inmune.

—¿Un inmune? —La teniente agita el bolígrafo—. ¿Por qué pensaste eso?

—Me habían arañado y mordido, hasta había tenido sangre de anémico en mis manos, pero… sigo siendo yo. Por eso imagino que soy inmune, ¿no?

Ortega guarda silencio. Ni afirma ni desmiente mi teoría, ¿por qué? Sabe algo que yo no, eso no me gusta.

—Y como él parecía estar bien —continuo—, asumí que también lo sería. Casi me hizo ilusión, la verdad, encontrar a alguien parecido. Mala suerte que tuviera que ser Gabriel, pero bueno.

Estuve un rato levantada, dándole vueltas a la situación. No sabía si creerle o no. Al final, me volví a sentar.

—¿Cómo es que sigues vivo?

Se quedó callado un buen rato, mirando a los alrededores, antes de arrancar.

—Cuando me mordieron... empecé a encontrarme fatal. No me había sentido así en toda mi vida. Era como si me faltara algo pero… no sabía el qué. Me dolía todo. Apenas podía pensar. Poco a poco... dejé de ser consciente de lo que hacía. —Tragó saliva—. No sé cuánto tiempo pasó. Horas... días... ni idea. Pero cuando desperté... Estaba rodeado de cadáveres.

El crepitar de la hoguera llenó el silencio.

—Mis manos temblaban, de la boca me caía un líquido rojizo. Grité hasta quedarme sin voz. Aterrado y confundido, un hombre me encontró.

—¿Un hombre? —Noté un escalofrío—. ¿Cómo era?

—Más o menos de mi estatura, moreno con unos ojos descoloridos. Tenía la piel súper pálida. Más pálido que tú, para que veas.

—Hombre, gracias.

—Cuando lo vi, pensé que era un anémico y salí corriendo. Pero me cogió del brazo. Me dijo: «no te vayas, hermano. Has renacido como uno de los nuestros».

Intercambio una mirada con la teniente. Ambas nos quedamos calladas. Procesa lo que acabas de escuchar, si es que yo aún no me lo creo. Parece que va a comentar algo.

—Espera —la corto, levantando la mano—. Ahora viene lo mejor.

—Yo no entendía nada —siguió Gabriel—. Pensaba que estaba en el cielo. Pero mis padres no estaban ahí, así que deduje que estaba en el infierno.

—Eso me cuadra más…

Sonrió apenas un instante.

—Aquel hombre me dijo que me enseñaría a controlar... esto. Lo que somos.

—¿Somos? Serás tú. A mí no me metas en el mismo saco.

—¿Ah, no? ¿Tú no te has despertado nunca sin saber qué ha pasado, rodeada de sangre, con hambre a todas horas?

Cuando lo dijo, me vino el recuerdo de mis periquitos. De la cocina de mi casa. Fue bastante macabro, la verdad, pero contaría como «comerme algo», ¿no? Y luego me dio el brote de hambre. ¿Sería algo parecido a lo que le pasó a él? No lo sé. Era todo muy raro, y me estaba costando comprender lo que me contaba.

—Es una locura. ¿En serio esperas que te crea? ¿Estás con esa mujer?

—¿Qué mujer?

—Una anémica muy parlanchina con un mono muy mono, ¿te suena?

Gabriel bajó la vista. No respondió. Que se callase justo ahí me alarmó.

—¿La conoces?

—He... oído hablar de gente parecida.

Se quedó a gusto con esa respuesta. No quería obligarlo a hablar, pero me estaban entrando ganas de volver a pegarle.

—¿Tú eres como yo? —me preguntó, de repente, buscando mis ojos.

—No.

—¿Segura?

—No quiero que nos sigas acompañando. Mañana te marchas.

—Erika...

—No pienso viajar con una bomba de relojería.

—No soy una amenaza para vosotros.

—Eso no lo sabes.

—*Per favor,* déjame compensártelo.

—¿Cómo?

—Protegiéndoos. Al menos hasta que lleguéis a Madrid. O hasta que te convenza de ir a Toledo.

—Qué manía —resoplé, avivando las brasas.

—Todo lo que rodea Madrid está petado de anémicos. ¿Por qué crees que yo tampoco he conseguido avanzar?

Miré alrededor. Tenía razón, cada vez veíamos más por la zona por la que estábamos yendo e ir con alguien es más seguro. Ahora bien, no quería viajar con él. Estaba claro que era algún tipo de estratagema. Seguro que quería volver a engañarme. No podía fiarme de él.

—Vale —suspiré.

Después… seguimos hablando de cosas menos tristes, nos pusimos a contarnos batallitas. Un poco de esto, un poco de aquello, ya sabes. Entre una cosa y otra, cuando nos dimos cuenta, el cielo ya empezaba a aclararse.

—¿Eres consciente de que pasaste toda la noche hablando con un infectado? —me regaña Ortega—. No te puedes permitir el lujo de encariñarte con el enemigo.

—Qué mal pensada eres, teniente. Gabriel es… imbécil, un idiota, un ladrón... pero me cae bien. Lo admito. Es majo, ¿vale? En el fondo, es mejor persona de lo que él cree. Su problema es… que se deja llevar, no toma sus propias decisiones. Por eso, entre otras cosas, tampoco pudo... bueno. Lo que te decía.

A la mañana siguiente, Gabriel seguía ahí, no se marchó, esta vez no. Cuando Joel se despertó y nos vio a los dos, medio muertos de sueño en el suelo, se enfadó conmigo. Sin embargo, noté como miraba a Gabriel con cierta… hostilidad. Era lógico que no le cayera bien. Pero claro, ahora, sabiendo lo que sé… Es algo que me tendría que haber dado cuenta antes.

—¿Por qué lo dices?

—Porque Gabriel y yo nos fuimos… acercando.

—¿Acercando cómo? —Una leve sonrisa se dibuja en su rostro.

—Como estás pensando. —La sonrisa de Ortega se hace un poco más grande.

Cuanto más hablábamos, mejor me caía. Eso era lo peor. En cambio, Joel parecía que cada día le preparaba un asesinato di-

ferente. Hubo un momento en el que se pasó. Estábamos en una especie de parque y Joel se fue a mear por ahí. Me quedé con Lucas, jugueteando con él como siempre hacía cuando podía. Gabriel se acercó, le tocó la mejilla y el crío se rio, así que se puso a jugar con él también.

—Qué pena me dan, nunca podrán tener una vida normal —murmuró, sin dejar de hacerle carantoñas a Lucas—. Lo que estás haciendo tiene muchísimo mérito.

—¿El qué?

—Cargar con dos niños hasta Madrid —sonrió mientras miraba a Lucas—. Pese a la responsabilidad, no los has abandonado.

—No te creas que no lo he pensado —le comenté con media sonrisa.

Tras un breve silencio cómodo, ambos nos comenzamos a reír. Hacía bastante que no me reía tanto.

—Desde el primer día que te conocí supe que eras buena persona —continuó—. Me aceptaste sin conocerme de nada, me ayudaste, me diste de comer, fuiste supermaja conmigo.

—Y mira cómo me lo pagaste.

—Ya, sí. Me equivoqué. —Seguía jugando con Lucas, sin mirarme —. De verdad que lo siento mucho, Erika. No… no tenía que haber…

—No te preocupes. Dada la situación tampoco…

En ese momento volvió Joel. Sin soltar ni una palabra, me arrebató a Lucas de mis brazos. Después se giró hacia Gabriel. Esa mirada aún me da escalofríos. Se dio la vuelta y se marchó.

—¿De qué va el mañaco este?

—No le gusta que toquen a su hermano. Aunque...

No fue un caso aislado. Daba igual lo que hiciera Gabriel, Joel se ponía a la defensiva de todas formas.

—A lo mejor era el típico hermano pequeño al que no le gusta compartir a su hermana con el novio —sugiere la teniente.

—No me daba esa sensación… Y deja de decir eso sobre Gabriel.

En fin, dado que ninguno de los dos nos fiábamos del ladronzuelo, Joel y yo llevamos la mochila. Para ese punto lo poco que entraba salía ese mismo día. Llegamos a una especie de bazar, o tienda de alimentación, no me acuerdo. Al entrar, mandé a Gabriel a que recogiera algo de comida mientras yo buscaba potitos para Lucas. Me pasé un buen rato buscando. Creo que más de un superviviente descubrió lo buenos que están. De pronto, escuché gritar a Gabriel. Los encontré a ambos junto con la mochila. Nada más verme Joel se puso detrás de mí, fingiendo estar aterrorizado.

—Se ha puesto violento de repente. Ha empezado a decirme cosas y me he asustado.

—Eso es mentira —se excusó Gabriel—. Estaba sacando cosas de la mochila.

—No es verdad —protestó Joel—. Se lo está inventando. Lo único que quiere es entorpecernos.

—Te juro que no. He visto al chaval. Se lo he preguntado de mala manera, vale, pero es la verdad.

—Peque… —Me agaché para quedar a su altura—. ¿Por qué estabas sacándolas?

Joel bajó la cabeza.

—No pasa nada. ¿Se habían abollado? ¿Estaban caducadas? ¿Gabriel se ha equivocado y ha cogido alguna extraña?

Seguía sin contestar. Esa actitud no era normal. ¿Y por qué ahora? Esperé unos segundos más.

—Bueno, da igual —suspiré—. Gabriel, mételas otra vez en la mochila.

Antes de que pudiera dar dos pasos, Joel me quitó a Lucas y salió de la tienda. Creo que aquel fue el primer aviso. O quizá hubo más y no quise verlo. Joel es un chiquillo muy inteligente… demasiado a veces.

Capítulo 20: Lobo con piel de cordero.

La segunda noche ocurrió algo parecido. Después de cenar, Joel se acercó a mí.

—Hoy quiero que duermas con nosotros —sentenció, poniendo a Lucas entre nosotros para convencerme.

Miré la tienda. Aunque habíamos intentado limpiarla con el agua que encontramos durante el camino… Seguía oliendo fatal. El agua estaba estancada y aquello había dejado un olor todavía peor.

—*No puc*.

—No —protestó Joel—. Si te quedas hablando con él no vas a dormir nada y mañana no estarás atenta. Nos pueden atacar. Tienes que estar alerta por si aparece algo.

Razón no le faltaba. Intercambié una mirada con Gabriel.

—Si quieres, puedo dormir yo en la tienda con el peque —propuso—. No me importa que esté sucia.

—¡NO! —los dos nos giramos hacia Joel. Su respiración se aceleró —. Ni se te ocurra tocar a mi hermano.

—Tranquilo, Joel. —Me acerqué despacio—. Dormid vosotros. Luego iré yo.

No pareció convencerle, pero no dijo nada más. Esa noche volví a dormir afuera.

Bajo el sol del mediodía, llegamos a una pradera plagada de anémicos. Buscamos otras rutas; para mi desgracia esa era la zona menos abarrotada.

—Vamos a jugárnosla.

—¿Cómo? —Gabriel me miró como si me hubiera vuelto loca—. ¿Quieres pasar por el medio de todos esos?

—Sí, claro. No creo que nos hagan nada. Y si Joel se queda entre nosotros dos, no le pasará nada a él.

—¿De dónde te sacas eso?

—¿A ti te atacan los anémicos?

—¡Pues claro que me atacan! ¿Por qué no iban a hacerlo?

Nos quedamos los dos mirándonos, sin saber muy bien qué hacer con esa información.

—Otra idea —dijo Joel, de repente—. Que Erika vaya primero hacia esa pinada, con Lucas, a ver si los puedes distraer. Luego Gabriel y yo los rodeamos.

El plan era simple, factible además. Ahora bien… ¿Por qué Joel querría quedarse con Gabriel si no lo soporta? Raro, ¿no crees? Aunque, como siempre, pasé de mi instinto. Tampoco teníamos un plan mejor.

Me adelanté con Lucas. Esto no se lo cuentes a Joel. Rubén tenía razón, no reaccionan al ruido, por lo que hacer que se movieran era complicado. Menos mal que tenía el cebo perfecto.

—No me digas que usaste al bebé. —Ortega se tapa la cara con la mano.

—Nah, no fue para tanto. Lo dejaba en un sitio y cuando se movían hacia él lo apartaba. Ninguno le hizo daño al pequeñín.

—Debería encerrarte por tentativa de homicidio y abandono peligroso de menores.

—Ay, teniente, ambas sabemos que quieres que te cuente más —le contesto con una gran sonrisa.

Cuando ya estaban lo bastante alejados, les hice la señal para que pasaran. En cuanto empezaron a correr la marea blanca se les echó encima. Los árboles apenas me permitían verlos bien. Al cabo de un rato, solo volvió Joel.

—¿Dónde está Gabriel?

—Ha salido huyendo hacia el otro lado. Quería usarme de cebo para poder pasar. Pero le han seguido a él.

Eso no tenía sentido. Si… si no paraba de decir que nos ayudaría…, pensé. Otra vez me confié.

—Toma a Lucas. Voy a por él.

—¿Eh? ¡No! —Me cogió del brazo—. Ya es mayorcito. Sabrá apañárselas.

—No pienso abandonarlo.

—¡Es peligroso! —Joel respiraba cada vez más deprisa—. Es… es igual que aquella mujer.

—¿Có-cómo sabes eso?

—Os escuché. A mí no me engaña. Deberíamos dejarlo ahí.

Un calor ascendió desde mi estómago.

—¿Por qué? ¿Qué manía te ha entrado con Gabriel? ¿Qué te ha hecho para que le tengas tanta tirria? ¿Por qué eres así de repente, Joel?

No esperé su respuesta. Le dejé a Lucas y fui a por Gabriel. El pobre huía desesperado, esquivando a los anémicos tras él. Antes de que lo alcanzaran, corrí hacia él y lo rodeé con mis brazos.

—Erika, ¿qué…?

—Shh…

Los anémicos llegaron hasta nosotros. Estábamos rodeados. Uno olisqueó tan cerca de mi cuello que noté su respiración. No nos movimos hasta que se marcharon. Tras unos minutos, Gabriel seguía pegado a mí. Me abrazaba con tanta fuerza que casi no podía respirar.

—Oye, ya me puedes soltar. Ya se han ido.

—No, no, yo sigo viendo alguno por ahí. Deberíamos quedarnos así un poco más.

—No veo ninguno. Suéltame.

Muy despacio aflojó el abrazo y pude apartarlo.

—Al final ha salido bien el plan del chaval —jadeó mientras volvíamos con Joel.

—¿Qué plan?

—Me dijo que los distrajera. Así él podía ir a avisarte, como es más rápido, y luego venías a rescatarme. —Se secó el sudor de la frente—. No tenía muy claro cómo lo ibas a hacer, pero uff, *gràcies.* —¿De qué estaba hablando?— Ese crío confía mucho en ti, ¿sabes? Aunque.. ¿por qué no nos han matado?

No le respondí, solo le sonreí. Una sonrisa cálida que aguardaba un pozo de sospechas. Cuando ambos se encontraron, ninguno comentó nada al respecto, yo tampoco, sin embargo, ese malestar se me clavaba en la cabeza igual que una migraña.

Aquella noche fue la tercera que pasamos con Gabriel. Ya estábamos muy cerca de Chinchón. Si todo salía bien, al día siguiente llegaríamos allí y, desde ese punto, Madrid quedaba a menos de un día de camino.

Después de cenar, Joel se llevó a Lucas a la tienda. Como de costumbre, Gabriel y yo nos quedamos junto al fuego. Cenamos uno al lado del otro. Durante un buen rato ninguno habló. Solo escuchábamos el crepitar de la leña. Hasta que fue él quien rompió el silencio.

—Erika… —Levanté la vista—. Creo que mañana me iré.

—¿Por qué?

—No puedo seguir con vosotros. Debo… —Agachó la mirada—. Ya casi habéis llegado… No puedo convencerte de ir a Toledo, ¿verdad?

—Sigues con eso —suspiré, terminando una de las pocas bolsas de patatas que quedaban.

—Sí.

—¿Qué pasa en Madrid? —Le levanté el rostro, obligándolo a mirarme a los ojos—. Dímelo.

—*No puc* —me apartó la mano.

—¿Por qué?

—Si te lo cuento… Te pondría en peligro. Solo… confía en mí.

—¿Pretendes que confíe en ti? —resoplé—. Me gustaría pensar que estás siendo sincero, pero… no puedo perdonar lo que me hiciste.

—Lo entiendo. —Su respiración se aceleró—. De verdad que lo entiendo. Pero… por favor, hazme caso esta vez. Si vas a Madrid… yo no…

Se quedó mirándome con esa cara de cachorro abandonado que llevaba poniéndome desde que nos reencontramos, la que siempre acababa convenciéndome.

—Vale… Iremos a Toledo.

—¿En serio? —Su rostro se iluminó al instante, hasta parecía haber recuperado algo de color.

—Tampoco está tan lejos, ¿no?

—Solo un par de días más —sonrió él.

Aquello pareció hacerle tanta ilusión que se levantó de golpe. Antes de que pudiera reaccionar, me rodeó con los brazos.

—¡Gracias!

Me quedé rígida, tenía tanta fuerza que casi me ahoga.

—Gabriel… —jadeé, golpeándole el brazo.

Se separó apenas unos centímetros, lo justo para que pudiera respirar. Durante una décima de segundo, juraría que iba a besarme.

—Ni se te ocurra. —Le di un manotazo que lo desequilibró.

Gabriel dio dos pasos hacia atrás intentando recuperar el equilibrio.

—¡Ay! —Se llevó una mano a la mejilla—. Qué bruta eres.

—Y da gracias de que solo haya sido eso.

—Che, había que intentarlo —Se frotó la cara mientras sonreía.

Por la mañana recogimos el campamento. No tardamos demasiado.

—Bueno… —Se pasó una mano por la nuca—. Pues me voy para Tarancón.

—¿Seguro que tienes que ir justo ahí?

—Sí… He quedado allí con unos amigos, a ver si siguen vivos. Luego ya iré para Madrid.

—Vale. Pues ten mucho cuidado por esa zona, ¿eh? Es que nos han contado cosas que...

Joel me dio un codazo disimulado antes de que terminara la frase.

—¿Qué pasa? —Gabriel sonrió—. ¿Estás preocupada por mí, preciosa?

—No te pongas así, que me van a entrar ganas de que te coma uno de esos anémicos.

Gabriel soltó una carcajada.

—Uy, yo esperaba que me comiera otra cosa. Pero bueno…

—Anda, vete ya de una vez. —No pude evitar reírme.

—¿Me vas a despedir así? ¿Ni un *bon viatge*, ni un besito de despedida?

—Buen viaje, Gabriel —dije, lo más fría y sarcástica que pude—. Espero que nos volvamos a ver.

Eso le sacó una sonrisa. Luego se agachó para despedirse de Lucas y le acarició el moflete.

—*Adeu*, pequeñín. —Se giró hacia Joel—. Adiós, mocoso.

—Piérdete.

Gabriel soltó una última sonrisa resignada, nos dedicó un pequeño gesto con la mano y echó a andar por el camino. Se volvió varias veces, sonriendo cada vez que nos veía.

—¿De verdad vamos a ir a Toledo? —me preguntó Joel, en cuanto lo perdimos de vista.

—No me gusta que me espíes.

—No te iba a dejar a solas con ese.

—No. Seguiremos nuestro plan.

Joel me miró sorprendido.

—¿Entonces por qué le has dicho...?

—Quiero saber por qué insistía tanto. —Apreté un poco la manita de Lucas—. Y la única forma de averiguarlo… es ir a Madrid.

Capítulo 21: Cómo pudiste.

—Entonces, desde ahí bajasteis hasta Madrid —deduce la teniente mientras entrelaza las manos sobre la mesa—. Lo que no entiendo es cómo acabasteis desnudos en el metro.

—Sí, no, si la bajada fue… sencilla. Pero hubo un pequeño problema.

—¿Un problema? —Ortega arquea una ceja—. ¿Os atacaron o algo?

—No, no. —Suelto una risa corta—. Ojalá hubiese sido eso.

Desde Chinchón hasta Madrid apenas encontramos resistencia. A esas alturas ya conocíamos el horario de los anémicos casi mejor que el de los autobuses antes del brote, así que avanzábamos durante las primeras horas del día. Fue al coronar una pequeña colina cuando lo vimos. Torrespaña.

—¡Erika! ¡Mira! —gritó Joel señalándolas con una enorme sonrisa —. ¡Ya se ve Madrid!

Sentí cómo Lucas empezaba a removerse entre mis brazos.

—¡Ta! ¡Ta! —balbuceó dando pequeños saltitos de emoción mientras intentaba señalar también hacia delante.

No pude evitar sonreír. Después de tantas semanas caminando, por fin parecía que habíamos llegado. No había columnas de humo. No se escuchaban explosiones. Desde aquella distancia la ciudad parecía... intacta. Solo quedaba encontrar la zona segura. Y, sin embargo… Había algo que seguía clavándose en mí cabeza.

—¿A qué te refieres? —La teniente frunce el ceño.

Siempre pensé que Joel era un niño demasiado listo para su edad. Había tenido que crecer de golpe y cargar con una responsabilidad que ningún crío debería soportar. En algún momento empecé a notar que algo no cuadraba.

—Mira, mira, Erika, ya se ven mejor las torres —sonrió mientras revolvía el pelo de Lucas—. Ya casi estamos. Qué bien, ¿no?

Lucas soltó una carcajada y trató de agarrarle un dedo. Durante unos segundos volví a ver al Joel que debería haber conocido desde el principio. No era el niño que intentaba comportarse como un adulto. Solo un chaval ilusionado.

—Ya queda menos. —Le devolví la sonrisa.

Empezamos a caminar por las afueras. Las calles estaban plagadas de anémicos a la sombra, observándonos. Una nueva normalidad a la que nunca me podré acostumbrar.

—Joel. ¿Sabías que Mari no soporta los mejillones? —comenté de pronto, tras pasar un par de manzanas vacías.

—¿Eso a qué viene ahora? —Se paró en seco.

—No sé… Me acabo de acordar. —Él pasó por mi lado sin esperar a que terminara—. Es curioso.

—¿El qué?

—Cuando sacamos las latas de su mochila, había muchas de mejillones. Y ella los detesta. ¿No te parece… extraño?

—Lo extraño es que saques ese tema justo ahora. —No se dignó a mirarme—. Sé que lo de tus amigos te dolió. Pero lo mejor que podemos hacer por ellos es llegar al refugio. Estar a salvo.

—Sí, sí. Tienes razón. —Seguí caminando a su lado—. Aunque hay otra cosa que tampoco me cuadra.

Joel dejó escapar un suspiro, sin dejar de andar.

—Gabriel me dijo que estaba esperando que yo fuera a salvarlo.

—Ese tío no tiene vergüenza —bufó, acelerando el paso.

—Ya, bueno. También dijo que tú le habías dicho que yo iría a buscarlo. Y sin embargo, yo recuerdo que te dejó tirado, ¿verdad?

Así que me resulta un poco extraña la reacción de Gabriel, ¿no crees?

Joel tardó unos segundos en contestar.

—A lo mejor lo entendió mal. O yo lo malinterpreté. ¿Qué más da? Ya no está aquí. Estamos a punto de llegar. Vamos. Deberíamos darnos prisa. —Me miró de reojo—. Si no puedes correr más, dame la mochila. O a Lucas.

—No hace falta. Yo puedo con todo.

Continuamos caminando unos metros en silencio.

—También es raro que te pillara trasteando las mochilas —añadí sin apartar la vista de la carretera—. Y nunca me explicaste qué hacías.

—Eso ahora no importa.

—Ya... aunque, si me pongo a pensar, la única persona que estaba junto a las mochilas cuando ocurrió lo de mis amigos… eras tú.

Joel dejó de andar. El ruido del viento moviendo las cajas por la acera era el único que se escuchaba. Se giró hacia mí. Esos ojos, Dios, esa no era la mirada de un chaval de trece años.

—¿Qué estás insinuando, Erika? —Su voz sonó fría y distante.

—Nada, nada… Yo solo comento. —Sostuve su mirada unos segundos antes de continuar andando—. Aunque tienes razón. Habrá que seguir para estar *a salvo.*

Joel apretó la mandíbula y aceleró el paso. Al poco tiempo llegamos a una intersección.

—Vamos por la derecha —propuso él.

Me quedé mirando ambos caminos durante unos segundos.

—No. Por la izquierda.

—¿Por? —Se giró hacia mí—. ¿Has oído algo?

—No. Soy más de izquierdas.

Joel suspiró, pero no discutió, solo me siguió. Cinco minutos después apareció otra bifurcación.

—Creo que será mejor ir a la izquierda otra vez, veo menos anémicos.

—Nah. —Señalé el otro camino—. Por aquí.

—¿Por qué?

—Soy más de derechas.

Volvió a apretar la mandíbula. Seguí así un par de veces más.

—¿Te gusta tocarles las narices a los niños? —me corta la teniente.

—No. Puede. Estaba intentando ver cuánto tardaba en perder los nervios.

No aguantó mucho, la verdad. A la cuarta o quinta intersección en la que le puse pegas sin sentido, se cabreó.

—¡Erika! —Se paró en seco—. Deja de joder. Como sigamos dando vueltas en círculos, no vamos a llegar a la zona segura antes de que anochezca. Y cuando oscurezca todos esos anémicos dejarán de esconderse.

—Lo sé.

—¿Y te da igual? —Su voz subió un tono—. ¿Ahora ya no te importamos?

—Claro que me importáis. —Miré un instante a Lucas, que seguía dormitando sobre mi hombro—. Me importas tú. Me importa este renacuajo. —Volví a mirar a Joel—. Y también me importaban mis amigos. —Entrecerré los ojos—. Los mismos que murieron después de una absurda discusión… sobre unas latas en sus mochilas.

El color desapareció del rostro de Joel.

—Yo-yo no tengo nada que ver. Ellos fueron los que te traicionaron, Erika. No me acuses sin tener pruebas.

—¿Pruebas? —Comencé a rodearlo despacio, sin dejar de caminar —. Vale. ¿Quién era el que siempre se quedaba vigilando las mochilas? ¿Quién era el que se quedaba solo con ellas mientras los demás hablábamos? ¿Quién se quedaba esperando fuera cada vez que yo buscaba comida? —Le sostuve la mirada. Intentó defenderse, no le dejé—. Puede que sean paranoias mías. No sería la primera vez. Pero… ¿por qué querías abandonar a Gabriel? —Vi cómo desviaba la vista apenas un instante—. Nos estaba ayudando. Nos ahorró un día entero de camino. ¿Por qué querías deshacerte de él?

Joel levantó la cabeza de golpe.

—¿Vas a creer antes la palabra de un anémico que la mía? —Su voz tembló—. ¿La de un ladrón? ¿La de un criminal? —Apretó los puños—. Yo soy tu amigo, Erika.

Me acerqué despacio, acaricié sus mejillas y le obligué a mirarme.

—Sí. Eres mi amigo, Joel. Por eso te lo estoy preguntando —le advertí mientras le arreglaba los rizos—. ¿Tuviste algo que ver con la muerte de mis amigos?

Joel abrió la boca, sin embargo, no salió ningún sonido. Apartó la mirada.

—Eso pensaba.

Lo dejé atrás y seguí caminando.

—Erika... espera. ¡Erika! —Apreté el paso—. No era eso... Solo quería...

—Me da igual. —Me giré de golpe—. Desde que Clara… Pero esto… ¿a santo de qué, Joel?

Sus ojos se humedecieron; siempre contenía las lágrimas delante de mí para no preocuparme. No pude; eso solo me encendió más.

—Por tu culpa han muerto personas.

—Yo…

—Y Gabriel también podría haber muerto. Solo porque decidiste que sobraba.

—No fue así...

—Ni siquiera te arrepientes, ¿verdad?

Joel bajó la cabeza.

—Para mí eran desconocidos —susurró—. Nos estaban retrasando.

—Eran personas. —Señalé hacia los anémicos que se veían a lo lejos, entre los edificios—. ¿Ves toda esa gente?

Él asintió muy despacio.

—Ellos ya no tienen salvación. —Mi garganta se cerró—. Mis padres tampoco. María, Andrea, Miguel, Rubén, ellos sí podían haberse salvado. Gabriel todavía puede salvarse. Pero tú… Tú querías deshacerte de ellos. —No me respondió—. Os llevaré a Madrid. Y luego me marcharé.

—¡¡No!! —Dejó de contener sus lágrimas—. ¡Por favor, no! No nos abandones, tú también no. Lo-lo hice por ti, por nosotros, para sobrevivir.

Aquellas palabras me hicieron más daño que cualquier otra.

—No necesitaba tu ayuda.

—Sí… porque tú también estás enferma.

El mundo pareció detenerse en esas palabras.

—Yo no estoy infectada.

—A mí no me engañas. —Su voz sonaba rota, pero firme—. Aunque ahora estés mejor, te he visto. Cuando te quedabas mirando hacia la nada y daba igual lo que te dijera, no reaccionabas. Tus brotes de ira, los ataques de hambre, lo sé todo… hasta lo que no

recuerdas. —Guardé silencio—. Sé que eres peligrosa, pero también buena.

Solté una carcajada sin humor.

—¿Buena? ¿Yo? ¿Desde cuándo?

—Nunca has dejado de protegernos —sollozó—. Seguro que pensaste en dejarnos, y aun así nos ayudaste. Hemos llegado hasta aquí gracias a ti. —Se limpió las lágrimas con la manga—. No podía permitir que te pasara algo. Por eso yo…

—No necesito tu ayuda —Me di la vuelta y seguí caminando.

—Me sorprende que llegaras a discutir de esa manera con él —comenta Ortega, con una media sonrisa que no me hace ninguna gracia.

Permanezco unos segundos en silencio.

—A mí también. Supongo que no esperaba que me lo confirmara. —Bajo la vista hacia mis manos—. Han pasado apenas un par de días desde entonces. Y sigo sin asimilarlo.

No volvimos a dirigirnos la palabra hasta que empecé a escuchar un murmullo. Fuimos acercándonos, procurando no hacer demasiado ruido. Cada paso hacía que las voces fueran más claras. Al doblar una esquina lo entendí todo. La entrada. O, mejor dicho… la cola para intentar entrar.

Pedazo de cola, parecía que ahí regalasen algo. Cientos de personas esperaban pacientemente bajo el sol formando una fila que parecía no tener fin.

Había familias enteras cargando maletas, ancianos apoyados sobre carros de la compra y niños dormidos sobre cajas de cartón. Llevaban mochilas, bolsas, mantas, todo cuanto habían logrado salvar. Sus rostros reflejaban el mismo optimismo que yo al ver mi cuenta bancaria a final de mes.

Sin embargo, aquello no fue lo que más me llamó la atención. Habían montado un control tremendo. Militares armados vigilaban

cada acceso mientras varios sanitarios examinaban uno por uno a los supervivientes.

—¿Te sorprende? —me interrumpe la teniente—. No dejamos entrar a cualquiera.

—Ya, eso me lo esperaba. Lo que no era que les sacaran sangre, que les tomaran la temperatura... Desde donde estaba vi que les hacían demasiadas pruebas.

Ahí pensé: «Vale, ni de coña me dejan pasar». Por lo que agarré la muñeca de Joel y lo conduje hasta el final de la cola.

—Erika, ¿qué haces? —Se dejó arrastrar, confundido.

—Esperaremos aquí hasta que os toque.

—¿Qué?

—Cuando os hagan las pruebas entraréis, vosotros.

—No. —Su respiración empezó a acelerarse—. No tienes por qué hacer eso. Por favor, Erika, no. Entra con nosotros. Seguro que pasas esas pruebas. No estás...

—¿Qué? —Le sostuve la mirada—. ¿Que no estoy qué?

El niño guardó silencio.

—Tú mismo lo dijiste, ¿no? —Me encogí de hombros—. Me pegarán un tiro en la cabeza en cuanto entre. No pienso arriesgarme. Así que cuando estéis dentro, me piro.

Lucas comenzó a removerse contra mi pecho, mirándome. Apoyó su cabecita en mi hombro extendiendo sus manos en lo que intuí que era un abrazo.

—¡Eri...! ¡Eri!

Eso hizo que varios de los que estaban cerca se giraran a mirarnos. Empezaron a murmurar cosas del tipo «pobrecitos», «seguro que han perdido a sus padres», «qué raro que vayan solos».

—Tranquilo, peque —le susurré, forzando una sonrisa—. No me voy a ir… todavía.

El tiempo empezó a pasar. Una hora. Dos. La cola apenas avanzaba.

—Erika, cálmate —dijo Joel, cuando por fin dimos un paso.

—Estoy muy calmada.

—Te está dando el tic de la pierna otra vez.

—Eso no tiene nada que ver.

Me froté las manos contra el pantalón, intentando que dejara de temblar, sin éxito.

—No vamos a entrar antes de que anochezca —insistió Joel, intercambiando la vista entre la cola y el sol—. Y si nos pilla aquí fuera...

—Tendrán que habilitar alguna zona de espera, ¿no? No pueden dejar a toda esta gente fuera, sin más.

—Ojalá. —La señora que estaba delante de nosotros soltó una risa seca—. No les importamos. —Señaló varios edificios cercanos—. Los militares nos han dicho que nos refugiemos ahí hasta el día siguiente.

—¿Son seguros? —preguntó Joel.

La mujer soltó otra risa amarga.

—Se supone que están "limpios". Pero ayer vi a uno de esos monstruos entrar en el bloque donde dormíamos. Por eso hoy hay tanta cola. La gente está desesperada por entrar. Cada día hay más de esas cosas en la ciudad y menos sitios donde escondernos.

El resto de las personas de la fila asintieron tras sus palabras. Estaba claro que llevaban días esperando.

—¿Ves? —me susurró Joel—. Hay que buscar otra manera de entrar.

No quería darle la razón. De verdad que no. Pero la cola seguía sin moverse. Y el sol continuaba descendiendo. Dado que la base estaba en el centro, tuve una idea.

—Vale. Ven.

Lo cogí otra vez de la mano y nos acercamos a la boca de metro más cercana que vi.

—Si no podemos entrar por la puerta principal… —Sonreí de medio lado—. Probaremos por la de atrás.

—¿No crees que habrán cerrado los túneles? Si no, se colaría la gente.

—Puede ser.

—Entonces...

—Aunque estén cerrados, seguro que habrá soldados vigilándolos. —Empecé a caminar hacia las escaleras—. Les explicaremos el panorama, tú les lloras un poco, ponemos a Lucas para que haga ojitos y seguro que nos dejan pasar.

—No lo veo, Erika...

—¿Tienes un plan mejor? —Me temblaban las manos—. Es eso, o esperar en la cola del paro a que nos coman. Tú verás.

Joel miró de reojo la masa de gente de la fila. Soltó un suspiro amargo, dándose por vencido.

—Venga, va, vale. Bajemos al metro.

Capítulo 22: La luz al final del túnel.

—¿En serio pensaste que eso iba a funcionar? —Ortega arquea una ceja.

—A veces me dan brotes de optimismo. —Me encojo de hombros —. Pensé que los lloriqueos de unos niños ablandarían vuestros fríos corazones.

La teniente deja escapar un suspiro largo. Después hace un pequeño gesto con la mano para que continúe.

Había estado en túneles antes. Ninguno como aquel. Las escaleras descendían hacia una oscuridad tan densa que parecía tragarse la poca luz que llegaba desde la superficie. El aire era frío, húmedo y olía a óxido, polvo y agua estancada. Cada paso hacía resonar un eco que regresaba desde algún lugar imposible de calcular.

Lucas soltó un «ah» corto, nada más bajar. Ese sonido rebotó contra las paredes durante varios segundos, creciendo hasta cubrir todo el lugar. Noté cómo se me tensaba todo el cuerpo, apreté a Lucas en mi pecho sin darme cuenta. Joel se acercó tanto que noté su hombro temblando contra mi brazo.

Saqué la linterna de dinamo de la mochila. Un haz de luz triste iluminó apenas unos metros de vía. Solo se escuchaban nuestras pisadas, alguna gota cayendo desde el techo y el zumbido lejano del túnel. Entre eso y el *clac, clac* de la linterna, caminábamos con una banda sonora muy inquietante.

—¿Al menos sabías a dónde ibas? —pregunta la teniente.

—No tenía ni puñetera idea.

—¿Alguna vez habías montado en el metro?

—En Elche no hay metro. Y en el de Madrid creo que he subido un par de veces como mucho. Sabía que ese túnel tenía que

conectar en algún punto con alguna estación dentro de la zona segura. ¿Cuál era? Ah. Sorpresa.

Tras unos minutos, Joel intentó hablarme.

—Erika. Yo...

—Ahora no. —No aparté la vista del túnel.

—Pero quiero hablarlo.

—Ahora no, Joel.

—Qui-quiero arreglarlo.

—Tenemos cosas más importantes.

Ni siquiera hacía falta girarme para imaginar la cara que llevaba. Seguimos avanzando durante varios minutos hasta que apareció la primera estación. Subí las escaleras casi corriendo. Durante un instante incluso pensé que habíamos tenido suerte. Sin embargo, al llegar arriba me encontré un muro de hormigón reforzado, vigas metálicas soldadas y varias placas de acero bloqueando la salida.

—Nada. Está tapiada. Por aquí no se puede subir.

Seguimos avanzando por encima de las vías, con cuidado de no torcernos un tobillo con las traviesas. Nos encontramos con varias estaciones, todas cerradas.

—¿Te imaginas que ahora viniera el metro? —comentó Joel, al cabo de un rato—. Sería bastante gracioso, ¿no? Con todo lo que ha pasado, que nos atropellara un tren.

No contesté. Seguí con la vista en frente, vigilando que Lucas no se cayera.

—Aunque seguro que fue lo primero que pararon —siguió, sin que le respondiera—. Nunca he estado en el metro de Madrid. Me gusta más el de Valencia. Por lo menos está más limpio.

—Calla.

—¿Ahora tampoco puedo hablar?

—No. He escuchado algo.

Dejé de girar la dinamo. El túnel quedó completamente en silencio. Entonces volvió a escucharse. Un gruñido. Un sonido ronco, húmedo, animal. Cerca. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda. Avancé despacio unos metros, iluminando el túnel. La tenue luz alcanzó la siguiente estación.

Decenas de siluetas se movían entre los andenes. Algunas caminaban de un lado a otro. Otras golpeaban las paredes. Varias permanecían inmóviles, olisqueando el aire. Eran demasiados.

—Mierda...

Tuvimos que dar media vuelta y volver a la estación anterior. No había forma de pasar por ahí sin que nos oyeran, o nos olieran, o lo que sea que los alerte. El eco de los gruñidos nos siguió durante un buen trecho, cada vez más lejano, hasta que solo quedó el chirrido de mi linterna y el sonido de nuestra propia respiración.

—¿Y ahora qué… qué hacemos? —jadeó Joel, nada más llegar—. No podemos avanzar… Ni… tampoco podemos… quedarnos.

—Aquí —dijo Lucas, de repente, señalando el suelo con su dedito regordete.

No pude evitar soltar una risa por la nariz.

—Pues sí, peque. Nos vamos a tener que quedar aquí.

—No. ¿Y si vienen mientras dormimos? —protestó Joel—. No es seguro.

—Lo sé.

Permanecí unos segundos observando la oscuridad. Entonces algo empezó a hacer clic dentro de mi cabeza. Todas las estaciones por las que habíamos pasado estaban vacías. Ni un solo anémico. Y, de repente, aparecía una estación abarrotada. ¿Por qué? Volví a mirar el túnel. Ellos no se estaban acercando. Seguían concentrados allí.

—Espera...

—¿Qué? —Joel me miró.

—Puede que allí haya una salida.

—¿Eh? ¿Cómo lo sabes?

—Si todos están concentrados justo ahí... es porque tienen algo que les interesa. Puede que esa estación no esté cerrada. —Sonreí un segundo antes de apartar la mirada de Joel—. Eso nos dejaría una vía de escape.

Joel se llevó una mano a la barbilla unos segundos, luego observó el túnel.

—No es mala teoría… pero da igual. ¿Cómo pasamos por en medio de todos esos?

—Esperaremos a que sea de día.

—No creo que tengan un reloj para saber que ha amanecido si no les llega la luz. Y dudo mucho que la linterna sirva de algo.

Los dos nos quedamos mirando el túnel, sin encontrar ninguna solución.

—¿A quién se le ocurre tener anémicos sueltos en los túneles? —le comento a la teniente—. ¿No podíais haberlos limpiado antes de cerrar el metro?

—Primero, en ningún momento pensamos que alguien sería tan insensato como para intentar entrar sabiendo que los habíamos clausurado. Y segundo... ¿Para qué íbamos a gastar recursos eliminándolos? En teoría nadie debía bajar.

—Bueno —suspiro—. Sigo.

Dormimos en esa estación vacía, turnándonos para vigilar, aunque no recuerdo haber dormido gran cosa. Por la mañana, me incorporé de golpe.

—Vale —le dije a Joel—. Tengo un plan. Quítate la ropa.

—¿Para? —bostezó.

—Esos bichos no se me acercan. Ahora es de día. Aunque aquí abajo no entre la luz, quizá podemos aprovecharnos.

—O quizá no.

—Ya. Bueno. ¿Se te ocurre algo mejor?

—Puff, ¿qué propones? ¿Vas a cruzar tú sola?

—No. Te vas a poner mi ropa. Debajo de la camiseta ponte a Lucas, pegado al cuerpo. Si oléis a mí a lo mejor también pasan de vosotros.

—¿Y tú te vas a quedar desnuda? —A Joel se le puso la cara colorada solo de pensarlo.

—No, en ropa interior.

—Pero...

—Estoy abierta a sugerencias, si tienes otro plan.

Eso no le hizo mucha gracia. Se acercó un poco al túnel, escuchó los gruñidos que venían de la oscuridad, y suspiró.

—Venga. Vale.

Dejamos la mochila en el suelo. Lo primero que hice fue quitarle la camiseta a Lucas.

—¿Por qué a él también?

—Por si acaso la tela confunde a los anémicos. Lo metemos todo en la mochila. A malas, si hace falta, la tiramos hacia otro lado para despistarlos.

—Cierto…

Le quité la ropa a Lucas hasta dejarlo solo en pañal, Joel se desnudó también. Los dos se quedaron ahí, en cueros, esperando. Luego le pasé mi camiseta, pero justo cuando me estaba bajando los pantalones Joel murmuró:

—Espera. —Me quedé congelada con los pantalones en los tobillos—. He escuchado algo.

Giré la cabeza. Al fondo, por el túnel contrario al que estaban los anémicos, apareció un pequeño punto blanco. Durante un segundo pensé que me lo estaba imaginando. La luz aumentaba poco a poco. Cada vez era más intensa.

—Veo una luz al final del túnel —susurró Joel, abrazando a Lucas.

—Ambos nos giramos hacia allí… y PUM. Aparecisteis vosotros —le explico a la teniente, sin poder evitar reírme.

—Los mejores actores de la obra —ironiza Ortega.

—Sí, bueno. Pedazo susto que nos disteis.

La luz terminó iluminando las paredes del túnel.

—¡Vosotros! —gritó alguien, apuntándonos con una linterna mucho mejor que la mía—. ¿Qué hacéis ahí? ¡Manos arriba!

Obviamente le hicimos caso, más o menos. Ahí estábamos los tres, desnuditos, en mitad del metro de Madrid, con las manos en alto.

—Me gustaría saber cómo nos pillasteis tan rápido.

—Os vimos a través de las cámaras del metro.

—Ah… Claro… Supuse que estarían apagadas. Fallo mío. Aunque, técnicamente, mi plan funcionó. Entramos a Madrid. Para que luego digas que soy demasiado optimista.

La teniente deja escapar una sonrisa casi imperceptible.

—Tras el arresto, hicimos todo el papeleo, me dejasteis ducharme, cosa que agradezco muchísimo, y aquí estamos.

—Una historia interesante —comenta la teniente, empezando a recoger los papeles de la mesa.

—Bueno, pues dime. —Apoyo los codos sobre la mesa—. ¿Cuál es tu veredicto?

—¿Mi veredicto? —Se detiene—. ¿A qué te refieres?

—¿No querías saber si era una terrorista? ¿Ves cómo no? Desde el principio nuestra única motivación es estar a salvo. Y no tengo relación alguna con esos "amiguitos" que decías. ¿Me soltáis ya?

—No es tan sencillo, Erika —suspira, dejando de recoger.

—¿Eh? ¿Por qué no? He sido sincera contigo. Y si hay algo que no te cuadra, ahí tienes la declaración del crío para comprobarlo. ¿O tampoco te fías de él?

—No es eso. Es... complicado.

—Yo no le veo ninguna complicación.

—Los niños pueden quedarse. Les buscaremos un hogar, los pondremos bajo protección de menores, los ayudaremos en todo lo posible. Pero tú...

—Si tengo que irme, me iré —la corto con una sonrisa—. No pasa nada. Solo te pediría un par de mochilas con comida antes de echarme. Ya sabes… para no atracar a nadie.

—No es eso, Erika.

Se queda mirándome un momento. Si se está pensando tanto si decírmelo, bueno no será.

—Estás infectada.

Una risa nerviosa se me escapa sola.

—No estoy infectada, teniente. Ya te lo dije. Soy inmune. Como mucho, asintomática.

—No, Erika. Estás infectada. Tienes el SHD. No eres inmune, ni asintomática. Tienes todos los síntomas. Lo que pasa es que en ti se manifiesta distinto.

—Distinto… —Noto que se me acelera el pulso—. Claro. Porque no…

—Por eso queremos proponerte algo —me corta, clavando esos ojos marrones en mí.

Capítulo 23: Propuesta indecente.

—Por eso queremos proponerte algo.

—No. —Las esposas tintinean al golpear la mesa—. Yo no soy como ella. No soy como ellos. No soy una asesina. No soy un monstruo.

—Yo no he dicho eso.

Mi pierna comienza a botar, otra vez. Me estoy golpeando con la mano a ver si para, sin soltar la mirada de la teniente. Aunque tengo asumido que no va a dejar de moverse.

—El SHD no es una enfermedad cualquiera —empieza a explicar —. Creemos que se contagia por fluidos corporales o por vía área. Al principio parece una anemia normal. Cansancio, mareos, debilidad... Por eso, cuando tu padre enfermó, nadie pensó que fuera algo grave. Pero conforme avanza, el organismo entra en un estado de carencia extrema. Necesita sangre para seguir funcionando.

¿De qué está hablando? ¿Sangre? Si se comen el cuerpo entero.

—En la fase tres aparece lo peor. La necesidad de sangre es tan intensa que el cerebro deja de funcionar correctamente. Pierden toda la capacidad de razonar y atacan a cualquier persona sana. Los primeros pacientes tardan días o semanas en incubar el SHD, pero una vez en la fase tres, se transmite en minutos.

¿Por eso mi madre se volvió loca en cuestión de horas?

—Sin embargo, conforme van consumiendo más, van recuperando la cordura. Ahí empiezan a confundir cuerpos sanos con enfermos.

—Los caníbales —susurro.

—Llega un punto en el que pueden volver a la "normalidad" si consumen suficiente sangre. Es el caso de la mujer del museo y, probablemente, el de Gabriel. No sé si tú también lo eres.

—Pues claro que no. —Se me quiebra un poco la voz—. Yo no tengo nada que ver.

—¿Ah, no? —Levanta una ceja—. ¿Cómo explicas la fuerza para atravesarle el cuello a aquella mujer con una flecha? ¿O tumbar a Gabriel?

—Adrenalina.

—Ajá. ¿Y los ataques de hambre?

—Ansiedad. No me estoy tomando la medicación.

—¿Y los de ira?

Me encojo de hombros con una risa seca.

—Vale, sí, puede que necesite un psicólogo. Después de la peli en la que estamos sería raro no necesitarlo.

Suspira y se frota el puente de la nariz con dos dedos.

—¿Y el arañazo? Tu madre te arañó al principio de la infección. Clara te mordió después. Ambas infectadas. Y aquí sigues, sentada delante de mí.

—Por eso te digo que soy inmune.

Vuelve a suspirar. Esta vez va directa a la última hoja de mi carpeta.

—Este es el informe médico completo que te hicieron cuando te arrestaron. —Empieza a leer—. «Paciente con presencia del Síndrome Hemático Degenerativo. Alteraciones hematológicas compatibles con infección avanzada. Sin signos de deterioro cognitivo, psicosis infecciosa ni pérdida de funciones superiores…» —Levanta la vista—. En otras palabras… Estás infectada, pero no loca.

Cierra la carpeta a medias, con el dedo marcando la página.

—Tu cuerpo mantiene una especie de simbiosis constante con la enfermedad. No lo elimina, pero tampoco deja que tome el control.

Es como si compartierais piso, ninguna de las dos puede echar a la otra. Los infectados en fase cinco necesitan mucha sangre para mantener la cordura. Tú, en cambio, necesitas comida. Por eso, cuando dejas de comer, empeoras. Y por eso cada vez necesitas comer más.

—Eso es una tontería. —Intento que suene firme, pero hasta a mí me suena a excusa—. Puede que coma más. ¿Y? Repito que no tengo mis pastillas.

—¿Segura? ¿No estás más tranquila desde que te has comido el bocadillo?

—Eso no tiene nada que ver.

—¿Te gustaría comerte otro ahora?

Me quedo callada un segundo.

—Por supuesto.

—Ahí tienes el síntoma.

Aparto la vista, con las manos apretadas contra el regazo, intentando que no me tiemblen. Tiene que haber otra explicación. Siempre la hay.

—Vale. —Trago saliva—. ¿Y por qué no me atacaban a mí, y a Gabriel sí?

Ortega tarda unos segundos en responder.

—Por lo que hemos podido deducir, Gabriel ha consumido tanta sangre que está más cerca de ser un humano sano que un enfermo. Los anémicos lo asocian con comida, por así decirlo. Tú, por el contrario, estás en una especie de limbo. Un híbrido. Con eso, no saben qué hacer.

Vienen a mi mente todas las veces que se me acercaron y se quedaron ahí, olisqueando, confundidos. El tuerto fue el único que me atacó de día, junto con esa mujer del museo. El resto solo de

noche. El sol… cada vez me molestaba más, el hambre, las lagunas… Mierda, todo encaja.

Me da la risa. Una risa floja, histérica, de esas que no controlas antes de ponerse a llorar.

—Entonces, ¿qué soy? —Me limpio los ojos con el dorso de la mano, todavía esposada—. ¿Una casa con okupas? ¿Qué vais a hacer conmigo, eh? ¿Me vais a matar? ¿Torturarme? ¿O me vais a hacer lo mismo que a esas otras personas, Ortega?

—No tendrías que haber escuchado eso.

—Vais a deshaceros de mí, ¿verdad?

La teniente guarda silencio unos segundos antes de contestar.

—Esas personas eran… experimentos. —No parece orgullosa de decirlo—. Hace un tiempo capturamos a una serie de personas que acaban de infectarse y… bueno… Queríamos confirmar algunas hipótesis. Entre ellas, saber cuánta sangre necesita un anémico para evolucionar.

Espero que no diga lo que estoy pensando.

—Conseguimos que recuperaran parte de la conciencia, pero… al darse cuenta de… Murieron ese mismo día.

Está evitando mirarme, se fija en mi carpeta. Es cierto, yo no soy un monstruo, lo sois vosotros.

—Con eso llegamos a la conclusión de que la sangre los mantiene cuerdos. Y que si no la toman retroceden… y mueren. —Alza la vista —. Pero tu caso es peculiar. Tiendes a la irritabilidad y a la apatía cuando no comes.

Se me acelera el corazón. Las esposas tintinean contra la mesa otra vez, sin que pueda evitarlo.

—Si me vais a matar, por lo menos que no sea delante de los niños.

—No vamos a matarte, Erika.

¿Ah, no? Pues tengo todas las papeletas.

—Tu metabolismo es distinto al de cualquier otro infectado que hayamos estudiado. Nos gustaría hacerte algunas pruebas. No invasivas —añade rápido, antes de que pueda protestar—. Creemos que podrías ser clave para encontrar una cura. También nos gustaría contar con tu apoyo para capturar un fase cinco. A poder ser lo antes posible.

—¿Y esas prisas? —pregunto, cruzando las piernas—. ¿Por qué es tan urgente?

—La ciudad está bajo alerta de ataque.

—Tch. No me digas que te crees esas teorías de que hay alguien atacando las zonas seguras.

—No es una teoría. Es un hecho. En Valencia hubo alguien que dejó entrar a los anémicos, y en varias capitales más. Toledo, entre ellas. Por eso hemos reforzado los controles de entrada. No nos podemos fiar de nadie ahora mismo.

—¿Entonces qué? ¿Quieres que me acerque a Gabriel para servirtelo en bandeja? —Se me escapa una risa amarga—. *Està clar*, necesitáis cobayas nuevas.

—No solo eso. Tiene información sobre los ataques.

—No creo.

—Por Dios, Erika, date cuenta. —Da un golpe con la palma sobre la mesa—. La mujer del museo te dijo que iba a Tarancón. Gabriel iba al mismo sitio. Hay una reunión de fase cinco prevista ahí. ¿De verdad no ves la relación?

—Iba a buscar a unos amigos, no ha…

Espera. Por eso insistía tanto en que no fuéramos a Madrid. Por eso estaba tan nervioso todo el rato. Por eso, cuando le dije que iríamos a Toledo, se puso tan contento. *Ay, mare*. No. No creo que sea eso… Él no…

—¿Qué quieres entonces? —susurro.

—Quiero que os quedéis aquí. Tú y los niños. Te prometo que estaréis a salvo, que tendréis comida todos los días. No te haremos ninguna prueba invasiva. Pero si conseguimos localizarlos, quiero que hables con Gabriel. Que lo convenzas de ponerse de nuestro lado.

No sé qué decir. Gabriel no es mi amigo, creo. Mínimo ya no le odio. Le guardo rencor, claro, pero usarlo así, entregarlo... algo dentro de mí se resiste.

Ortega deja escapar una breve exhalación y se pone en pie. Rodea la mesa. Se agacha junto a mí. Escucho el clic metálico de las esposas. Espera, me ha…

—Considéralo un gesto de buena fe. —Me froto las muñecas—. Puedes ir a ver a los niños. Pasear por la ciudad, si quieres. Tendrás escolta, por supuesto. —No la escucho; en mi cabeza solo oigo la canción *Libre* de Nino Bravo—. Quiero que vuelvas esta noche con una respuesta.

¿Eh? ¿Qué ha dicho? Se dirige hacia la puerta.

—Laura, espera. —Se gira—. ¿Y si… no soy capaz?

—Entonces Madrid está condenada —sentencia firme, marchándose.

Se va… me ha dejado solita en la sala de interrogatorios. ¿Qué acaba de pasar? ¿Me suelta y se pira? Qué confianzas. Lo que pide yo no… ¿Cómo voy a hacer eso? No soy una espía, soy una oficinista. ¿De verdad se piensa que puedo convencer a Gabriel? ¡Si apenas nos conocemos! Pide demasiado. Yo no puedo, no puedo salvar a nadie. ¿Quieres usarme de ingrediente para tu vacuna? Adelante, os dejo pinchar donde queráis. Pero esto… significaría que Gabriel es más peligroso de lo que me pensaba, y menos idiota. No, seguro que es otra víctima. En ese caso lo podría convencer… pero ¿y si no? ¿Me mataría? A ver, me robó el coche sin remordimiento…

Mis muñecas están marcadas por el roce de las esposas. El arañazo que me hizo mi madre no está… estoy… enferma… Respira, no es tan malo. Al menos… no te has comido a nadie… Mis pobres periquitos… Ay, y los peces, puff. Paso, voy a salir a despejarme. Ya que me dejan.

Cruzo el pasillo acompañada por un soldado. Este tampoco ha tenido un buen día. Ya veo la salida. La luz del sol me golpea de lleno en la cara.

—Joder… —Me llevo una mano a la frente—. Cada día me cae peor el sol.

Se me escapa una risa floja. Me molesta el sol, eh. Lo bueno es que por fin veo la ciudad. Viva. Hay colas para conseguir suministros, gente cargando cajas, carteles pegados en una pared pidiendo información sobre desaparecidos. Y sin embargo, en mitad de todo eso, hay niños jugando en la calle. Riéndose. Corriendo detrás de una pelota medio deshinchada. Sus risas llenan la plaza. Durante unos segundos cuesta recordar que, más allá de aquellas barricadas, el mundo se ha terminado.

Sonrío sin querer. Un momento.

—¿Sabe dónde están Joel y Lucas? —le pregunto al soldado que me acompaña—. Los niños que llegaron conmigo.

—Sí, sígame.

Lo sigo por varios pasillos hasta llegar a una sala amplia donde han improvisado una especie de guardería. Hay colchones en el suelo, cajas llenas de juguetes rescatados de quién sabe dónde y varias personas entreteniendo a un grupo de niños. En cuanto cruzo la puerta, una vocecita me hace girar la cabeza.

—¡Eri!

No puedo evitar sonreír. Me agacho justo cuando llega hasta mí y lo levanto en brazos.

—Ay, mi peque. —Le lleno la cara de besos—. ¿Cómo está mi regordete favorito?

Me responde con un balbuceo ininteligible y me agarra la cara con las dos manos. Un agradable olor a lavanda emana de él. Ay, Dios, este niño está para comérselo.

—¡Eri!

—Sí, sí, ya sé que me has echado muchísimo de menos.

Le hago cosquillas en la barriga y vuelve a estallar en carcajadas. Si solo pudiera quedarme así para siempre. La mirada de Joel me despierta de mis pensamientos. Está más serio de lo que esperaba. Me alegra ver que le han dado ropa limpia y se ha podido lavar; el pobre olía peor que yo.

—¿Estáis bien?

—Sí. —Evita mirarme a los ojos.

—He oído tu declaración. Sobre lo que pasó.

Se gira hacia otro lado.

—Gracias por no contar… algunos detalles.

—Tampoco quería perjudicarte.

Vuelve el silencio. Esta vez aún más pesado. Observo a Lucas, que juega con un mechón de mi pelo ajeno a todo aquello. Me voy a sentar en esa cama.

—Joel… Lo de vuestra madre... yo...

—Da igual —me corta—. Murió por la enfermedad. No por ti.

Nos quedamos mirándonos un rato. Tiene más ojeras que cuando nos arrestaron.

—¿Esto significa… que volvemos a ser amigos? —Esa pregunta tan inocente me desarma.

—No lo sé, Joel. —No puedo evitar apartar la mirada—. No sé si fiarme de ti.

Se sienta a mi lado y comienza a molestar un poco a su hermano.

—Lo entiendo… No voy a volver a engañarte. —Se le quiebra un poco la voz—. Pero por favor, no nos abandones aquí.

—¿Por qué piensas eso?

—Te conozco. —Sonríe con tristeza—. Seguro que ya te han dado esa opción. Si te vas… no volverás a por nosotros. Y me niego a que te separes de Lucas.

¿De Lucas, eh? Miro un instante al soldado que permanece junto a la puerta. Me acerco un poco más a él y bajo la voz.

—Puede que no estemos a salvo aquí, Joel.

—¿Eh?

—Sé por qué Gabriel insistía tanto en que no viniéramos. Pero da igual. No vamos a poder escapar de todos modos.

Joel baja la cabeza. Lucas empieza a jugar con mis dedos como si fueran muñecos. Durante un rato ninguno decimos nada. Solo escuchamos las risas del resto de niños.

—Si pudieras ayudar a proteger Madrid —le pregunto, al cabo de un rato—, ¿lo harías?

—Claro. —No lo duda ni un segundo—. Lo último que quiero es morirme.

—¿Aunque tuvieras que vender a un amigo?

Esta vez tarda un poco más.

—Si es necesario para salvar a mi hermano, o a ti... —Se encoge de hombros—. Sí. Lo haría.

La respuesta me golpea más de lo que esperaba. Me tenías que decir que no. Agacho la cabeza. Lucas intenta ponerme uno de sus

juguetes sobre la nariz y sonríe orgulloso. No puedo devolverle la sonrisa.

—¿Por qué lo dices? —Joel me observa preocupado—. ¿Por qué estás tan rara? Pensaba que ibas a seguir sin hablarme.

Suelto un suspiro largo.

—Me he cansado de estar enfadada contigo. —Sonrío con tristeza —. No sé si podré perdonarte algún día. Pero por ahora me alegro de que estéis a salvo.

A salvo. La palabra se me queda enganchada en la cabeza. ¿A salvo de qué? Fuera hay monstruos que pueden matarnos y estamos bajo riesgo de ataque. Bajo la vista hacia Lucas. Lo único que me queda son estos dos. Y hasta Joel me ha traicionado. Estoy… sola. Siempre he estado sola.

¿Para qué seguir sobreviviendo? ¿Para protegerlos? Eso solo es una excusa. Una perfecta para no pensar. Para no admitir que, cuando ellos ya no te necesiten… Volverás a quedarte sola.

Puede, pero aún puedo ser útil para algo más. Sí, claro. Traicionando a Gabriel. Se me encoge el estómago. Gabriel no es mi amigo. Me robó. Me mintió. Me utilizó. Entonces… ¿Por qué duele tanto siquiera pensarlo? No eres esa clase de persona. No traicionas a quien confía en ti. Aunque él sí lo hiciera.

—Oye, Erika. —La voz de Joel me saca de golpe de la espiral—. ¿Estás bien? Te has vuelto a quedar en babia.

Observo a Lucas una última vez. Después a Joel. No es la decisión que quiero. Es la única que puedo tomar. Dejo despacio a Lucas en el colchón.

—Sí, Joel. —Sonrío con una mezcla de tristeza y resignación—. Creo que ya sé lo que tengo que hacer.

Cuando cae la noche vuelvo a la sala de interrogatorios. Esta vez entro sin escolta. Sin esposas. Ortega ya me está esperando. Permanece sentada al otro lado de la mesa.

—¿Qué has decidido? —pregunta, en cuanto me siento enfrente —. ¿Vas a ayudarnos?

—Prométeme que los niños estarán a salvo, pase lo que pase.

—Por supuesto.

—Y que no le haréis daño a Gabriel.

—Haremos todo lo posible para que no sufra.

Respiro hondo.

—De acuerdo. Os ayudaré.

Capítulo 24: Libre como el mar.

—Sabemos que la reunión es en Tarancón —comenta un hombre, firme—. Nuestra propuesta consiste en enviar un pelotón antes de que comiencen a concentrarse. Si actuamos con rapidez, podemos eliminar al líder antes de que organicen un nuevo ataque.

Ah, ya decía yo que me sonaba su voz, es el mismo hombre con el que habló la teniente cuando me dejó solita en la sala de interrogatorios.

—Comandante, con todo respeto —lo interrumpe Julia—. Seguimos sin saber cuándo planean atacar Madrid. Puede ser mañana... o dentro de un mes.

—Según el testimonio de Erika y de Joel —interviene la teniente —, Gabriel tenía prisa por llegar. No creo que tarden mucho en venir hacia aquí.

—Razón de más para adelantarnos nosotros —corta el comandante—. Si esperamos a que den el primer paso, pondremos en riesgo a los civiles.

Otro militar levanta la mano y empieza a decir algo sobre reforzar las defensas del perímetro norte. No le presto demasiada atención.

Qué reunión tan aburrida. En las de contabilidad por lo menos nos daban café y un cruasán para desayunar. Aquí ni eso. Me han hecho madrugar, me han sacado sangre, me han metido no sé cuántas cosas por una vía, y luego me han traído directamente aquí, así que ahora mismo estoy más pa allá que pa acá. No tengo muy claro qué pinto yo en esta sala llena de militares, si ni siquiera me estoy enterando.

—¿Crees que podrás hacerlo?

Todos me están mirando.

—¿Eh? ¿El qué?

La teniente suspira. Julia me dedica una sonrisa comprensiva.

—Queremos que vengas con nosotros a Tarancón. Para poder hablar con Gabriel y convencerlo de que se una a nosotros, o al menos de que nos dé información.

¿Cómo? ¿Que salga? ¿Ahora que por fin he conseguido entrar en Madrid? Ni de coña. Aquí estoy la mar de a gusto. Dejadme aquí con mi cruasán y mis medicamentos, no quiero saber nada más de vosotros.

—¿Es necesario que vaya? —Es lo único que consigo decir en voz alta.

—Tienes que estar ahí —sentencia Ortega sin rodeos—. Tú entrarás primero conmigo. Nos infiltraremos antes de que llegue el resto del operativo. Así es más fácil que puedas acercarte a él para hablar.

—No lo veo, mi teniente. —Asiento, ignorando las caras de los militares—. Yo creo que mejor vais, les pegáis cuatro tiros y volvéis a tiempo para la cena.

Escucho varios suspiros repartidos por la mesa. No saben reconocer un buen plan. El comandante se inclina hacia la teniente y le susurra algo. ¿Ese hombre no se acuerda de que tengo buen oído?

—¿Ves? Por eso te dije que no podíamos confiar en ella. Debería volver al laboratorio.

—Es más útil de lo que parece —contesta la teniente, sin alzar la voz.

Hombre, teniente, gracias por defenderme. Pero estoy con el comandante. Deberíais dejarme aquí. Sobre todo después de las pruebas de esta mañana. Yo creo que lo que necesito ahora mismo es un bañito, unas palomitas, una peli tranquila y luego una partidita de cartas con Lucas. Con eso me conformo. No necesito nada más.

Los presentes continúan observándome con una mezcla de cansancio y desesperación.

—Erika. —Ortega me hace un gesto con la mano—. Por favor, vuelve a los laboratorios, a ver si así te encuentras mejor. Luego seguimos hablando del plan.

—No me lo digas dos veces. —Les sonrío, levantándome tan deprisa que casi tiro la silla.

Salgo de la sala antes de que a nadie le dé tiempo a cambiar de opinión. Un momento… Giro la cabeza hacia ambos lados. Los guardias están distraídos hablando… ¿Por qué debería ir a los laboratorios? Ni siquiera llevo escolta. Qué confianza me tienen de repente. Pues nada. Cambio de dirección. Voy a dar una vuelta. A ver si encuentro a los peques.

Camino por los pasillos de la instalación sin tener ni idea de por dónde tirar, doblando esquinas al azar, hasta que, por pura suerte, encuentro una puerta que da al exterior.

Qué bien, poder salir a la calle por la tarde sin tener que ir vigilando a cuarenta lados por si hay algún anémico siguiéndome. No se oyen disparos ni gritos… Oye, qué bonito es el cielo. No sé por qué, pero hoy estoy de buen humor.

Empiezo a recorrer la zona protegida de Madrid sin rumbo fijo. La zona segura cubre más o menos el Retiro, el Palacio, y los alrededores más cercanos, no podían hacerla más grande sin perder el control del perímetro, pero a mí me parece inmenso después de tantas semanas viendo solo carreteras vacías y pueblos abandonados.

Las fachadas siguen mostrando cicatrices, pero alguien ha limpiado las aceras, retirado coches y colocado puestos improvisados donde la gente vuelve a hablar, a reír e incluso a discutir por tonterías. Suena hasta normal.

Paseo junto al Palacio Real, la Puerta del Sol, el Kilómetro Cero. Qué mala suerte haber dejado el móvil en casa el día del brote. Todo es tan chulo. Sigo caminando, veo otra fachada bonita, otra plaza.

Joe, qué mal. ¿Y si sustraigo una cámara a alguien? Mínimo me quitaría el mono de hacer fotos.

—¡¿Erika?!

Me giro, con esa sonrisa tonta que no me abandona desde hace un par de horas.

—¿Sí? Dígame.

Ese hombre que me llama con cara de haber visto a su madre muerta me suena. ¿No es…?

—Hombre, Gabriel —le sonrío de oreja a oreja, enfocando la vista —. El chico al que quería ver. ¿Qué haces tú por aquí?

Tiene los ojos muy abiertos. La mandíbula tensa. Incluso da un paso hacia mí con cierta inseguridad.

—*Un moment, com has entrat?*

Él acelera el paso. Conforme me tiene enfrente, me sujeta la cara con ambas manos. Me gira un poco la cabeza hacia un lado, luego hacia el otro, observándome con una mezcla de alivio e incredulidad. Antes de que pueda preguntarle qué narices está haciendo, me abraza con tanta fuerza que casi me deja sin aire.

—Ea, ea... ya, ya, Gabriel. —Le doy un par de palmaditas torpes en la espalda—. Yo también me alegro de verte.

Él se aparta apenas unos centímetros. Tiene los ojos humedecidos.

—Dios... cómo me alegro de que no me hicieras caso —solloza sin soltarme—. No sabía que también iban a atacar Toledo... Lo siento, Erika. Lo siento muchísimo.

Lo observo unos segundos.

—No te preocupes. —Me encojo de hombros.

Gabriel se pasa una mano por los ojos para secarse las pequeñas gotas que le caen.

—Pero... ¿por qué estás aquí? Te dije que no vinieras a Madrid.

—Tranqui, Gabri. Aquí estamos a salvo, de momento. Lo que me extraña es que tú estés aquí.

Él suelta una risa incómoda.

—¿Y tú por qué estás así?

—¿Así cómo?

Hace un gesto con la mano señalándome de arriba abajo.

—No sé... pareces… como si hubieras salido de una despedida de soltera.

—Esa es una buena comparación —le sonrío. El pobre parece agotado. No es solo lo hundidos que tiene los ojos, ya los tiene casi transparentes, sino su piel. Está mucho peor que la última vez. ¿Cómo es posible? Se supone que ellos mejoran con la sangre, a menos…

—Te están usando de cobaya, ¿verdad? —me suelta de pronto, sacándome de mis teorías.

—No sé de qué me hablas. —Le aparto por fin, qué agobio me estaba dando.

—Vamos, admítelo —se ríe—. Eres una de nosotros, así al menos podrás…

—No. —Cruzo los brazos—. Yo no soy como vosotros.

—¿Todavía sigues con eso?

—Claro. —Levanto la barbilla con orgullo—. Yo soy un híbrido.

—¿Enchufable? —Gabriel arquea una ceja.

Nos quedamos mirándonos unos segundos. Admito que ese comentario me ha hecho gracia.

—No me cambies de tema —digo enseguida—. ¿Qué haces aquí? Se supone que estabas en Tarancón con los otros monstruos.

La sonrisa desaparece de su cara. Levanta un dedo delante de los labios a toda prisa.

—Shhh.

Mira a ambos lados de la calle. Después me coge del brazo y me conduce hasta un callejón estrecho, lejos de la gente que pasea por la avenida. Espero que no se propase. Solo cuando estamos ocultos entre dos edificios vuelve a hablar.

—¿Cómo sabes eso? —susurra, sin dejarme escapar.

—La mujer del museo también dijo que iba para allá. Un poco sospechoso, ¿no?

—¿Y sabiendo eso has venido a Madrid? —suspira, clavándome esos ojos verdes.

—Yo quería confiar en ti. Pero estás con ellos. ¿Eres un asesino?

Gabriel se aparta de la esquina y da un paso hacia mí.

—No soy un asesino —murmura; noto ira en su voz—. No quería que vinieras aquí. Solo intentaba protegerte a ti y a… ¿Y los niños?

—Están bien. —Me aparto de él—. Los tienen en una especie de guardería dentro de la base militar.

—Perfecto. —Está respirando fuerte—. Pues ve a por ellos y largaos de Madrid.

—¿Por qué? El que está en territorio enemigo eres tú. Ahora mismo llamo a un guardia y acabas detenido.

Gabriel empieza a sudar, se está alterando. Su respiración se vuelve pesada y rápida. Mira una vez más hacia la calle. Se pasa una mano por la coleta. Me agarra de ambos brazos antes de que pueda reaccionar.

—¡Erika! ¿No lo entiendes? —Me menea—. Madrid está en peligro.

—Ya. —Sonrío para tranquilizarlo—. Sé que planeáis atacar Madrid, pero los militares ya lo saben. No te preocupes. Seguro que todavía pueden salvarte.

—¿Salvarme?

—Claro. Tú estás con ellos contra tu voluntad, ¿no?

No sé por qué está tan sorprendido. Me acerco a él y le limpio una de las lágrimas que le quedan con el pulgar.

—Tú no eres igual de malo que ellos, Gabriel.

Se ha callado, qué extraño. Con lo parlanchín que es. Solo me observa. Con una mezcla particular de tristeza... y algo que no consigo identificar. Una pequeña sonrisa se dibuja en su rostro.

—Pensaba que seguirías odiándome.

—Digamos que ya no te odio… —resoplo—, pero me sigues cayendo mal, don ladrón.

Se le escapa una risa suave. Luego vuelve a buscar mis ojos de esa manera tan extraña. Nos quedamos mirándonos en silencio, escuchando a los ancianos quejarse al fondo. ¿Se le habrá ido la olla? Porque esa cara no es normal. Sacude la cabeza de repente, como si intentara espabilarse.

—Da igual. —Su voz vuelve a sonar seria—. Tenéis que iros de aquí.

—Qué pesado… —Salgo del callejón y vuelvo a caminar por la calzada—. Yo no me quiero ir. ¿Tú sabes el pedazo de cena que nos dieron ayer? Creo que no he comido tanto en toda mi vida. Y Joel… —Me entra la risa solo de acordarme—. Creo que el chaval se comió su peso. Claro, como está tan delgadito...

Gabriel aparece otra vez delante de mí, cortándome el paso. Me arrastra hacia un portal. Esta vez ya no sonríe. Tiene la respiración acelerada.

—Erika. —Su voz tiembla—. Márchate. Ya.

—Que no pasa nada.

—No, no lo entiendes. Madrid no va a ser atacada… —Traga saliva —. Está siendo atacada.

Capítulo 25: Hora del team building.

—Madrid está siendo atacada.

—¿Eh?

Parpadeo varias veces. De golpe siento como si la niebla que tenía en la cabeza se deshiciera. ¿De qué coño está hablando? ¿Cómo que están atacando, si yo lo veo todo tranquilísimo? El palacio ahí, la gente paseando, los chavales jugando...

—¿Por qué crees que estoy aquí? —añade.

Las palabras tardan unos segundos en hacer clic dentro de mi cabeza.

—No. —Doy un paso atrás, sin darme cuenta—. No, no, no. ¿Eres un topo? ¿Ha-hay más como tú aquí dentro?

El hecho de que guarde silencio me sirve de respuesta.

—La teniente tenía razón… estáis más sanos que enfermos… —Vaya mierda de controles—. Vosotros abrís las puertas para que ellos entren… Pero, ¿cómo? No van al ruido.

—No. Van a la sangre.

¿A la sangre? Claro. Claro. La necesitan para sobrevivir. Es lógico. Cuando se acercaban a olfatearme… Nunca buscaban personas. Buscaban sangre sana. Por eso parecían idos cuando detectaban a alguien. No era violencia. Era hambre. Están locos por la sangre.

—¿Y cuál es el plan?

—Que te vayas de Madrid.

—Otra vez con lo mismo —mascullo, echando a andar de un lado a otro—. No, no, no. Sabiendo esto, tengo que poner a los niños a salvo. Espera. La teniente. Esto tiene que saberlo.

—No. —La respuesta cae seca, sin dejarme espacio para replicar —. Coge a los niños y márchate. Madrid va a caer sí o sí. No hay

nada que puedas hacer para evitarlo.

—¿Cómo que no podemos hacer nada? Todavía no han atacado.

—No pienses que estoy solo. —Acorta la distancia entre los dos, bajando la voz—. Hay más como yo escondidos por toda la ciudad.

—Sí… pero… hay cientos de militares también. Entre todos podemos pararlos antes de que abran las puertas.

—No hay esperanza. —Su voz suena más cansada que otra cosa. Aprieta la mandíbula—. No puedes ir en contra de… Ese hombre va tres pasos por delante. Por favor, Erika. Huye.

Me toma las manos de golpe. Sus dedos están helados. Sostiene su mirada en la mía con una intensidad que casi me incomoda.

—Por favor. Huye. Solo te pido eso. Ponte a salvo.

Me quedo unos segundos mirándolo. Le suelto las manos.

—Qué manía. No necesito que me protejas, Gabriel. Sé cuidarme sola.

—Lo sé. —Desvía la cara un instante—. Desde que te robé el coche… no he… no he podido dejar de pensar en ti. —Baja los ojos hacia mí—. Creía que habías muerto por mi culpa. Necesitaba ver a mis padres, aunque para qué me sirvió… —Una pequeña sonrisa le suaviza el rostro—. Cuando te volví a ver, viva… No sabes la alegría que me dio.

—¿Alegría o alivio? —le corto, dudando de sus palabras.

—Puede que ambas. Ese día me juré que no iba a dejar que te volviera a pasar nada.

—No me hace falta tu caridad —aunque en el fondo, algo se me ablanda un poco al oírlo—. Pero si tanto quieres protegerme, ven conmigo a buscar a la teniente. Hay que avisarla.

—No. En cuanto me vean me pegarán un tiro. No van a escucharme. Somos monstruos, Erika. Aunque te hagan pruebas, aunque te traten bien, no te engañes: para ellos somos asesinos.

—No. Somos gente enferma. —Tiro de su brazo, obligándolo a que me mire a los ojos—. Están buscando una cura, Gabriel. Con tu sangre y la mía podrían conseguir una vacuna, un tratamiento, algo. No eres un asesino. Eres un enfermo, igual que yo. —Acaricio su mejilla—. Podemos curarnos. Podemos salvar Madrid. Podemos arreglar todo esto. Solo tienes que confiar en mí. Tenemos que ir con la teniente.

Gira la cabeza a ambos lados, se detiene en mí un instante y vuelve a vigilar la entrada del portal. Se pasa una mano por la nuca con los labios apretados.

—No sé, Erika. Si Esteban se entera de que...

—Esteban no está aquí —lo interrumpo—. Él está fuera. No vamos a dejar que entre. Ni él, ni nadie. —Le tiendo la mano—. *Per favor*, Gabriel. Si quieres una oportunidad para redimirte, es esta.

Permanece inmóvil. Los segundos pasan. Baja la vista hacia mi mano. Aunque pongas esa cara no voy a dejar que te me escapes.

—Vale. —Aprieta mi mano—. Pero si me matan, espero que a ti también te maten después.

Se me escapa una risa.

—Trato hecho. Me suicidaré por ti, si hace falta.

Ambos sonreímos y nos ponemos en marcha.

—¿Sabes dónde está tu querida teniente?

—Ni idea. Pero sé dónde va a comer hoy su sargento.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo dijo Joel. Él la ha visto un par de veces. —Parece que eso lo ha terminado de convencer.

Encontramos a Julia sentada en una terraza improvisada, con una bandeja de comida militar delante que no tiene muy buena pinta. En cuanto repara en Gabriel a mi lado, se pone de pie de un salto, derribando casi la banqueta.

—¿Este quién es?

—No te asustes, te presento a Gabriel.

No me da tiempo a añadir nada más. Julia saca la pistola y le apunta.

—¡Julia, espera! —Me cruzo delante de ella.

—Apártate. Laura confía en ti. —Mantiene el pulso firme—. Yo no. Por favor, apártate. Ese chico es peligroso.

—Encima que os hago el trabajo. —Levanto las manos, sin moverme de donde estoy—. Está de nuestro lado. ¿Ves? He cumplido.

Julia sigue apuntándole. Gabriel permanece inmóvil a mi espalda. Los dos se observan sin pestañear. Para que conste, no me gusta nada tener una pistola a milímetros de mi frente, gracias. O lo matas o nos ayudas, ¿te decides ya?

—¿Dónde está la teniente? —Aparto lentamente el arma con la mano.

—Está con el comandante, en la torre central —cede y baja el arma, aunque sin enfundarla—. Ha habido un...

No espero a que termine la frase. Agarro a Gabriel de la muñeca y echo a correr hacia allá.

—¡Aunque lo lleves con ella —me grita Julia desde atrás—, el resto de militares no os dejarán pasar!

Ignorando su advertencia, llegamos a la torre, un edificio de oficinas alto que domina toda la esquina. Desde la azotea sobresalen antenas, radares y varios puestos de vigilancia improvisados. A su alrededor hay vehículos militares, cajas de munición y soldados entrando y saliendo sin parar.

—¿Estoy a tiempo de volver al plan de invadir Madrid?

—No. —Le respondo de reojo, apretando el paso.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Ya no se aceptan cambios de equipo.

—*Quina mala sort tinc.*

Vale… Esto está complicado. No es como en los videojuegos. Aquí no puedo abrirme paso cargándome a medio equipo para llegar hasta el jefe final. Además, seguramente acabaría siendo yo el colador. La entrada está clara. Lo que no tengo tan claro es cómo quitar de en medio a los dos mastodontes que la están vigilando. Estamos jodidos. Le hecho un ojo a Gabriel.

—¿Tienes alguna idea?

Él se encoge de hombros.

—Yo te estoy siguiendo la corriente. Apoyo lo que hagas.

Lo observo unos segundos. Vaya ayuda. Qué poco resolutivo es este hombre. No arregla na… Mi atención se desvía hacia uno de los soldados. Se separa del grupo y empieza a caminar hacia unos baños portátiles colocados junto a un lateral del edificio. Una sonrisa empieza a dibujarse sola en mi cara.

—¿A dónde vas? —Gabriel me sigue de cerca mientras me acerco al baño.

Esperamos unos segundos. Se oye el típico sonido de una cremallera bajando desde el interior. Perfecto. Abro la puerta de golpe. El soldado se gira sobresaltado en mitad de... bueno.

—¿Pero qué co...?

Le regalo una sonrisa exagerada.

—*Bon dia, senyor.* Necesitamos su ropa.

Le hago una sutil señal con la cabeza a Gabriel. Él intercambia la vista entre el soldado y yo. ¿Puedes noquearlo ya?

—Perdón —suspira resignado.

El militar cae desplomado dentro del baño portátil. Buen chico Gabri, no hacía falta que le dieras tan fuerte, pero buen trabajo. Se queda observándolo unos segundos. Cinco minutos después, Gabriel sale vestido con el uniforme del militar.

—No lo veo.

—Tú tranqui y sígueme la corriente. Toma, ponte la gorra, que no se te vea la cara. Hazte un moño alto, ¿o te lo corto?

—Mi pelo no se toca.

—Vale, vale.

Nos plantamos en la entrada. Los dos soldados cruzan los fusiles bloqueando el acceso.

—Zona restringida.

—Lo sé. —Les sonrío con educación—. Necesito hablar con la teniente Ortega. Tengo información relevante.

Ambos intercambian una mirada. Luego escanean a Gabriel de arriba abajo.

—¿Tú de qué sección eres? Tu cara no me suena.

Me adelanto antes de que a Gabriel le dé por abrir la boca.

—Es… del laboratorio. Me lo han prestado para acompañarme a buscar a la teniente. —Pongo mi mejor cara de niña buena—. El asunto es urgente —advierto al guardia, ladeando un poco la cabeza, con toda la sensualidad que puedo reunir—. ¿Nos dejas pasar, por favor?

Se queda mirándome, luego a Gabriel, vuelve a mí. Por favor, trágatelo. Me estoy muriendo de vergüenza ahora mismo.

—Venga, vale. Está en la última planta.

—Muchísimas gracias.

Cruzamos antes de que pueda arrepentirse. En cuanto las puertas batientes se cierran a nuestra espalda, Gabriel se pega a mí.

—No me creo que haya funcionado.

—Yo tampoco. —Suelto una risa nerviosa—. Pensaba que me iban a arrestar otra vez.

—¿Nos has puesto en peligro sin tener ni idea de si colaría?

—Sinceramente, ni yo me lo hubiese creído.

Me mira de reojo; creo que todavía está intentando entender cómo sigo viva. Subimos las escaleras. Gabriel está tenso como una soga, mirando hacia todos lados. Ni que fuera la primera vez que te cuelas en un sitio. Cuando llegamos a la última planta desaparecen las risas. Al fondo, vemos unas puertas dobles custodiadas por dos soldados armados. Ambos nos impiden el paso. ¿Colará la misma estrategia?

—¿Quién es este? —inquiere uno de los guardias, inspeccionando a Gabriel sin disimulo—. ¿En qué sección está?

—Es del laboratorio —vuelvo a sonreir, ya me duele la cara.

—A mí no me suena. —El otro guardia se acerca, receloso—. Yo tengo turno de laboratorio, y no conozco a nadie tan alto. Ni tan pálido. Parece que esté un poco...

—Enfermo —completa el primero.

Los dos desenfundan las pistolas. Gabriel comienza a sudar al ver las armas apuntando a su cabeza.

—No. —Me coloco delante de él—. No está enfermo. Solo… le falta tomar el sol.

—Apártate.

—Necesitamos llevarlo con la teniente. Es importante.

—Tú eres una infectada. No nos podemos fiar de tu palabra. Dejadnos hacer nuestro trabajo.

Ni caso. Deberías escuchar más a los civiles. Un segundo… oigo a alguien hablar… esa voz…

—¡Teniente! —grito—. ¡Teniente Ortega! Tengo a Gabriel. Por favor, abran las puertas.

Seguro que Gabriel se está preguntando en qué momento aceptó seguirme. Lo veo en su cara.

—¡Laura, por favor!

Las puertas se abren. Sale la teniente, con cara de estar esperando lo peor. Detrás de ella aparece el comandante.

—Apartaos —les ordena a los guardias, sacando su propia pistola —. Erika, ¿qué haces con él?

—¿No queríais que lo sedujera? Pues aquí lo tenéis.

—Seducir dice… —murmura Gabriel con media sonrisa.

—¿Pretendes que nos lo creamos? —El comandante da un paso adelante—. ¿Cómo ha conseguido entrar aquí?

—A eso venimos. Nos están atacando ya.

La teniente baja un poco el arma.

—No ha habido ningún incidente. Solo un avistamiento de anémicos a las afueras. Nada preocupante.

Gabriel se quita la gorra.

—Eso es porque ya estamos dentro.

El comandante busca con la vista a Ortega, que le devuelve un gesto desencajado. Ninguno de los dos sabe muy bien qué responder.

—Bajad las armas —ordena la teniente, al fin—. Que entre.

Los soldados aseguran las puertas a nuestra espalda. La habitación queda sumida en un silencio tenso con nosotros cuatro dentro. Ortega saca unas esposas metálicas. Gabriel no opone resistencia y entrega las muñecas.

—Habla. ¿Cómo van a atacar Madrid?

—Fácil. Cuatro o cinco de los míos entran, buscan las compuertas principales y las abren durante la noche para dejar paso a los anémicos —lo suelta con una sonrisilla que les saca de quicio a ambos.

—Exageras —niega el comandante—. Los anémicos no obedecen órdenes. ¿O resulta que ahora podéis controlarlos?

—No. Nadie puede. Pero es fácil dirigirlos.

—¿Cómo? —La teniente frunce el ceño.

—Si pones un filete delante de un mendigo muerto de hambre, irá corriendo a por él solito —intervengo.

La teniente y el comandante cruzan miradas en silencio. Creo que se están debatiendo en si creernos o no. Me gustaría estar mintiendo, teniente, de verdad.

—Vale —suspira Ortega, al rato—. Os vamos a esconder. Hay que dar la alarma. Que todo el mundo baje a los búnkeres provisionales. Lo primero es encontrar a los traidores. Gabriel, ¿podrías identificar a los otros infiltrados?

—No les he visto nunca. —Se lo piensa un momento—. Puede… por el olor. Vosotros, los sanos, oléis distinto a nosotros. —Me señala sin darse cuenta.

—No me incluyas —le susurro, más seca de lo que pretendía.

—Haremos un reconocimiento —organiza la teniente—. Iré con Gabriel, daremos vueltas por el perímetro hasta dar con ellos.

—Yo también voy, puedo ayudar.

—No. —Ni se lo piensa—. Tú te vas con los niños al búnker.

—Mi olfato es casi tan bueno como el de él. Ahora bien, me prestáis un par de soldados, que yo pelear poco.

—No. Eres demasiado valiosa. No podemos permitirnos perder la posible vacuna.

—Ah, ¿no? —Sonrío con malicia—. Pues si me rajo el cuello aquí mismo… me habréis perdido igual.

El silencio es inmediato. Hasta Gabriel se vuelve bruscamente hacia mí.

—No te atreverías —ríe el comandante.

—¿Quieres apostar?

Lo digo con una calma que hasta a mí me sorprende.

—No vas a hacer eso, tenemos a los niños —amenaza la teniente.

—¿Vas a jugar esa carta? —Le clavo la mirada sin pestañear—. Sé que no vas a tocarles ni un pelo. Así que mejor déjame ir con el pelotón a buscar a los traidores, porque si no es por mi olfato o el de Gabriel, no los vais a encontrar antes del anochecer.

—Estáis perdiendo el tiempo —comenta Gabriel—. Dejadla venir. Los buscaremos nosotros mientras vosotros os aseguráis de que nadie ponga más sangre en ninguna puerta.

Eso, gracias, Gabri. Se vuelven a quedar callados. Estos dos piensan demasiado. Al final, la teniente asiente, muy a regañadientes. Cuando salimos del edificio, las sirenas ya están avisando a toda la población.

La gente empieza a correr hacia los búnkeres. Los soldados organizan filas. Otros empiezan a cerrar calles enteras con barricadas. Todo ocurre tan deprisa que apenas tengo tiempo para asimilarlo. Entonces veo dos caras conocidas.

—¡Erika!

Joel viene corriendo hacia mí con Lucas de la mano. Lucas se suelta de su hermano y corre directo hacia mí. Se abraza a mi pierna como si llevara semanas sin verme. Solo de verlos la sonrisa me sale sola. Me agacho y lo alzo en brazos.

—Hola, peque. —Me rodea el cuello con los brazos.

—¿Qué está pasando? —pregunta Joel, respirando agitado.

—Nos van a atacar. —Mi sonrisa desaparece—. Pero no te preocupes, hay un plan.

—¿Cómo quieres que no me preocupe? —Se le nota el pánico en la voz—. Vamos a escondernos.

—Coge a Lucas e id al búnker.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Me quedo. Debo encontrar a los infiltrados.

—No, no, no. —Me agarra de la manga—. No nos dejes aquí. Vente con nosotros.

—La única forma de manteneros a salvo es encontrar a los infiltrados. Así que, por favor, meteos en ese búnker.

Lucas levanta la cabeza y me mira con esos ojos enormes que tiene. Casi hace que se me rompa el corazón. Lo beso en la frente.

—Cuídalo mucho. —Se lo entrego a Joel en brazos.

—¿Te volveremos a ver? —No me pongas esa cara.

—Claro. —Le guiño un ojo—. Cuando Madrid esté a salvo.

Asiente, aunque veo duda en su rostro, y se va con el grupo de militares. Sed fuertes, chicos, volveré a por vosotros. Espero…

Las siguientes horas se convierten en un auténtico caos. Equipos recorriendo calles. Militares registrando edificios. Personas entrando en los refugios. Órdenes por megafonía, carreras, gritos y nosotros buscando entre miles de personas a solo unos pocos infiltrados. Está siendo complicado.

La parte buena es que Gabri ha encontrado a tres, menudo olfato tiene el chaval. En mi caso… he encontrado a uno… mejor eso que nada… supongo. Queda el último, pero el sol empieza a descender. Las sombras se alargan sobre las calles. Cada minuto pesa más que el anterior.

—Se nos acaba el tiempo —me mete prisa uno de los soldados que me acompaña, con la voz cada vez más tensa.

Respiro hondo una vez más. Intento concentrarme. Nada. El olor de cientos de personas me desorienta.

—No puedo… —Vuelvo a intentarlo. La frustración empieza a apoderarse de mí—. No lo encuentro.

Noto cómo el corazón me golpea cada vez más deprisa. ¿Dónde se ha escondido? Tiene que estar aquí. Tiene que estarlo. *NiiiIIIII...* La sirena. ¡Mierda, llegamos tarde!

Capítulo 26: ¡Ofreced vuestros corazones!

Soldados corren de un lado a otro arrastrando cajas de munición, levantando barreras improvisadas y gritando órdenes que se pisan unas a otras. Los focos iluminan la noche con destellos blancos mientras, a lo lejos, las sirenas no dejan de aullar. Los cuatro infiltrados, tres mujeres y un hombre, permanecen de rodillas, con las manos atadas a la espalda, rodeados por varios militares que no apartan los fusiles de ellos ni un solo segundo. Ortega observa todo con el ceño fruncido.

—Tenemos que reforzar las puertas —ordena, señalando con la barbilla la barricada que nos rodea—. Hay que evitar que se acerquen los anémicos.

En mitad de todo este caos, me llega un aroma tenue. Ese olor… lo conozco. Mi respiración se ralentiza mientras intento identificarlo entre la sangre y el sudor que impregnan el aire. No. Me lo estoy imaginando. Veo fantasmas donde no los hay: bueno, más bien los huelo. Un soldado se acerca corriendo.

—Teniente Ortega, solo hemos encontrado una puerta ensangrentada —informa—. Las demás están todas limpias.

—¿Cómo explicas eso? —se gira hacia Gabriel.

—*Això... això no pot ser.* —Él niega con la cabeza—. Yo dejé la mía preparada anoche. Cumplí con mi parte. ¿Vosotros no?

Los cuatro sonríen al mismo tiempo. Qué perturbadores. La primera es una mujer rubia de pelo corto que debería cortarse un poco con la base del maquillaje. A su lado hay una mujer alta de piel oscura, con la ropa militar desgarrada; sus ojos son incluso más cristalinos que los de Gabriel. La tercera es la que he atrapado yo, una chica morena, la pobre no deja de temblar.

—Qué decepción, Gabriel —comenta el hombre del grupo.

—Esteban tenía razón —añade la morena, castañeteando los dientes—. Eres un traidor.

—Por eso no se fía de ti —remata la rubia con tono burlón.

—¿De qué estáis hablando? —Gabriel se queda paralizado.

—¿Aún no lo entiendes? —masculla la más alta, fingiendo cierta lástima.

El silencio que sigue vale más que cualquier explicación. Gabriel retrocede un paso, buscándome con la mirada.

—Yo… no-no lo sabía. Te lo juro, no puede ser, ese hombre...

Empieza a respirar demasiado rápido. Su pecho sube y baja con violencia. Las pupilas se le dilatan a toda prisa. Aprieta los puños con tanta fuerza que los nudillos se le vuelven blancos.

—Eso te pasa por intentar dejar de alimentarte —le suelta la alta, con crueldad—. Si sigues así, vas a retroceder.

—¡Callaos! —grita Gabriel, con una voz que retumba por toda la plaza.

Que susto. Aquello hace que varios soldados levanten inmediatamente los fusiles. Me acerco despacio hasta él y le sujeto la cara entre las manos.

—Gabri. Mírame. Tranquilo. —Sus ojos tiemblan—. Ya sé que no es culpa tuya. Pero tenemos que encontrar al que falta.

Bien, bien, eso es, Gabri. Respira... Parece que está un poco mejor. Me giro hacia los cuatro.

—¿Quién es el otro infiltrado? Dadnos una descripción.

—¿Por qué íbamos a hacer eso? —suelta el hombre, con desprecio.

—Bien…

Antes de que nadie pueda reaccionar, le arrebato el cuchillo del cinturón a la teniente. Paso el filo por mi antebrazo. Un corte limpio. La sangre empieza a deslizarse por mi piel. Duele, pero apenas me

detengo en ello. Gabriel clava los ojos en la herida al instante, sin poder evitarlo, controlando su respiración.

—¿Qué haces? —se alarma Ortega, alternando la atención entre el corte y la cara hambrienta de Gabriel.

Extiendo el brazo frente a los cuatro. Mi sangre cae gota a gota sobre las baldosas.

—Supongo que llevaréis días infiltrados aquí dentro. Sin comer. Seguro que estáis hambrientos. —Me acerco la herida a los labios y lamo un poco de la sangre con una sonrisa, despacio, exagerando el gesto—. ¿No os apetece un tentempié?

La rubia traga saliva de forma audible. El hombre tensa el cuello hasta marcar los tendones.

—No nos engañas. —Su voz suena firme, aunque algo en sus ojos empieza a titubear—. Podemos aguantar. No somos monstruos descerebrados.

Sonrío un poco más. Paso un dedo por la sangre. Después me lo llevo lentamente a la boca. La punta de mi lengua recoge la gota con una calma provocadora, sin apartar la mirada de él. Los cuatro siguen cada movimiento sin pestañear. El olor invade el ambiente.

—¿Estás seguro? —Me relamo los labios.

Sus pupilas se vuelven completamente cristalinas. Da un tirón tan fuerte hacia delante que dos soldados tienen que sujetarlo. Abre la boca dispuesto a morderme.

—No sucumbas, Marcos —le advierte la más alta.

Él sigue forcejeando. Jadea como un animal. ¿Tan mal están que no pueden aguantar?

—¿Que no sois monstruos? —me sale una carcajada demasiado fría —. Si eso fuera verdad, nos diríais dónde está el que falta. ¿No veis lo que estáis haciendo? Si seguís callados, toda esta gente va a morir.

—¿Y a mí qué me importa? —exclama la morena, con un hilo de voz—. Ya estamos muertos.

—Importa porque hay una cura. —Los cuatro alzan su vista sobre mí—. Podéis volver a ser humanos. Sanos. Sin tener que ir por ahí cada noche buscando el cuello de alguien. —Sus ojos reflejan la primera duda—. Pero si preferís seguir siendo monstruos, por mí perfecto. —Clavo la vista en ellos—. Porque en cuanto encuentre al que falta… Os convertiré a todos en carne picada y haré hamburguesas con vosotros.

Oh, qué bien me ha salido la amenaza. Fría y sin emoción. Seguro que piensan que estoy loca, otra vez. Se han quedado todos en silencio, normal, hasta el pobre Gabri ha retrocedido un paso. No os asustéis. Tampoco ha sido para tanto, ¿no?

—N-no podemos… —La morena rompe en llanto—. Si-si Esteban se entera… Nos matará. Al menos vamos a llevarnos algunos aperitivos.

—Eso es traicionar a vuestra nación, para empezar —interviene la teniente—. ¿De verdad crees que a Esteban le importáis? Os ha enviado aquí porque sois reemplazables. Si de verdad os valorara, estaríais con él, fuera. No aquí dentro, arriesgándoos a que os capturaran. Para él no sois nada.

Los cuatro permanecen en silencio.

—Pero para mí sí. Podemos curaros. Decidnos por dónde van a atacar.

Se miran entre ellos, un intercambio silencioso que dura demasiado para mi gusto.

—Por Sol —murmura al final la alta de piel oscura—. Van a atacar por el metro de Sol.

Qué jodíos. Van a usar a los anémicos que hay atrapados en el metro. Agarro a Gabriel de la muñeca y salgo disparada hacia la avenida. La teniente nos sigue de inmediato, con todo el pelotón.

—¡Id a por refuerzos! —ordena a un par de soldados, sin dejar de correr—. Nos vemos en Sol.

Mientras corremos por las carreteras, Gabriel carraspea.

—Oye. Lo de hacerlos carne picada... no iba en serio, ¿no?

A ver. Técnicamente tengo hambre. No voy a comerme a una persona, claro que no. Pero… mejor que no me tienten. Decido no contestar, vaya a ser que me malinterprete.

Llegamos a Sol apenas unos minutos después. En cuanto pisamos la plaza, tanto Gabriel como yo notamos un olor a sangre tan intenso que casi puedo saborearla.

—Es aquí —confirma Gabriel.

Todos se ponen en guardia. Se supone que las entradas al metro están tapiadas con placas metálicas y vigas. Así que… ¿Qué son esos golpes? *¡BUM!* Todo el suelo vibra. *¡BUM!* Las placas de acero se arquean hacia fuera.

—Preparados... —advierte la teniente.

¡¡BOOOOM!!

Las soldaduras revientan. Las planchas salen despedidas como si fueran de cartón. Un bloque gigantesco pasa a milímetros del rostro de Ortega, acariciándole el pelo antes de estrellarse contra la fachada de detrás. Ella apenas consigue apartarse. El soldado a su lado no ha tenido tanta suerte. El impacto lo estampa contra la pared del edificio tras nosotros. Se oye un crujido húmedo. No pienso mirar.

—¡Disparad! —ordena la teniente a pleno pulmón.

Una lluvia de balas rompe la noche. Empiezan a salir. Ay, Dios, ¿cuántos hay? No recuerdo que hubiese tantos ahí abajo. ¿Habrán traído más? No paran de subir, pisoteándose los unos a los otros, escalando sobre montañas de cuerpos que se asfixian en las escaleras.

Acabo de caer en una cosa. No sé pelear. Estoy desarmada. Tampoco puedo salir de aquí. Somos la última barrera antes de que estas cosas lleguen a toda la gente que hay dentro de los búnkeres. ¿Qué hago? ¿Huyo? ¿Me pongo detrás de Gabriel y dejo que él...? No. No voy a usar al pobre Gabri de escudo humano. Tiene que haber otra solución.

—Toma. Úsala.

La teniente me pone una pistola en la mano. Me quedo observándola un segundo. ¿Esto? ¿Con esta pistolita crees que me puedo defender?

—A ver si has mejorado tu puntería —sonríe, girándose hacia el metro.

¿Que si he mejorado? Ahora vas a ver lo buena que soy. Que se note los cientos de horas de *shooter* en RV. Aunque es la primera vez que pillo un arma de verdad. No será muy distinto.

Me tiemblan las manos. Todo el cuerpo, en realidad. El corazón me va tan rápido que lo noto hasta en los oídos, y cada anémico que sale corriendo hacia nosotros me parece más grande, más rápido, más terrorífico que el anterior. Disparo. Mierda. Lo vuelvo a intentar. Dios, ¿por qué no acierto? A la tercera va la vencida.

¡Le he dado! En la pierna, pero le he dado. Tú puedes, Erika; solo te tienes que acostumbrar, vamos. Cuarto disparo, quinto, sexto, empiezo a corregir la puntería. Le doy a otro en el brazo. Después a otro en el hombro. Estoy fallando menos. Las balas empiezan a encontrar cabezas en lugar de extremidades. ¡Bien!

Por otro lado, cada vez que un anémico consigue acercarse demasiado a mí, Gabriel le asesta un puñetazo que lo revienta contra el asfalto. Otro se me abalanza. Él lo golpea con el antebrazo. El cuerpo sale despedido varios metros antes de partirse contra una farola. Yo, como el que no quiere la cosa, me estoy intentando alejar de él.

—No te apartes de mí —me ordena, acercándose otra vez. No pilla las indirectas.

—Me estás asustando un poquito.

—¡Te estoy protegiendo!

—¡Ya, pero das miedo haciéndolo!

—Tú concéntrate en darle a alguno.

—Estoy en ello, ¿vale? No me juzgues.

A pesar del festival de cadáveres, estamos avanzando. Los soldados mantienen la línea. Los cuerpos empiezan a acumularse delante de la entrada del metro. Cada vez salen menos. No me lo creo. Lo estamos consiguiendo. Dios, no nos abandones ahora, por favor, que lo vamos a lograr.

¿Qué es ese olor? Parece el mismo de antes. Más intenso. No. No, no, no. Deben de ser las drogas de esta mañana, que me siguen haciendo efecto. No puede ser él.

Un rugido grave retumba dentro del túnel. Los disparos empiezan a disminuir. Todos se giran hacia la oscuridad. Algo enorme está subiendo por las escaleras del metro. Un hombre. Debe medir casi dos metros. Su cuello parece más ancho que mi cintura. Los músculos tensan la ropa desgarrada. *Mare, pare,* preparadme un cuarto que ahora voy. Mi estómago se encoge. No. Se parece demasiado. Demasiado al tuerto. Doy varios pasos hacia atrás sin darme cuenta.

—¿Qué pasa? —Gabriel me sigue la mirada.

Al culturista con esteroides le siguen una mujer y otro hombre, más bajo que Gabriel.

—Mierda… ¡Caníbales! —grito, mientras voy con la teniente.

Se le nota el miedo en el rostro en cuanto lo oye. Incluso los reclutas más curtidos reaccionan con un murmullo de pánico. Pese a todo, alza la voz hacia sus hombres.

—¡Sacad las armas de alto impacto! Estos engendros aguantan más de lo que parecen.

Esa es mi teniente, siempre tan resolutiva. Los soldados vacían los cargadores de las ametralladoras pesadas contra los tres monstruos en un ataque desesperado. El ruido me molesta en los oídos. Cada disparo levanta pequeños chorros de sangre y trozos de piel. Pero no caen. Ni siquiera parece dolerles. Siguen caminando, lentos, tranquilos. Igual que el tuerto, no se van a rendir hasta que nos coman.

La caníbal agarra a uno de los soldados por el cuello, lo levanta del suelo, y le clava los dientes en el hombro con tal fuerza que le arranca un pedazo de carne. El hombre cae de rodillas sujetándose la garganta mientras intenta respirar entre borbotones de sangre. Ella ni siquiera espera a que muera. Sigue arrancándole trozos con una calma enfermiza. Voy a tener pesadillas con sus alaridos, si consigo salir de aquí.

El culturista se acerca a una militar, le agarra la cabeza con una sola mano. La soldado le dispara a quemarropa. El caníbal aprieta hasta que el casco se deforma junto con el cráneo. La sangre brota entre los dedos del monstruo antes de que el cuerpo caiga desplomado.

Hace unas horas estaba pensando en hacerme una foto en esta plaza y ahora… ahora parece que estamos en La Tomatina.

—¡Nos están mutilando! —solloza un soldado, con la voz rota—. ¿Qué hacemos, teniente?

Ortega grita algo por la radio, pidiendo refuerzos, pidiendo a alguien, a quien sea, que venga. Los disparos ya no sirven para mantener la línea. Solo consiguen retrasarlos unos segundos.

No me puedo mover. Esto va mal. Esto va muy mal. ¿En qué momento acepté hacer esto? No tendría que haber venido. Debí quedarme en casa. Al menos estaría con mis padres. ¿Qué hago aquí? Hace dos meses estaba peleándome con un Excel por una

fórmula. Mi mayor preocupación era que mi jefe encontrara un error en una factura. Y ahora… hay un monstruo comiéndose la cabeza de un soldado delante de mí. ¿A quién le pareció buena idea que yo participara? No soy militar. No soy policía. Ni siquiera sé sujetar una bendita pistola. Solo soy una contable. Voy a morir. Da igual cuántas bromas haga al respecto, voy a morir. No sirvo para esto. No sirvo para nada de esto.

—¡Erika!

Gabriel me zarandea de los hombros, sacándome de golpe de mi propia cabeza.

—¡Tenemos que salir de aquí!

—¿Eh? —Parpadeo, intentando volver a la realidad.

—¡Corre!

—Sí, sí, vale. Hay… hay que escapar.

Espera, es ese olor otra vez. Está cerca. Entre el humo, los cadáveres, los anémicos que todavía se retuercen por el suelo… Veo una figura alejándose. Camina deprisa hacia una de las bocacalles, intentando pasar desapercibida mientras todo el mundo está concentrado en los caníbales. Mi corazón se acelera.

—¡Gabriel! —Él sigue la dirección de mi dedo—. ¡Ese! ¡No dejes que escape!

Gabriel desaparece de mi lado. Corre igual que un animal. La figura, al verlo, acelera, demasiado tarde. En cuestión de segundos, lo derriba de un placaje. Los dos ruedan por el suelo. El desconocido intenta zafarse. Pero mi Gabri le inmoviliza los brazos y lo aplasta contra el asfalto.

—¡Lo tengo! —exclama, clavando la rodilla sobre su espalda—. Es el otro infiltrado.

Eso me temía. Empiezo a correr hacia ellos. Cada paso hace que el olor sea más intenso. Se me hace un nudo en el estómago antes

incluso de llegar a verle la cara del todo. Gabriel le obliga a levantar la cabeza. La respiración se me corta.

—¿Rubén?

Capítulo 27: Que la muerte no se pare.

—¿Rubén?

Intenta retorcerse para quitarse a Gabriel de encima, sin éxito. En cuanto consigue girar el cuello y cruzar la mirada conmigo, la cara se le desencaja por completo.

—¿Erika? —Casi se le escapa una risa amarga—. ¿Cómo no estás muerta?

—¿Eres uno de ellos? —Se me hace un nudo en la garganta al decirlo—. ¿Eres un traidor?

Agacha la cabeza un segundo. Cuando vuelve a levantarla, ya no queda nada del chico despreocupado que conocía.

—No me quedaba otra —murmura con la voz rota, casi en un ruego—. Si no lo hacía… No quería acabar igual que mi hermana.

Le observo en silencio. Tengo sentimientos encontrados. Me alegro de verle casi tanto como me decepciona.

—¿De qué conoces a este? —interviene Gabriel.

—Es un amigo. —Me cuesta procesarlo al decirlo—. Pero no lo entiendo. Hace... ¿qué? ¿Dos semanas? Tres como mucho que te contagiaste. ¿Cómo es posible que ya estés...?

Rubén guarda silencio. Gabriel aprieta los puños, su respiración vuelve a acelerarse.

—Maldito Esteban está creando más como nosotros. —escupe entre dientes—. Nos usa como arma para sus planes.

—¿Pero con qué objetivo? ¿Qué clase de maníaco querría atacar a una ciudad entera? Él también es humano.

—¿No es obvio? —sonríe Rubén, desde el suelo, con un tono que no reconozco—. Tiene hambre. Igual que todos nosotros.

El sonido de los disparos y lamentos, a la vuelta de la esquina, es lo único que se escuchan.

—Levántalo, Gabriel. Vamos a llevárselo a la teniente.

—¡No! ¡Si me entregas a los militares, me mataran!

Me acerco despacio hasta plantarme a medio metro de él.

—Has condenado a esta ciudad. No debería importarte lo que pase contigo.

—¿Desde cuándo eres tan fría conmigo, eh? —Se le quiebra la voz—. ¿Ya se te ha olvidado todo lo que pasamos juntos? Los cumpleaños. Las salidas. Cuando rompías con tus novios y venías corriendo a buscarnos a Mari y a mí. Somos amigos, Erika.

Siento un pinchazo en el pecho. Claro que me acuerdo. Cómo olvidarlo, pero…

—Sí. Recuerdo cómo intenté salvaros de aquella mujer, en el museo. Y cómo huiste, llamándome monstruo.

—No me culpes por eso —aprieta los labios—. Lo que vi no era normal. Vi a mi amiga de toda la vida cortándole el cuello a alguien con una flecha, como si fuera una psicópata. No puedes culparme por asustarme.

Le dedico una sonrisa triste.

—No te culpo. De verdad que no. Pero me hace gracia que el mismo que me llamó monstruo se haya convertido en uno. Somos amigos, Rubén. No voy a dejar que te maten. Ni a ti tampoco, Gabriel. Pero los dos tendréis que responder ante la justicia. Eso ya no me compete a mí.

—¿Y a ti te parece bien? —Rubén gira la cabeza hacia Gabriel—. Tú y yo podemos con ella. Es más débil que nosotros dos juntos.

—Puede —suspira Gabriel, sin soltarlo—. Pero tiene razón. Andando.

Regresamos a la plaza. Esto está peor que antes. Hay cientos de cuerpos inertes en el suelo. Solo quedan unos pocos soldados luchando. Todos malheridos.

—¡¿Dónde estabais?! —nos grita la teniente al vernos.

—Hemos encontrado al infiltrado.

—Tarde. —Aprieta los dientes, recargando el arma con manos temblorosas—. Ya da igual. Hemos acabado con todos los anémicos normales, pero a estos tres no les hacemos nada. Si salen de la plaza, se van a comer a todos los civiles de la ciudad.

Otro soldado sale despedido varios metros tras recibir un golpe. Los demás consiguen arrastrarlo antes de que uno de los caníbales lo aplaste.

—Se acabó. Ya no hay nada que hacer. —se ríe Rubén con amargura—. ¿Nos piramos?

—No, no somos unos cobardes como tú —le espeta Gabriel con asco—. Lo vamos a solucionar.

—Se aceptan sugerencias —suspira la teniente, con la voz tensa —. Mis hombres están a punto de caer.

—¿Cuántos soldados quedan? —pregunto al ver tan pocos.

—Cinco. Están reteniendo a los dos caníbales como pueden. El tercero se ha puesto a comer los cadáveres del suelo.

—Por lo menos ese no pierde el tiempo.

Se está comiendo su… ¿hígado? Creo que voy a vomitar. Estamos bastante jodidos. Si al menos tuviéramos un poco más de ayuda, o un par de...

—Oye. —Me giro hacia la teniente—. ¿Tenemos explosivos?

—Sí, claro. Pero no podemos tirar bombas a lo loco, podríamos destruir media plaza, y a lo mejor todavía queda algún civil sin evacuar.

—No, no me refería a eso. —Miro a Rubén—. Ayúdanos.

—¿A qué?

—Esos bichos siguen el olor de la sangre. —Me giro hacia los demás—. Por eso no han salido de la plaza. Si metemos todos los cadáveres en el túnel, volverán a entrar detrás. Y los encerramos.

—Ya, muy bonito —se burla Rubén—. ¿Y luego qué? ¿Esperamos a que vuelvan a salir?

—No, si sellamos el metro —capta Gabriel.

—Eso solo retrasará el problema —insiste Rubén—. En cuanto se acabe la comida volverán a salir.

Ortega se queda pensando un momento. Intercambiamos una mirada. Luego hace una señal a uno de los soldados. Un minuto después, aparecen con varias mochilas.

—Escuchad. —Su voz recupera toda la autoridad—. Mis hombres mantendrán ocupados a los fase cuatro. Mientras tanto… —Nos señala a los tres—. Nosotros bajaremos al metro y colocaremos las cargas.

—No. —Gabriel niega con la cabeza—. Me quedo a defenderlos. Sin ánimo de ofender, teniente, pero sus hombres no son lo bastante fuertes para esto.

—Aunque me pese admitirlo, tienes razón. —Abre el cargador de su pistola—. Las balas no les hacen nada, y apenas nos queda munición.

Estiro la mano hacia Gabriel, pero la recojo antes de tocarle.

—¿Crees que podrás? —Me cruzo de brazos—. Dan más miedo que tú.

—Uy —sonríe de lado, acercándose un paso—. Tranquila. Volveré a sacarte de ese túnel en cuanto termine.

—No me hace falta tu ayuda. —Le devuelvo la sonrisa.

Rubén nos observa a ambos con una ceja levantada. No sé qué le sorprende. Suelo tener buenas ideas.

Antes de bajar al túnel, Gabriel coge un adoquín del suelo y se lo lanza directo a la cabeza del culturista. El caníbal se gira hacia él, gruñendo.

—Eh, musculitos. —Gabriel se unta la sangre de los cadáveres del suelo en los brazos—. ¿Quieres cenar o qué?

Le tiembla la voz al decirlo. Su respiración se acelera, sus manos se agitan. No te la juegues tanto, por favor. Entre tanto, nosotros empezamos a arrastrar cuerpo tras cuerpo hacia la boca del metro. El olor a sangre se vuelve cada vez más intenso.

Gabriel espera hasta el último segundo y se aparta de un salto. El anémico pasa de largo. En ese momento aprovecha para empujarlo contra la otra caníbal. Ambos chocan.

—¿No sabéis que para bailar hace falta una pareja?

Los dos rugen al mismo tiempo y salen tras él. Corre, por Dios, corre. Los cinco soldados aprovechan para mantener vigilado al tercer caníbal, el único que continúa alimentándose. Laura nos hace una señal. Ya están todos los cuerpos en el metro. No te mueras, Gabri, volveré.

Los tres descendemos al interior del túnel. No veo nada, está demasiado oscuro. Hay un olor fuerte a anémico muerto que me revuelve el estómago.

—Buah. Qué asco. —Rubén se tapa la nariz con la manga.

—Concentraos —corta la teniente—. Coged un par de cargas cada uno. Os voy a explicar cómo funcionan.

Colocamos los explosivos en los puntos que nos indica, a ciegas. Rubén tropieza con algo. Ay, pobre. ¡Ah! ¿Con qué me he tropezado? Sabes, mejor paso. Por el contrario, Laura ni se inmuta. Coloca una carga, la programa, pasa a la siguiente. Creo que ya lleva tres o

cuatro puestas y yo aún voy por la primera. Qué se note que trabaja de nuestros impuestos.

Diez minutos después, todas las cargas están colocadas. La teniente comprueba el temporizador de la última y hace una señal con la cabeza.

Nada más salir, nos apartamos de la entrada. El caníbal que estaba alimentándose levanta la cabeza, olfatea el aire y entra despacio en el túnel.

—Bien. Uno menos. Faltan dos.

—¿Y cómo vamos a atraer a los otros? —Buena pregunta, Rubén.

Gabriel está intentando arrastrarlos hacia la boca del metro, esquivando golpes, ganando terreno, pero los dos caníbales que quedan no terminan de morder el anzuelo.

La teniente aprieta la mandíbula. Sin decir nada, me arrebata el cuchillo del cinturón. Se hace un corte profundo en el antebrazo. El olor invade la plaza. Ambos caníbales giran la cabeza al mismo tiempo. Ella alza el brazo ensangrentado justo en la entrada de las escaleras.

—¿Tenéis hambre? Pues venid a por mí.

—¡Laura! —Corro hacia ella—. ¿Qué estás haciendo? ¡Te van a matar!

El olor a sangre fresca los distrae al instante. Se abalanzan hacia ella con una velocidad que no deja tiempo para pensar.

—Es mi deber proteger a mi pueblo —sonríe sin pestañear—. Y sería un honor morir por él.

—¡Estás loca! —me planto a su lado—. ¡Tu vida vale mucho más que la nuestra!

Laura ni siquiera me mira. Mantiene el brazo cubierto de sangre en alto mientras los dos caníbales se acercan. Si no huyo ya, me atraparán a mí también.

—No digas tonterías.

—¡No son tonterías! ¡Utiliza a uno de esos soldados si hace falta! No malgastes tu vida así.

La teniente me dedica una mirada entre cansada y divertida.

—Soy la oficial al mando —sentencia, firme—. Si alguien debe sacrificarse… soy yo.

Los dos caníbales ya casi han llegado. Mi corazón se dispara. No, no, no. Van a matarla. Van a llegar. Van a… ¿Qué hago? No puedo hacer nada. No puedo… *No pasa nada si muere.* Aprieto los dientes. *Es una desconocida.* No. *La conoces desde hace apenas un par de días.* Pero… *No es tu amiga.* Ya no es una desconocida. *¿Vas a sacrificar tu vida por alguien que apenas conoces?* Mi respiración se acelera. *No merece la pena. Solo espera. Si el plan funciona, ellos entrarán en el metro. Todo habrá terminado. Estás a punto de volver a estar a salvo.* Puede ser, pero yo quería que todos volviéramos a la normalidad. Y eso también incluye a Laura.

—¡No! —Me acerco a la teniente.

—¡Erika! —grita Gabriel.

Los dos caníbales están a apenas un metro de ella. Laura no retrocede. No creas que te dejaré morir así. La agarro con todas mis fuerzas del otro brazo y tiro hacia atrás. Uno de los caníbales alcanza a cerrar sus mandíbulas sobre el antebrazo justo cuando consigo apartarla. ¡Mierda!

Laura se resiste a gritar. Qué fuerza tiene. ¡Suelta el brazo de mi teniente! Durante una fracción de segundo ambos forcejeamos por ella. Hinco las botas contra las baldosas, me van a arrastrar con ella. ¡No lo pienso permitir!

¡Crac! ¿Un chasquido? *¡Crac!* El caníbal da un último tirón salvaje hacia atrás. Su… su brazo… ya no… Ambas caemos al suelo. Ese monstruo retrocede con el brazo entre los dientes. Laura aprieta los labios con tanta fuerza que apenas consigue contener el grito. La sangre empieza a extenderse por la plaza.

—¡¡Laura!!

La inercia del tirón ha hecho que el culturista pierda el equilibrio. Gabriel y Rubén llegan al mismo tiempo. Sin detenerse. Los dos embisten a los caníbales. El impacto los hace retroceder, cayendo escaleras abajo a la boca del metro.

—¡¡AHORA!!

Gabriel y Rubén, junto con los pocos soldados que quedan en pie, empujan las enormes planchas metálicas. Arrastran una furgoneta policial para bloquear el acceso. Después varias barreras, contenedores, vigas, todo lo que encuentran. *¡BUM! ¡BUM! ¡BUM!* A-aguanta, aguanta. Antes de poder reaccionar, la teniente activa el detonador.

¿Eh? No pasa nada. ¿Por qué no pasa nada? Miro el hueco del metro, esperando. ¿No me digas que las hemos puesto mal? Se me acelera el corazón, ya no sé si es por el miedo o por la desesperación.

—Dale otra vez —le susurro a Laura—. A ver si es la señal.

Pulsa el botón una, dos, tres veces. Nada. Se acabó. Reza Erika, no veo salida. Laura se está desangrando, no tenemos ningún plan de emergencia, y en cuanto esos terminen de comerse los picadillos, volverán a subir. Y—

¡¡¡¡BUUUUM!!!!

Toda la boca del metro estalla hacia arriba en una explosión roja. La onda expansiva nos tira a todos hacia atrás. Una lluvia de sangre me baña tras levantarme. ¿Es esto una bendición? Mis manos, cubiertas de estas lágrimas, tiemblan. La calle que había justo encima del túnel se hunde sobre sí misma. Espero que eso los entierre. Nos quedamos todos en silencio, mirando el agujero humeante.

—Ya-ya está —suelto con una risa nerviosa, limpiándome la cara —. Lo-lo hemos conseguido.

—No me creo que esto haya funcionado —murmura Rubén, todavía tirado en el suelo.

La teniente suelta un suspiro largo, casi de alivio.

—Ya puedo morir en paz.

—No, no, no. —La zarandeo con cuidado—. Teniente, no. No te duermas. Despierta.

—Espera. —Gabriel levanta la mano—. Esto no ha acabado.

Se oye un ruido. Piedras moviéndose, arrastrándose. Algo sale de entre los escombros del socavón, apartando bloques enteros de hormigón.

—No... dejáis... comer... tranquilo.

¿Qué coño se ha metido este tío? ¡Que comparta! Lo único bueno es que lleva una viga atravesada en la espalda y cojea, pero sus ojos están tan cristalinos que brillan incluso en la penumbra.

¿Opciones? Laura no puede disparar más, está en las últimas. Rubén es un inútil en el mejor de los casos. Y Gabri no va a poder aguantar mucho más tiempo.

—Yo me encargo.

—¿Eh? ¿Qué dices, Gabriel? Podríamos intentar huir aprovechando a los soldados caídos que quedan.

—No. —Ni se digna a mirarme—. Este es mi momento. Por todo lo malo que he hecho. Matando a este hombre salvaré a miles de civiles. Vidas que saldarán mi deuda.

¡¿Qué?! No hace falta que hagas de salvador, idiota. Los héroes acaban muertos, o sin brazo. Pobre Laura, a ver si le puedo hacer un torniquete.

Se lanza contra él, desarmado. Intenta usar lo que sabe de autodefensa, esquivando lo justo para no encajar el impacto pleno. No es suficiente. Cada golpe del culturista que llega a tocarlo suena a un hueso quebrándose; un martillazo que lo desestabiliza y lo tira contra las piedras. Se levanta. Recibe otro. Vuelve a ponerse en pie, jadeando.

Conforme avanza la pelea, parece que algo empieza a cambiar en él. Con cada golpe que da y recibe, sus ojos pierden su verde habitual, volviéndose más y más cristalinos, opacos, hasta que la pupila y el iris desaparecen bajo una capa helada y vítrea. Se me va. Tiene que parar; si sigue así retrocederá. A cambio va ganando fuerza.

Empieza a devolver los golpes con la misma contundencia destructiva, redirigiendo el peso del culturista, hasta que consigue plantarle cara de verdad. Aun así, llegan a una especie de empate técnico. Ninguno de los dos cede, pero ambos están al límite, jadeando entre el barro rojo.

Piensa. La teniente no puede ni levantarse. Gabriel… no parece él. A Rubén ni lo miro, no va a poder hacer nada. Mis ojos se desvían a una pistola en el suelo.

Está cubierta de sangre pegajosa. De repente me entra un calor abrasador en el pecho, un fuego rabioso que me quema por dentro. Me vienen recuerdos de golpe, crueles y desordenados: mis padres, María, Andrea, Miguel, Joel, Lucas. ¡A la mierda! Que sea lo que Dios quiera. Agarro el arma y corro hacia ellos sobre los escombros resbaladizos.

—¡Gabriel! ¡Dale la vuelta! ¡Sujétalo!

En un último y agónico segundo de lucidez, algo en sus ojos todavía me reconoce. Con un rugido animal, Gabriel rodea al culturista por la espalda, le tuerce los brazos hacia atrás con una potencia que no sabía que le quedaba y expone su pecho hacia mí.

Avanzo temblando. Vacío el primer cargador contra su cuello. Recargo y vacío el segundo también, cada vez más cerca, hasta que estoy prácticamente a quemarropa.

Apenas he conseguido abrirle un agujero en la garganta. No es suficiente. El culturista, furioso, lanza un cabezazo hacia adelante intentando morderme la cara. Del susto doy un paso atrás, la suela me resbala en el charco de sangre húmeda de las ruinas y me caigo de espaldas al suelo. ¡No, el arma! Me cuesta levantarme, veo el metal brillando entre los escombros, pero no consigo alcanzarlo.

Al verme caer, Gabriel entra en furia. Una ira salvaje le deforma el rostro. Sin pensarlo un segundo, mete los dedos de ambas manos en la herida del cuello del culturista, tirando hacia los lados. Lo abre de arriba a abajo, igual que una cremallera, con un sonido húmedo y desgarrador. Ha-ha caído, ¡lo ha conseguido! Se ha cargado a un caníbal.

Una lluvia de sangre tibia empapa a Gabriel. Él se queda de rodillas sobre el cadáver. ¿Se está… chupando los dedos? Pese a la estampa tan desagradable, no puedo dejar de mirarle. Hay algo en él que en vez de generarme terror, me genera…

—¿Por qué has hecho eso? —me susurra Laura con un hilo de voz —. No tenías por qué jugártela así.

—No podía quedarme mirando cómo morías —le digo, sacándome el cinturón para improvisar un torniquete en el muñón

—Estaba preparada. Iba a morir como una soldado. —Suelta una risa floja, sin fuerza—. Ahora lo haré infectada. ¿Para qué te has metido?

—No seas tonta. Estamos a las puertas de una cura. —Noto cómo la voz se me quiebra—. Es mejor sobrevivir mañana que morir hoy, ¿verdad?

Desvía su mirada hacia los cuerpos de sus compañeros antes de volver a mí.

—Te arrestamos. Te tratamos como una terrorista. Te estamos utilizando.

—Sí. ¿Y? —Intento contener las lágrimas tras una sonrisa—. Todos queremos lo mismo. No pienso dejar que tires por la borda todo por lo que has luchado, Laura.

—No merece la pena…

—Claro que la merece. —Me seco los ojos y le doy un golpecito en el hombro sano—. Además… no puedes dejar a Julia sola.

Laura intenta esconder una pequeña sonrisa.

—Ella estará bien sin mi. Hay más tenientes.

—A mí no me engañas. He visto cómo te mira, pillina. —Se lo digo con un poco de picardía—. Así que aguanta hasta que lleguemos a la zona médica.

—Eres incorregible. —Deja escapar un suspiro resignado.

Le devuelvo la sonrisa justo cuando veo a los refuerzos llegar.

Capítulo 28: ¿Y mi estatua?

Nunca creí que ver un amanecer me emocionaría tanto. Ha sido una noche complicada. Después de que los médicos se llevaran a la teniente, arrestaron a Rubén junto con el resto de los infiltrados.

Estuve hablando con un par de militares, insistiendo, casi suplicando, para que no le pasara nada a Rubén. No sé si me habrán hecho caso.

Gabriel está sentado a mi lado. O más bien, su cuerpo. Tiene la vista perdida en algún universo. Después de lo que le hizo al culturista se ha quedado bloqueado. Supuse que beber su sangre lo recuperaría, sin embargo, da igual cuántas bromas e insultos le suelte, no reacciona.

Intentaron encerrarlo con el resto de los infiltrados; se puso tan violento que parecía un anémico recién infectado. Para mi suerte o desgracia, aún me reconoce, por lo que me han endosado el paquete. Aunque me parece mono que actúe así.

Un poco más allá, Julia está hablando con el médico. La pobre tiene los ojos hinchados de llorar, sin escuchar del todo lo que le están explicando, solo esperando sentada a que le digan algo, lo que sea, sobre cómo está la teniente.

A mí, sinceramente, Laura no me preocupa tanto. Esa mujer es fuerte, seguro que aguanta. Lo que de verdad me inquieta son los niños. ¿Qué habrá pasado ahí fuera mientras nosotros estábamos con lo del metro? Después de que nos trajeran a la zona médica, se oían disparos y gritos desde el otro lado de la barricada, durante horas. Puede que no estemos tan a salvo como pensábamos. Espero que Joel y Lucas estén bien.

—Ya podéis pasar a verla —nos anuncia el enfermero.

—¿Por qué no vas tú primero? —le propongo a Julia.

Ella clava la mirada en el pomo de madera, vuelve a mirarme a mí y un temblor rápido le recorre los labios. Niega despacio, incapaz de

articular palabra.

—Venga, te acompaño —digo poniéndome en pie. Gabriel también se levanta, igual que un perrito. ¿Si voy al baño, entrará conmigo? Luego hago la prueba.

—No quiero que pase él —susurra Julia, señalándolo con la barbilla.

Gabriel le lanza una mirada de esas que matan. Antes de que la situación se complique, le cojo la mano.

—No te preocupes. Lo tengo bien adiestrado.

Gabriel responde con un gruñido grave dirigido a Julia. Ella da un pequeño paso atrás.

—... Sí. Eso veo.

Entramos. Un cuarto entero para ella sola. Qué privilegiada, me digo, aunque enseguida me arrepiento en cuanto la veo.

Laura está incorporada sobre la cama. Las ojeras le oscurecen el rostro y los ojos parecen hundidos por completo. La sábana cubre casi todo su cuerpo. Excepto el brazo izquierdo. O, mejor dicho, lo que queda de él. Del codo hacia abajo solo hay un grueso vendaje que envuelve el muñón. Espero que esa palidez sea por la pérdida de sangre. Y no por lo otro. Aunque me temo lo peor.

El médico termina de revisar el gotero antes de girarse hacia nosotros.

—Ha perdido muchísima sangre. Sinceramente, es un milagro que siga con vida.

Julia se muerde el labio inferior, aguantando el tipo.

—¿Cómo... cómo ha podido sobrevivir?

El doctor vacila un instante, sopesando las palabras.

—Creemos que la propia infección ha ralentizado el deterioro de su organismo. En circunstancias normales habría sido imposible

estabilizarla.

—No… —Julia se lleva las manos a la boca, conteniendo el llanto —. No, va a…

Laura estira despacio la única mano que conserva.

—No te preocupes. —Su voz suena débil, pero firme—. Si llego a convertirme en una de esas cosas, me pegaré un tiro antes de poneros en peligro a ninguno.

—No sea tan dramática, teniente. —Cruzo los brazos—. Seguro que los médicos pueden hacer algo.

—Sobre eso… —El doctor carraspea—. Ahora mismo no disponemos de ningún tratamiento capaz de detener la infección una vez ha comenzado. Lo único que podemos hacer es mantenerla estable, controlar los síntomas y trasladarla a una zona de aislamiento hasta que el equipo científico complete la cura.

—Será de las primeras, ¿no? —insiste Julia, con un brillo de esperanza en los ojos.

—Por supuesto. Haremos todo lo posible para que se recupere y pueda reincorporarse al servicio.

—Vaya… Ni perdiendo un brazo consigo que me den unas vacaciones.

Una pequeña risa recorre la habitación. Hasta Julia consigue sonreír entre lágrimas.

El comandante acaba de entrar. Julia, el doctor y teniente, con el brazo derecho, hacen el saludo militar. Por el contrario, Gabriel se echa un paso atrás, poniéndose detrás de mí. Qué tierno.

—Me alegro de verla entera, teniente Ortega. —Es la primera vez que le veo sonreír. Perturbador.

—No sé yo. —Mueve el muñón con otra mueca—. Depende de lo que usted entienda por "entera", comandante.

—Vengo a darle el parte de lo sucedido anoche —continúa él, recuperando el gesto sobrio—. La situación no se ha estabilizado hasta hace apenas un par de horas.

—¿Qué ha pasado fuera? ¿Cómo está la situación? —Yo también me pregunto lo mismo, Julia.

—El ataque comenzó al ponerse el sol. Gracias a vuestra rápida actuación cerrando la salida del metro, no hemos sufrido tantas bajas como podríamos haber tenido. Y gracias al aviso —nos mira de reojo a Gabriel y a mí—, pudimos reorganizarnos a tiempo para reforzar las zonas más vulnerables de la barricada.

Ah, bien, bien, estoy esperando un gracias de su parte, comandante. O una estatua.

—Pocas horas después del anochecer, cientos de anémicos se lanzaron contra las líneas de contención. Por todos los puntos del perímetro a la vez. Durante las primeras horas conseguimos contenerlos. Nuestros tiradores estaban eliminándolos antes de que alcanzaran las defensas. Sufrimos bajas, por supuesto, pero la situación permanecía bajo control. —Frunce el ceño—. Hasta que vimos, en una azotea a lo lejos, a un grupo de siete u ocho personas. Entre ellas, un hombre alto, moreno, que parecía dirigir al resto.

—Esteban —murmura Gabriel. Es la primera palabra que suelta desde hace horas.

—Eso confirma nuestras sospechas —asiente el comandante—. Acto seguido, ese grupo empezó a lanzar bolsas y cubos llenos de lo que parecía sangre contra la barrera. Hasta ese momento muchos de los anémicos simplemente permanecían alrededor. Algunos atacaban, otros solo vagaban sin un objetivo claro. Eso jugaba a nuestro favor.

Ahora viene el pero.

—En cuanto la sangre impactó, comenzaron a atacar en serio. La presión sobre el perímetro aumentó de forma drástica. Desde las

posiciones elevadas seguíamos teniendo ventaja, pero en los tramos más bajos algunos anémicos lograban alcanzar a nuestros soldados.

—¿Y luego? —quiere saber Julia, y yo también.

—Horas después comenzó una segunda oleada. Aparecieron los fase cuatro.

No, más de esos no, por favor.

—Según los informes, había cuatro o cinco repartidos entre los distintos sectores. Yo personalmente llegué a ver dos. —Cruza los brazos—. Su comportamiento era... extraño. Avanzaban hacia las defensas, pero cada vez que encontraban un cadáver de un anémico se detenían para alimentarse.

—Por lo menos ellos pudieron comer. —Vale, me callo, no hace falta que me miréis así.

—Eso nos daba pequeñas ventanas para dispararles —prosigue el comandante, ignorándome—. Aunque no servían de mucho, tienen la resistencia de un elefante.

El silencio vuelve a instalarse en la habitación.

—En estos momentos todos los anémicos comunes han sido neutralizados. Sin embargo… esos cuatro o cinco individuos continúan merodeando por el exterior de Madrid. Se acercan, olisquean toda la sangre acumulada y vuelven a alejarse. Mientras sigan ahí, salir o entrar en la ciudad resulta demasiado peligroso.

Fantástico. Encerrados. Otra vez. Me tienen que ir preparando un sitio en este cementerio.

—Lo único positivo —añade el comandante— es que el grupo liderado por ese hombre desapareció durante la segunda fase del ataque. Así que, por el momento, la situación permanece estable. Solo nos queda resolver el pequeño inconveniente de esos fase cuatro. —Deja escapar una pequeña sonrisa cansada—. Aunque, si dependiera de mí, ya estaría solucionado.

—Temo preguntar cómo. —Laura arquea una ceja.

—Un C-90 en la boca a cada uno y asunto resuelto. —El comandante tuerce el gesto—. Lástima que los de arriba no me den la autorización.

—Como siempre, mi comandante... tan moderado —comenta Laura dejando escapar una pequeña risa nasal.

—En cualquier caso —carraspea el comandante—, hemos conseguido capturar cinco individuos en fase cinco. Eso debería acelerar la investigación de la cura.

Se me ilumina la cara al oírlo. Le doy un meneo a Gabriel, sacándolo un poco de su nube.

—¿Ves, Gabri? Vas a poder curarte. Qué bien, ¿no?

—Erika... no podemos ser tan optimistas. —¿Por qué me miras así, doctor?

—¿Cómo que no? Si hacéis una cura, Gabriel se cura, yo me curo, la teniente se cura, todo el mundo se cura, final feliz, *hakuna matata,* ¿no?

Me miran todos con una cara que no presagia nada bueno.

—Si conseguimos una cura, o una vacuna —explica el doctor, muy despacio—, podremos prevenir que más gente se infecte. Puede que las primeras fases, la uno, la dos, incluso la tres con suerte, logren curarse del todo. Pero la fase cuatro... ¿quién se acercaría lo suficiente a uno de ellos como para probarlo? Y los fase cinco están demasiado avanzados. La enfermedad ya forma parte de su organismo a un nivel que no sabemos si se puede revertir.

Noto un nudo formándose en el estómago. Doy un paso atrás, agarrando a Gabriel.

—Entonces… ¿Gabri y yo… vamos a ser esto… para siempre?

Solo se escucha el pitido constante del monitor que vigila el pulso de Laura. Se me cierra la garganta de golpe. No, no puede ser verdad. Caigo al suelo. Me cuesta respirar. Mi pecho sube y baja sin control. No consigo llenar los pulmones. Otra vez no. Intento tragar

saliva. No puedo. Las manos empiezan a temblarme. No mires a nadie. Respira. Respira. No entra aire. Las paredes parecen acercarse poco a poco. Las voces empiezan a sonar lejanas. No… debe… debe ser un error. No puede…

—Erika.

Levanto la vista. Gabriel está delante de mí. ¿Cuándo se ha acercado? Me coge una mano entre las suyas. Están frías. Sus ojos vítreos me buscan con una fijeza desesperada.

—Sopla —me dice con voz suave—. Tranquila. Sopla.

Soplo. Una vez, dos veces, con el pecho todavía demasiado apretado, hasta que el aire empieza a entrar otra vez. Las lágrimas empiezan a caer solas.

—Me... me habéis mentido… —Se me quiebra la voz—. Me dijisteis que podíais ayudarnos… que podíais salvarnos. —Miro a los tres—. Que podríamos curarnos. Pero no. Lo único que queréis es nuestra sangre. Para curaros vosotros.

Laura baja la mirada, incapaz de sostener la mía.

—Erika… —suspira con dolor—. Lo siento. De verdad creía que podríamos salvaros a todos.

Sus ojos reflejan la misma decepción que siento yo. No estaba mintiendo.

—¿No hay ninguna manera de curarles? —interviene Julia.

—Hasta que no hagamos más pruebas, no lo sabremos con certeza. Pero, siendo realistas... las posibilidades son muy bajas.

Aprieto los puños y me levanto de golpe.

—Espera. ¿Qué pasa con Gabriel? ¿Y con los otros fase cinco? Si no consumen sangre sana, retroceden y mueren. ¿Vuestra solución es dejarlos encerrados en una jaula hasta que se mueran de hambre?

—Por eso necesitamos hacer las pruebas cuanto antes —zanja el doctor.

Gabriel da un paso al frente, despertando en parte. Sus ojos se aclaran conforme se acerca al comandante.

—Nunca os hemos importado —les echa en cara, con la voz áspera—. Sois peores que Esteban. Al menos él no nos da falsas esperanzas de volver a ser normales.

El comandante no se achanta y se acerca a nosotros. Su expresión es mucho más seria que de costumbre.

—Este país está en deuda con vosotros. Por eso, haremos todo lo que esté en nuestra mano para manteneros con vida el mayor tiempo posible. —Me mira directamente—. Aunque tengamos que racionar la comida entre todos los demás, te lo juro por mi familia, que está viva gracias a ti, en esos búnkeres: recibirás toda la comida que llegue. Toda. Si tengo que pasar hambre yo, la pasaré. Pero no voy a dejar que tú mueras después de lo que has hecho por nosotros.

No sé dónde mirar. Esto es muy incómodo.

—Tampoco hace falta ponerse tan dramático… —Me seco las lágrimas—. ¿Y Gabriel? ¿Qué pasa con él?

—Podría alimentarse a base de transfusiones —interviene el doctor—. Pero necesitamos voluntarios y la mayoría iría para ayudar a los heridos tras el ataque.

Claro, es lógico salvar a los soldados primero. Al fin y al cabo, Gabriel es uno de los causantes del ataque. Un momento, a mí el SHD ya no me afecta. Y si me van a alimentar, no creo que haya problema.

—Cómeme —le ordeno a Gabriel, mirándolo a los ojos.

Se hace un silencio bastante incómodo. Creo que Gabriel me ha malinterpretado, se ha puesto rojo de repente.

—Es una posibilidad —asiente el doctor, al cabo de un momento, sin mucho entusiasmo—. Tu sangre está, digamos, medio sana. Podría funcionar. Pero no sabemos cuánto tiempo podrías sostener eso. Y regenerar tu cuerpo constantemente para compensar la sangre perdida podría acelerar tu propia enfermedad, Erika.

—Me da igual. Ya tengo asumido que acabaré en un manicomio.

Eso saca una risa a los presentes. Gabriel da un paso hacia mí. Tiene los ojos empañados.

—¿Qué? No, no, no llores. ¿Po-por qué lloras?

—Porque... —sonríe entre lágrimas—. Si tú vas a cuidar de mí… —Aprieta mi mano—. Yo prometo cuidarte para siempre.

No, por Dios; nunca me han gustado los perros.

—Me da que aquí hay boda —susurra Julia, con un tono pícaro.

Empujo suavemente a Gabriel justo cuando parece dispuesto a abrazarme. Él se queda a medio camino con una cara de pena que da hasta lástima.

—No saques conclusiones. —Aparto la mirada disimulando el ardor en las mejillas.

La puerta se abre de golpe. Un soldado acaba de entrar corriendo.

—¡Mi comandante! —jadea, haciendo el saludo militar—. Todos los civiles ya han abandonado los búnkeres. No ha habido ninguna baja entre la población civil.

Creo que todos hemos suspirado al mismo tiempo. ¡Qué buena noticia! Tras oír eso, salgo corriendo. Debo comprobar que ellos están bien. Noto los pasos pesados de Gabriel siguiéndome a dos metros. Cruzamos pasillos, bajamos rampas de hormigón y sorteamos literas hasta alcanzar la entrada principal de los refugios.

Al entrar, nuestros ojos se encuentran. Joel empieza a correr. Va tan deprisa que incluso deja a Lucas de pie en mitad del pasillo.

Cuando llega hasta mí, me abraza con tanta fuerza que casi me deja sin aire. Es la primera vez que lo hace. Y creo que ninguno de los dos quiere soltarse.

Un segundo después noto dos bracitos rodeándome la pierna. Bajo la vista. Lucas levanta los brazos riéndose. Lo columpio en el aire de un tirón y lo estrujo contra mi pecho. Están vivos. Las lágrimas vuelven, pero esta vez ya no intento frenarlas.

—Estáis bien. —Miro a Gabriel por encima de la cabeza de Joel—. Estáis a salvo.

Epílogo: He vuelto.

—¿Seguro que quieres que aparque aquí? —pregunta Laura, con la mano protésica en el volante.

Observo a través del parabrisas el edificio que tengo enfrente. Está más gris de lo que recordaba, con las persianas medio caídas y la fachada llena de manchas que antes no estaban.

—Sí.

—Aún estamos a tiempo de volver, si quieres...

—No. —Me cuesta hasta desabrocharme el cinturón—. Quiero comprobar si siguen aquí.

Empujo la puerta del coche y bajo despacio. En cuanto apoyo los pies en el suelo noto cómo las piernas protestan. Tengo que apoyar una mano sobre la carrocería para mantener el equilibrio. Joder… Estoy para correr una maratón, eh.

—¿Qué se siente al volver a tu casa después de diez años?

—Pensé que estaría más emocionada. O más asustada, no sé. —Suspiro mientras cruzamos el patio. Las baldosas están cubiertas de tierra y pequeñas hierbas han conseguido abrirse paso entre las juntas.

Tras unos minutos, entramos en el portal. El ascensor, cómo no, sigue sin funcionar, por lo que la única opción es subir por las escaleras… tres pisos… Dios… Venga. ¡Vamos allá!

Por mucho que trate de animarme, esto está siendo difícil. Me llevo una mano al pecho mientras intento recuperar el aire. Qué vergüenza. Antes recorría media España andando y ahora tres escalones están a punto de acabar conmigo.

—¿Quieres que te eche una mano? —Extiende su brazo derecho hacia mí.

Suelto una risa floja que acaba convirtiéndose en una tos.

—No hace falta. —Inspiro despacio—. Debo hacerlo sola.

—¿Les has dicho algo de esto a los niños?

—No. Joel ya tiene su propia vida. —No puedo evitar una leve sonrisa—. Me acuerdo de la cara que puso cuando le dieron la plaza en el ejército. Nunca lo había visto sonreír tanto. Dice que quiere cambiar las cosas desde dentro. —Bajo la vista al escalón mientras seguimos subiendo—. No quería distraerlo con esto.

—Es muy trabajador, siempre cuida a sus compañeros.

—Más le vale. Y Lucas acaba de empezar el insti. Después de tantos años... por fin han vuelto a abrir colegios. Está más preocupado por los exámenes que por mí.

—O sea que no saben que tú ya no…

—No, no me he atrevido. —Primera planta, faltan dos—. Espero que Julia y tú los cuidéis.

—Por supuesto. —Me dedica una sonrisa con cierta tristeza.

Laura empieza a subir el segundo tramo de escaleras y, cuando llega al rellano, vuelve a mirarme.

—Todavía estás a tiempo de dejar que te ayude.

—Qué pesada eres.

Me agarro a la barandilla. Las piernas me arden. Cada respiración pesa más que la anterior. Falta una planta, pero tengo que pararme a descansar. Laura permanece unos escalones por encima de mí, observándome sin decir nada.

Por fin, tercer piso. Dios, no recordaba que eran tantos escalones. Lo que sí recuerdo es que dejé esa puerta cerrada. La puerta donde vi a mis padres por última vez antes de irme está abierta.

—Se han escapado…

—A lo mejor no están lejos. Podríamos intentar buscarlos.

—No, no creo ni siquiera que sigan…

Doy el primer paso hacia el pasillo oscuro. El mismo por el que corrí aterrorizada diez años atrás. Durante un instante, vuelvo a escuchar en mi cabeza los gruñidos. Los gritos. Me cuesta respirar. Cálmate, solo es un recuerdo, no es real, ya no.

Las bisagras rechinan cuando empujo la puerta. Todo está cubierto por una gruesa capa gris. *Ma mare* me mataría si viera todo este polvo. Y arañas. Qué asco. La nevera está abierta, igual que el congelador.

—¿Sabes? —Sonrío, admirando el desastre—. Gabriel nunca aprendió a cocinar. Y eso que intenté enseñarle un montón de veces. Aunque, bueno, tampoco es que le hiciera falta.

—No esperaba que al final aceptaras casarte con él.

—Hombre, ¿tú lo hubieses rechazado? Estuvo meses insistiendo, dale que te pego. Hasta metió a Joel en el ajo. Entre los dos me enredaron para que dijera que sí.

Me apoyo un momento sobre la encimera para descansar. Empiezo a notar un ligero temblor en las manos.

—Me acuerdo de cuando os colasteis en la Moncloa por vuestra luna de miel.

—Fue una idea muy original por su parte. Casi tanto como la mía para que no nos volvieran a arrestar.

Ambas nos reímos. El eco de nuestras risas recorre todo el piso.

—¿Le echas de menos?

—Todos los días.

Se me escapa una lágrima que no me molesto en secar. Inspiro hondo y vuelvo a ponerme en marcha.

—Aunque se alimentara de mi sangre, hubo un punto en el que su cuerpo ya no…

—Habéis hecho un gran trabajo. Mucha gente se ha salvado gracias a la vacuna.

Asiento. Claro que me alegra, casi todos los infectados recuperaron su vida. Apenas quedan anémicos. Hasta los fase cinco, con mucho tratamiento, aguantaron unos años más. Pero se fue demasiado pronto.

Recorro el salón despacio, tocando los muebles, aunque estén cubiertos de polvo. Continúo hasta el pasillo de mi cuarto. Las dos puertas siguen con la cuerda desatada.

—Este es el agujero que hizo mi padre al salir —le muestro—. Qué susto me pegué.

Laura observa la cuerda y el hueco en la puerta. Seguro que ahora ya se cree toda la historia, hay pruebas.

Empujo la puerta de mi habitación. Camino muy despacio. Las piernas me pesan cada vez más. Me siento un instante sobre el borde de la cama. El colchón se hunde bajo mi peso, levantando otra nube de polvo.

—Han pasado diez años —susurro, más para mí misma que para ella—. Pensaba que todavía habría esperanza de curarlos, si los encontrábamos. Pero ni siquiera están aquí.

—¿Seguro que no quieres buscarlos?

Me tumbo despacio sobre la cama. El techo aparece sobre mí. La misma grieta. La misma lámpara. El mismo lugar donde tantas noches imaginé cómo sería mi vida cuando consiguiera independizarme. Qué ironía. Al final he recorrido media España… para volver a casa.

—No. Déjalo. No hace falta seguir. —Mi respiración sale lenta—. Solo quería despedirme. Y ni eso voy a poder hacer.

El silencio vuelve a llenar la habitación. Siento el cuerpo cada vez más pesado; sin embargo el dolor desaparece. Apenas noto mis dedos. Cierro los ojos. Estoy agotada. Nunca había sentido un cansancio parecido. Solo queda una calma extraña.

—Gracias por acompañarme, Laura. —Esbozo una pequeña sonrisa y escucho una respiración contenida a mi lado.

—No… Gracias a ti.

¿Sigues aquí?

Enhorabuena, has sobrevivido conmigo hasta la última página. No pienso compartir mi estatua.

Si te has quedado con ganas de más, tengo buenas noticias: hay más historias en camino.

Otros mundos, otros géneros, otra gente metiéndose en líos que probablemente tampoco sabrán resolver.

¿Thriller? ¿Romántasy? ¿Ciencia ficción? ¿Misterio? A saber, mi autora está chalada. Pero siempre con humor.

Si quieres descubrirlo antes que nadie, puedes seguirla aquí:

 **@l.garvar**

 **@l.garvar**

Nos vemos en la próxima aventura.
